

Una publicación semestral de la
Universidad Tecnológica de Panamá



B/. 2.50

ISSN: 1018—1563
Número 74 cuarta época
enero—junio 2014

Corresponsales Internacionales

Viviane Nathan (Israel)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Julio Escoto (Honduras)
Vidaluz Meneses (Nicaragua)
Magda Zavala (Costa Rica)
Pedro Crenes Castro (España)

Director

Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Diseño Gráfico y Diagramación

Silvia Fernández—Risco
silfer@cwpanama.net

Diseño y dibujo de portada

técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

Ilustraciones interiores

(tinta china y alto contraste)
Enrique Jaramillo Barnes

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA DICOMES/UTP

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

Editorial 2

Aquí nació y moriré 3
Manuel Orestes Nieto

Los sueños de Sepúlveda 5
Justo Arroyo

La tía Basilia 10
Luis Camino

Dos minicuentos 13
Annabel Miguélana

Música para las fieras 14
Giovanna Benedetti

La mujer triste 19
Isabel Burgos

La vida es un trío en mi menor 20
Isabel Herrera de Taylor

El sacapuntas 24
Sonia Ehlers Prestán

Dos poemas 25
Edilberto González Trejos

La noche de brujas 25
Anayansi Ehlers

Un agujero de luz al final de un túnel
de árboles 26
Carlos Oriel Wynter Melo

Tres cuentos cortos 28
Roberto Pérez-Franco

Casa hallada 30
Moravia Ochoa

Entrevista 32

Al escritor cubano Amir Valle 32
Enrique Jaramillo Levi

Carnaval panameño 42
Ana Elena Porras

Tetas 44
Francesca Gargallo

Dos poemas 45
Melanie Taylor

7 minicuentos 46
Carolina Fonseca

Este novio no es mi padre 48
Pedro Crenes Castro

Versiones del deseo, la añoranza y las
urbes desoladas en seis narradores
panameños (1a parte) 53
Fernando Burgos

Taller 59

El karesansui 59
Olga de Obaldía

Buen brindis 61
Códice 61
Héctor Aquiles González

Cara de palo 62
Danae Brugiati Boussounis

El sacrificio de los ángeles blancos 65
Ramsis Mejía Aguilar

Reseñas 66

Fallece José Emilio Pacheco, notable
escritor mexicano. 76

Noticias culturales de la UTP 77

Otras noticias culturales 81

Editorial

La presencia bi-anual en el escenario panameño de **"Maga, revista panameña de cultura"**, órgano de divulgación cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, es una reafirmación de la necesidad que existe de que nuestros más talentosos autores nacionales se expresen y, por tanto, se den a conocer. Como es sabido, tanto creadores poco conocidos o francamente desconocidos, como escritores de innegable trayectoria y prestigio, así como de otros países, vienen apareciendo sostenidamente en nuestras páginas desde la creación de la revista en un ya lejano 1984.

En la práctica, gran cantidad de textos variadísimos de al menos tres generaciones de cuentistas, poetas y ensayistas han alimentado la hemerografía de Panamá desde las páginas de esta esforzada publicación, ya sea antes de formar parte de futuros libros de sus autores o como muestras representativas de publicaciones mayores. Pero también: entrevistas a escritores, artículos de opinión, reseñas de libros y

noticias culturales de diversa índole, además de ilustraciones artísticas.

En este sentido, **"Maga"** sigue siendo la única revista 100% literaria de nuestro país, llenando así un sentido vacío cultural que, en su momento, a principios del siglo xx, procuraron remediar con esfuerzos similares --revistas literarias importantes creadas por ellos mismos--, distinguidos precursores de las letras nacionales: promotores culturales y creadores de la talla de Guillermo Andreve (1879-1940), con su *"El Heraldo del Istmo"* (1904-1906) y Ricardo Miró (1883-1940), con su *"Nuevos Ritos"* (1907-1917), entre otros.

Como podrá comprobar de inmediato el lector, este No. 74 cumple con amplitud en cuanto a calidad y variedad de textos y autores. Como ya es costumbre en el panorama nacional, el número de nuestros cuentistas supera hoy con creces la cantidad de autores de otros géneros literarios, lo cual también se pone de manifiesto en la presente edición de **"Maga"**. Ofrecemos, por tanto, cuentos de Justo Arroyo, Carlos Oriel Wynter Melo, Roberto Pérez-Franco, Isabel Herrera de Taylor, Sonia Ehlers S. Prestán, Isabel Burgos, Pedro Crenes Castro y Annabel Miguelena, unos más reconocidos que otros; y entre los más nuevos: Héctor

Aquiles González, Anayansi Ehlers, Danae Brugiati Boussonis, Ramsis Mejía Aguilar y Olga Díaz, asiduos participantes en talleres y/o diplomados en creación literaria. También aparecen cuentos de singular interés del peruano Luis Camino, la ítalo-mexicana Francesca Gargallo y la venezolana radicada en Panamá, Carolina Fonseca.

Los poetas que aparecen en este número son de altísima valía literaria: Manuel Orestes Nieto, Giovanna Benedetti, Edilberto González Trejos, Melanie Taylor Herrera y Moravia Ochoa López. Asimismo, hay ensayos de Ana Elena Porras y Fernando Burgos (chileno). Además, se entrevista al escritor cubano residente en Berlín, Amir Valle (autor de un reciente voluminoso libro sobre el médico guerrillero panameño Hugo Spadafora), por Enrique Jaramillo Levi. Y hay reseñas de libros a cargo de Ana Elena Porras, Salvador Medina Barahona, Gonzalo Menéndez González, Rodrigo Ampudia Nieto, Danae Brugiati Boussonis y Enrique Jaramillo Levi. Por último, noticias culturales de la UTP y de otros ámbitos.

Una vez más dejamos esta amplia miscelánea de textos literarios a consideración de nuestros distinguidos lectores.

E.J.L.

Panamá, febrero de 2014

Aquí nací y moriré

Manuel Orestes Nieto



Aquí nací,
en un diminuto grano de sal
que flotó a la deriva
y se aposentó
en la placenta aguamarina
de mi madre.

Ella nació de la abuela
quien, a su vez, fue hecha de la piel escamada
de aquellos que vinieron
desde las aldeas distantes
en las costas de África.

Aquí crecí,
en el estallar
de las olas contra las rocas
y los deshechos de las playas;
entre el óxido del hierro
que hirió la pureza de las finas arenas.

Con maderas añejadas
hicimos la casa y las cruces,
el muelle de las bienvenidas y de los adioses,
nuestras canoas
que nos llevaron tan lejos y perduraron tanto
como el tiempo transcurrido
que se hizo anciano.

Fui libélula
y volé entre un majestuoso mar
de mariposas multicolores
y fue estremecedor el despliegue del carmesí,
del violeta
y el bermejo,
en las orillas virginales de las playas sin daño.

Apiñé los años
oyendo el latir de corazones engarzados
que aún retumba en los tambores
que se descosen y se desguazan;
en las caderas sudorosas
de las madres
que se abrieron como flores
pariendo hijos.

Fue un tiempo muy largo,
casi la eternidad en salmuera,
entre la pobreza agridulce de la niñez
y la longeva concavidad de mis huesos roídos
por el rumiar de los días;
por años sin dientes
que ya no me mordieron el alma.

Retornaré a la diminuta bahía
de la infancia,
a la muralla donde se estrellaba el mar,
a las calles de la ciudad ultramarina
donde chorrearon amaneceres y atardeceres
en el gris de los aguaceros,
al charco en la acera
y a la puerta de madera.

El celeste,
fue mi vértigo y mi ternura;
en mis ensueños
vi transcurrir un tiempo irrepetible,
con destellos lapislázulis,
que me colmó de inmensas dichas,
insoportables pérdidas
y devastadoras ausencias.

Caeré lentamente
en la refulgencia del agua
donde nadé dentro del velo de la libertad.

Moriré en la tarde
sin poder ver la siguiente aurora;
cuando la pizca de sal
que fue mi origen se evapore,
inevitable, solitaria,
pulverizada en átomos errantes
y vencida en la luz;
cuando la última ola
que vean mis ojos
se desparrame en la playa
y se inicie la resaca
que me llevará como un tronco maltrecho,
un caracol partido,
una espina de pez quebrada,
una momia húmeda
envuelta en harapos de algas,
sin un alarido, sin una queja,
con las vísceras hechas añicos
y el corazón triturado
en una molienda de agua salada
y tierra dulce.

Naufregaré el barco de papel
que hice de niño y perdí;
pero no lloraré como entonces,
seguiré trotando
junto con los caballos de mar
en los jardines del agua,
como la segunda infancia,

como repasar los años
y recoger las sueltas alegrías
de la inocencia.

Llegarán otros hijos,
vendrán las madres de otras madres,
y ésta será también su patria sagrada.
Aquí estará por siempre
el lugar donde nací.

Este delicado hilo de luminiscencia
que entró a mis pupilas al nacer
y salió al morir,
en este privilegiado y amoroso
filamento de tierra,
entre dos prodigiosos océanos.

“Aquí nací y moriré” forma parte del libro: “El deslumbrante mar que nos hizo”, Premio Ricardo Miró de Poesía, 2012.

MANUEL ORESTES NIETO. Nació el 7 de junio de 1951 en la ciudad de Panamá. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Santa María La Antigua. Fue Agregado en la Embajada de Panamá en Nicaragua y Embajador de Panamá en Cuba y Argentina. Gana el Premio “Casa de las Américas” de Cuba en 1975 con *Dar la cara*. Ha obtenido el Premio Nacional de Literatura “Ricardo Miró” en cinco ocasiones, con: *Reconstrucción de los hechos* (1972), *Panamá en la memoria de los mares* (1983), *El Mar de los Sargazos* (1996), *Nadie llegará mañana* (2002) y *El deslumbrante mar que nos hizo*.

Los sueños de Sepúlveda



JUSTO ARROYO

Acababa de levantarse cuando la vio. En realidad no se había levantado, sólo se había sentado en la cama, los pies planos sobre el piso. La cabeza le zumbaba, como de costumbre, y por un momento pensó estar todavía en otro sueño, en uno más de esos cientos de sueños que lo asaltaban noche tras noche y que lo despertaban sudoroso.

Los sueños de Sepúlveda eran como un caleidoscopio en su cerebro, unas pesadillas salidas de las mejores combinaciones de Alfred Hitchcock con Federico Fellini, en exclusiva para sus ojos atentos y apretados. Pero con el despertar venía el baño y luego el café, y los sueños se perdían en el chorro de agua y en el fondo de la taza.

Los sueños eran tan variados como tenaces, verdaderos espectáculos de luz y sonido, con su energía de tormenta eléctrica. Y una vez en ellos, era lo más natural del mundo que Sepúlveda discutiera con su madre muerta o lo volviera a fracasar su maestra de primaria o que caminara agarrado de la mano con aquella novia que lo había abandonado y que hoy era la gorda esposa de su mejor amigo.

Pero con la visión de sus pies planos sobre el suelo y con su progresiva lucidez, Sepúlveda volvía a decirse que su exceso en la bebida no tenía nada que ver con sus sueños y que llegada la noche vaciaría otra botella.

Sólo que esta mañana, al ver la telaraña alrededor de su mano, cubriéndole casi que amorosamente los dedos y la palma y el dorso, con la perfección de un guante, se sobresaltó. Porque por ninguna parte de la cama había ni arañas ni telarañas y, con lo asustadizas que eran estas criaturas, ninguna se atrevería

a hacerle un tejido mientras dormía, no a él, con lo inquieto que era, con sus movimientos y ronquidos.

Una vez, recordó Sepúlveda, había despertado de una borrachera a la visión de dos murciélagos sobre su cabeza, sosteniéndose con sus patitas de la cortina de bambú que le servía de respaldar. Los murciélagos parecían dormir profundamente pero, diciéndose que seguramente era otro de sus sueños, se restregó los ojos para abrirlos y ver a los animales todavía allí, sus cabecitas negras y brillantes sobre su propia cabeza, las patitas firmemente agarradas a la cortina.

En ese momento le vino a la mente una película en donde el protagonista era un alcohólico que se imaginaba ratones donde no existían. Y se dijo que le estaba ocurriendo igual, que le había afectado el licor y que cuando volviera a abrir los ojos sus murciélagos invertidos ya no estarían sobre él.

Pero allí seguían, colgados de sus patas, respirando en paz y seguros de que nadie interrumpiría su sueño. Sepúlveda no tenía nada en contra de los murciélagos. Al contrario, les tenía cierta simpatía, a estos seres tímidos y vilipendiados, sin ninguna culpa por ser tan feos. Pero la idea de que no uno, sino dos, hubieran pasado la noche en su recámara, directamente encima de él, le puso la piel de gallina.

Por eso, se dirigió a la cocina y, al volver, tomó impulso y les dio un escobazo en plena barriga, los murciélagos reventados cayendo sin un solo chirrido

sobre su almohada. Lleno de culpa, entonces, los recogió y observó en su viaje por la taza del servicio.

Como los murciélagos, la telaraña alrededor de su mano también era real. Y si bien los murciélagos pudieron haber entrado por una ventana, habían tenido la sensatez de no meterse con él. Pero esta araña había tenido el coraje de trabajar encima de él mientras dormía, había desafiado su inquietud y sus ronquidos y había elaborado este tejido que le cubría el dorso, la palma y los dedos de la mano.

Y la imagen de la araña dibujando confiada lo hizo levantarse como resorte y meterse bajo la regadera, para que el agua se llevara el negro bordado.

A pesar de su alcoholismo, Sepúlveda no tenía problemas en el trabajo. Era tan rutinario esto de despachar estampillas en el correo que se decía que muy pronto lo reemplazarían con una máquina. Y todos saldrían ganando: él por no seguir desperdiciando su vida soportando groserías de gente sin rostro y los clientes por no tener que aguantar su cara de aburrido cuando sacaba las de a cinco o las de a veinte, ellos pidiendo goma y él aclarando que esto era un correo, no una tienda, para escuchar cómo le mentaban la madre mientras él volvía a concentrarse en el televisor y el partido de fútbol.

El fútbol y el licor eran las dos grandes pasiones de Sepúlveda. En ese orden. En tercer lugar, a gran distancia, las mujeres. Podía pasarse semanas, y hasta meses, sin compañía femenina pero no podía pasarse un día sin partidos ni licor.

Su fútbol no tenía nacionalidad ni preferencia. Podía ser de América o de Europa o de África. No importaba. Lo importante eran los goles, del equipo que fuera. Y cada tarde, cuando salía del trabajo, paraba en la bodega y recogía una botella. En casa, se preparaba una comida rápida, generalmente espaguetis, para entregarse al fútbol.

Entonces abría la botella; entonces valía la pena la insulsez de su trabajo, las miradas de desprecio de los clientes y las de condescendencia de sus compañeros, quienes le tiraban en cara su falta de ambición, sus quince años en el correo, siempre las mismas estampillas, siempre el mismo salario.

Pero cuando rompía el sello y giraba la tapa de la botella, cuando llenaba el vaso con hielo y echaba el licor, cuando venía la cola y él contemplaba la oscura helada amada mezcla que le volvía agua la boca, entonces, con mano temblorosa, Sepúlveda bebía hasta el fondo y se relajaba y se preparaba el segundo trago inmediatamente.

Luego, el ron y la cola lo acompañaban durante cinco horas de fútbol. Y no había banquete más exquisito, ningún encuentro sexual comparable a la delicia de ver jugar al Barcelona o al Fiorentina o a los Tigres Verdes de Nigeria. Entonces, desde la cama, bajando licor a la velocidad del juego, celebraba cada gol con gritos y levantadas de vaso que le empapaban la cama.

Al día siguiente no recordaba los últimos juegos. Tenía memoria para tres, a lo sumo. Y noche tras noche se quedaba dormido frente al televisor, el aparato encendido y el vaso sobre el pecho.

Entonces empezaban los sueños.

Esos sueños que le asaltaban el cerebro y lo paralizaban, sin poder distinguir si dormía o pensaba. Y podía empezar con el niño atropellado por el coche, el brazo colgándole, para luego el niño transformarse en el viejo que se ahogaba en su propio vómito. Y podía seguir con un sueño que empezaba engañosamente, placenteramente, con el televisor prometiendo el partido ideal entre Argentina y Brasil, para rápidamente degenerar en imágenes en que los jugadores se agarraban a patadas en batalla campal mientras de las gradas se desprendían miles de espectadores que morían aplastados.

Su único consuelo era que, desde el momento en que ponía los pies planos sobre el piso, los sueños huían en estampida, dejándolo bañado en sudor y con el pelo pegado al cráneo. Pero con el baño y el café, Sepúlveda recomenzaba su día, que no tenía por qué variar.

La segunda vez que le ocurrió había despertado de unos sueños particularmente extraños, aun para él. Todavía tenía la taquicardia por la cantidad de disparates que había soñado: rostros que se derretían, accidentes ferroviarios con miembros humanos

diseminados, masacres de campesinos latinoamericanos o huelgas de hambre de pederastas belgas, toda una secuencia de horrores ante sus párpados firmemente pegados, temiendo que, si los abría, la pesadilla se le convertiría en algo personal.

Por eso, cuando se vio el brazo derecho cubierto de la telaraña, desde el hombro hasta la mano, siguiendo cada curva de sus músculos y cada vena, cuando la telaraña pareció haber sido dibujada con paciencia y cariño, el pánico de Sepúlveda no tuvo límites.

Entonces, antes de entrar al baño, le dio vuelta a la cama, levantó el colchón y los muelles y buscó en cada rincón, en cada zapato para ver si encontraba a la culpable. Pero nada. Ni siquiera las paredes tenían huellas de bicho alguno, y si alguna araña le estaba tejiendo mientras dormía, con la llegada del día salía del cuarto, porque aquí, ahora, estaba él solo, el corazón a punto de estallar.

Entró al baño y una vez más observó cómo se iban por el caño las hebras que el agua desprendía de su brazo.

Cuando llegó al correo no podía atender a nadie. En todo caso, era inoportuno que distrajeran su mente de algo tan trascendental como lo que le estaba ocurriendo, muy superior a las tristes noticias que llevarían esas cartas, con sus patéticos informes de enfermedades, defunciones o pedidos de dinero. Las mentadas de madre fueron más constantes que en otros días y, en varias ocasiones, la supervisora tuvo que salir a poner orden. Ni siquiera un juego del Barcelona con el Real Madrid pudo apartarlo de su visión de las telarañas, ayer en la mano, hoy en el brazo. ¿Dónde, mañana?

Esa tarde, antes de marcar su tarjeta, invitó a Josefina a su casa.

Se llamaba Josefina pero todos le decían Jose, y era la encargada de distribuir la correspondencia en las casillas. Eran dos veces al día, pero Jose hacía su trabajo tan lentamente, empujaba su carretilla con tanta dificultad, que todos estaban convencidos de que tenía el trabajo más desgraciado del universo, inferior incluso al de los aseadores. Una vez por la

mañana y otra por la tarde, Jose llenaba su carrito y, ayudada con la proyección que le daban sus tobillos hinchados y la pesadez de su cuerpo, demoraba eternidades en cruzar el pequeño espacio del correo, en colocar las cartas y los paquetes. La impresión general era la de un trabajo de esclavo, algo que sólo alguien en la última escala humana aceptaría. Pero nadie parecía tomar en cuenta que la carretilla de Jose tenía ruedas, de que bastaba un toque muy suave de sus manos para que el carrito se desplazara con su muy liviano cargamento.

Jose había logrado su propósito al transferir a su trabajo una dificultad que no tenía, porque de lo que se trataba era que nadie se enterara de que llegaba al trabajo borracha de la noche anterior. Y su lento desplazamiento tenía una triple finalidad: que nadie aspirara a su trabajo, que la dejaran en paz, y que no se fijaran en ella mientras caminaba.

Jose y Sepúlveda se encontraban periódicamente, unidos no por ninguna atracción física ni necesidad de compañía sino por su dependencia del licor. Su entendimiento se produjo una tarde cuando, en una fiesta del correo, Sepúlveda observó cómo Jose miraba la botella frente a ella, sin atreverse a servirse, haciendo batalla entre la indignidad que significaría agarrar la botella ella misma y la angustia de tener que esperar a que alguien la atendiera. Sepúlveda, entonces, se adelantó en su silla y le preguntó si podía ofrecerle un trago. Hubo un largo silencio entre la pregunta y la respuesta, un silencio en que Jose entraba en otro combate entre mantener su propiedad de dama o aceptar inmediatamente el trago. Por eso fue que, con la tensión, le salió un "Sí, por favor", pero quebrado, como de gallina cacareando, y en ese momento Sepúlveda se dijo que había encontrado a su alma gemela.

Hacía rato que no la invitaba a su casa. Tanto que no recordaba la última vez. La mayor parte del tiempo Jose era una simple compañera de tragos. No tenía ningún interés en el fútbol pero podía mirar atentamente la pantalla, sorbiendo y sonriendo cuando Sepúlveda celebraba un gol. En ocasiones intentaban un amor que rara vez pasaba de unas

cuantas torpes caricias para, entonces, él quedarse dormido mientras ella volvía al licor y a la pantalla, sin la más remota idea de lo que estaba ocurriendo enfrente.

Esa noche, Sepúlveda se había prometido no dormir, y contaba con Jose para que lo ayudara a mantenerse despierto, para ver si así sorprendía el momento en que la araña hacía su trabajo. Habían visto unos partidos en que hubo muchos goles y Sepúlveda estaba eufórico. Por eso, no midió la cantidad de licor que estaba bebiendo.

Cuando se quedó dormido volvieron los sueños: los mutilados y los rotos y los asesinados, los torturados y los golpeados y los enterrados. Todo un espectáculo horripilante del otro lado de sus ojos firmemente apretados, pero ahora con el consuelo de que tenía a Jose al lado, de que sus dos cuerpos serían demasiado para la araña.

Pero cuando al día siguiente se sentó en la cama sin aliento, cuando puso los pies planos sobre el piso y se agarró la cabeza, Jose se había ido.

Esta vez la telaraña le abarcaba toda la parte derecha del cuerpo, dividiéndolo simétricamente de arriba hacia abajo. La telaraña lo cubría como si fuera un animal marcado para el sacrificio, el bordado ocupando la mitad de su cabello y rostro, la mitad de su pecho y abdomen, toda la pierna y el pie. Sepúlveda se espantó al observar que la telaraña había dividido igualmente su pene en dos mitades exactas. Y, como estaba circuncidado, la visión de su glande cubierto por el medio, en una especie de parodia de condón, le hizo pegar un grito y correr histérico al baño.

Era sábado, por lo que no tenía que trabajar. Un plan, entonces, tenía que elaborar un plan antes de que la araña lo cubriera del todo. Como primer paso la encontraría. Levantaría el colchón y voltearía la cama. Sacudiría y vaciaría y voltearía las veces que se necesitaran.

Y lo hizo: levantó y abrió y sacudió. Movié y removié y regó agua caliente por todas partes pero lo único que logró fue espantar unas cucarachas que abandonaron su casa rápidamente. Pero de arañas, nada. Ni por las paredes, ni en el baño ni en la cocina.

Por lo menos en *su* casa no estaban, se dijo. Seguro venían de afuera, sí, de alguna plaga de los vecinos, esos cochinos que no botan la basura a tiempo y apestan los pasillos. Por un momento estuvo tentado de tocar puertas y reclamar. Pero diciéndose que con eso no ganaría nada, pensó en llamar a Jose. Pero eso tampoco servía de nada: Jose bebía más que él y, cuando se quedara dormido, terminaría la botella y lo dejaría, solo con sus pesadillas.

Y con la araña.

No quedaba más remedio que mantenerse despierto, no beber licor y tomar solo café, sorprender a la araña en su ataque para acabarla a escobazos, como había hecho con los murciélagos. Cuando bajó a comprar la botella se dijo que no era para beberla durante los juegos sino para celebrar después, cuando hubiera aniquilado a su enemiga.

A las seis de la tarde terminó de cenar y volvió al televisor. Eso de bueno tenían los sábados, todas las cadenas pasaban fútbol. Llevaba cuatro horas de fútbol y se disponía a cuatro horas más. La diferencia sería que esta noche no bebería, haría café y se mantendría despierto hasta el amanecer o hasta cuando matara al maldito insecto que le hacía esta pasada.

A las nueve de la noche, después de un partido particularmente malo, defensivo, en donde los dos equipos se portaron como señoritas cuidando su virginidad, Sepúlveda se hizo su quinta taza de café. Tenía los ojos como platos, los nervios de punta y, con el próximo juego, se dijo que rompería el televisor si no había goles.

Este partido fue distinto. Eran el Liverpool contra el Newcastle, y siempre podía contar con los ingleses para que dejaran el alma en la cancha. Era el fútbol que más le gustaba, con su fuerza y entrega, la pasión de estos atletas rudos. Esto, claro, sin menoscabo de la magia del fútbol suramericano, la gracia de los brasileños o la intensidad de los argentinos.

Pero a pesar de que el partido iba empatado a dos, a pesar de que había cantado ya cuatro goles, Sepúlveda sentía que le faltaba algo. Porque no era lo mismo esta felicidad en seco, distante, a la que le proporcionaba su vaso en alto, derramándosele sobre el

pecho y la cama, la verdadera celebración en el chorro que saltaba de su vaso.

Pero no lo haría. No bebería y no tendría pesadillas ni le daría oportunidad a la araña para que lo envolviera como un fardo. Esta noche iba a luchar a brazo partido y mañana domingo, cuando la luz del día batiera en retirada a las pesadillas y a las arañas, llamaría a Jose y celebraría con ella abriendo la botella.

A las dos de la mañana todavía estaba viendo un partido entre los Estados Unidos y México. Era una cosa triste, con el primer tiempo empatado a cero. Estaba perdiendo la concentración, las manos empezaban a temblarle y Sepúlveda llegó a la conclusión que si no tenía pronto en los labios la oscura helada amada mezcla empezaría a llorar.

Y todavía diciéndose que controlaría el licor, que esta noche no tendría pesadillas y que a la mañana despertaría sin telarañas, se vio preparándose un trago de manera automática, primero el hielo, abundante, luego el ron y por último la cola. Más de la mitad del trago se le derramó por entre los dedos a causa del temblor.

Pero cuando bajó de un tirón la mezcla y respiró aliviado, cuando con pulso firme se sirvió el segundo, cuando lo levantaba nuevamente a los labios, suspendió para celebrar y mojarse y gritar, porque acababa de producirse el primer ¡ooooooooooooooooo! del partido.

Al abrir los ojos la araña lo miraba fijamente.

Estaba trepada sobre su nariz y Sepúlveda se dijo que era otro de sus estúpidos sueños, porque de otra forma la nariz le picaría con este animal peludo por su cara. Los ojos de la araña le parecieron inmensos, líquidos, de un tono de verde que no le caía del todo mal. Quiso moverse para acabar de una vez con éste el más imbécil de sus sueños pero le era imposible. Algo lo sostenía fijamente a la cama, como si lo hubieran atado, como a Gulliver. La araña, mientras tanto, había empezado a trepar y buscaba su frente y a Sepúlveda se le ocurrió que la araña le medía el cráneo, como para hallar la respuesta a la estolidez humana. Quería gritar, pero las finas hebras se habían convertido en sogas que, con cada movimiento, lo apretaban más, como



castigo por su rebeldía. La araña, mientras tanto, había terminado de inspeccionar sus oídos y empezaba a bajar por su cuello, como hastiada, como sintiendo asco por la raza humana y el tiempo que perdía en ella.

Pero a la altura del pecho, la araña dio media vuelta y subió nuevamente hasta los ojos de Sepúlveda, que ya para entonces había evacuado el vientre. La araña, mostrando en sus ojos verdes y líquidos todo su desprecio por Sepúlveda, levantó una patita. Y luego otra. Y otra y otra. Y Sepúlveda pudo sentir cómo le bañaba la cara un hilo de orines caliente.

Entonces entró en convulsiones.

Fue Jose quien lo encontró. Se había extrañado de su ausencia del trabajo todo un lunes y había llegado a su casa. Al empujar la puerta, lo vio, desnudo y acostado, un vaso de licor contra el pecho. En la televisión Brasil acababa de meterle un gol a Argentina.

Y, por la esquina del ojo, Jose vio cómo una araña saltaba de la cama de Sepúlveda.

* Tomado del libro **HÉROES A MEDIO TIEMPO** (Premio Centroamericano "Rogelio Sinán" 1997-1998), UTP, 1998.

JUSTO ARROYO. Nació en Colón, Panamá, en 1936. Múltiples veces ganador del Concurso Nacional "Ricardo Miró" como novelista y cuentista. Libros de cuentos: *Capricornio en gris* (1972); *Rostros como manchas* (1972); *Para terminar diciembre* (1995); *Héroes a medio tiempo* (1998); *Sin principio ni fin* (2001); *Réquiem para un duende* (2002). Novelas: *La gayola* (1966), *Dedos* (1970); *Dejando atrás al hombre de celofán* (1971); *El pez y el segundo* (1979); *Geografía de mujer* (1972); *Semana sin viernes* (1995); *Lucio Dante resucita* (1998), *Vida que olvida* (2002).



La tía Basilia

LUIS CAMINO

¡Ah! la pobre tía Basilia, salvo mi madre que se preocupaba por ella; ni mi padre, que se pasaba leyendo el periódico vespertino, alguna revista, o mirando la televisión todos los atardeceres sentado en su silla reclinable, ni mis hermanos mayores que entraban y salían de la casa, le prestaban ningún tipo de atención.

La tía solo sabe sentarse en su silla de ruedas y alejar la vista a través de la ventana; nunca la he visto hacer otra cosa. Voy a cumplir nueve años dentro de tres meses, veinticinco días, doce horas y treinta minutos, le digo mirando mi reloj que parece ser más grande que mi brazo, pero ella ni se inmuta. Madre grita desde la cocina que ya está listo el desayuno, y, muy a mi pesar, abandono a mi tía. Es por un momento le digo, ahorita vuelvo, pero no mueve ni una pestaña. La cocina huele a huevos fritos, a jamón, a pan, a café. Padre está sentado en la cabecera de la pequeña mesa leyendo algún expediente judicial, es abogado, yo ocupo el lugar junto a mi madre. Comenta sobre el ataque inminente a no sé qué país. Refunfuña entre dientes, como lo hace siempre con este tipo de noticias, pero no comenta nada. Madre lo mira y baja lentamente la cabeza. No sé si le tiene miedo pero pienso averiguarlo. Empezamos a comer. La tía Basilia sigue sentada en mis pensamientos, quizá es la única manera que tiene de llamarme. Tras terminar, pido permiso y regreso a su lado. Sigue en la misma posición, imperturbable, como si el día no pasara por ella. Mamá me mira con ojos de preocupación por mi terquedad de pasármela ahí en vez de salir a la calle a jugar, no sé, será que le tengo cariño, un afecto que su soledad parece pedir a gritos pero que ella desconoce, ni se altera.

Algunas tardes, cuando empieza a oscurecer, volteo y me mira a los ojos, entonces me da la impresión de que me quiere decir algo y espero con nerviosa aprensión, pero solo escucho sus lágrimas. Al rato viene madre y empuja su silla de ruedas hacia el dormitorio mientras yo me quedo pensando qué soñara ella; estoy seguro de que no puede tratarse de cosas alegres como regularmente me sucede a mí.

Hay días en los que no sale de su dormitorio y yo me pregunto si estará enferma. Lo único que sé es que madre entra y sale del dormitorio y luego llama por teléfono. Al rato llega el doctor Romero quien es amigo de la familia. Mi mamá me pide que me vaya al parque y yo voy porque el parque me gusta. Al rato llega a buscarme Felicia, la empleada. Me dice que no debo de hacer ruido al llegar a la casa. Yo la miro con ojos aturcidos. Mi madre me llama al comedor para tomar el lonche, el chocolate humeante, los panes franceses calentitos, la mantequillera abierta. La tía Basilia está enfermita, no debemos hacerle bulla, me dice. Tiene que descansar mucho porque su cuerpo está débil y no queremos que nada malo le pase. Por lo pronto ni se te vaya a ocurrir entrar a su cuarto. Por ahora lo tienes terminantemente prohibido. Acato la orden en silencio y no digo nada, no soy de desobedecerla y estoy asustado. En la noche rezo por ella pero no puedo conciliar el sueño.

Cuando voy al parque me encuentro con mis amigos y jugamos a la pelota; Pepito y Juanito me caen muy bien y siempre conversamos después de jugar. El que no me gusta para nada es el grandulón José, él es abusivo y siempre está pegándole a Juanito porque este es gordo; se ríe de él, le esconde

sus cosas, lo hace llorar. Pepito y yo no atinamos a hacer nada, dejamos hacer y después nos llega un sentimiento de culpa que para qué le cuento. Juanito nunca nos pone mala cara ni se queja, pero yo pienso que por dentro debe de estar muy molesto con nosotros y con toda razón, lo dejamos solo en los momentos difíciles. Creo que no hay niñas en el barrio y si las hay, nunca las he visto.

Cuando me despierto y salgo a la sala, la tía Basilia está nuevamente en su silla de ruedas mirando como siempre por la ventana. No pueden imaginarse la alegría que me da. Corro hacia ella, la abrazo y la lleno de besos, ella vuelve su cara hacia mí y me mira entre sorprendida y asustada. Me mira pero no sonrío ni dice nada. Qué importa, mientras esté allí sentadita yo sabré entender sus silencios, sus aparentes desplantes, su desidia, su abulia, su desinterés; con tenerla allí a mi costado, con pensar que escucha impávida mis palabras, con saber que su corazón late, tengo más que suficiente. Madre insiste que ando perdiendo el tiempo, que estaría mejor haciendo mis tareas o jugando en el parque con mis amigos. No me inmuta, ella no sabe lo que siento.

Tres veces al día mamá acerca una mesita a la silla de ruedas y le da de comer. Yo alcanzo a sentarme con ellas a la hora de la cena, que es cuando regreso del colegio. La tía come desganada, a regañadientes. A mi madre le cuesta embutirle la comida ya que la tía aprieta los labios y es casi imposible forzarla a que los abra. Algunas veces escupe el bocado que va a caer invariablemente al mandil de mamá. Entonces ella la reprende en voz alta y la amenaza con que ya no la va a alimentar, pero ni por esas, voltea a mirarla con los ojos entornados por la rabia pero no dice nada. De vez en cuando mi madre, cansada al fin, recoge el plato y se dirige a paso ligero a botarlo al basurero de la cocina. Yo me quedo solo con la tía y le digo que debe comer para mantenerse fuerte. Como pasa siempre, no me responde. Entonces me levanto de la silla y voy a hacer las tareas.

Una tarde me entero de que en la casa del frente hay un viejito que mira por la ventana en dirección a la tía, quizá conversan entre ellos con los ojos. No

puedo contener mi alegría y corro donde mamá a contarle que la tía Basilia tiene novio. Es don Sebastián, un viejecito escuálido y jorobado que suele caminar por la cuadra apoyado en su bastón, siempre calladito y con la mirada lejana, como la tía. La alegría que este hallazgo me produce dura muy poco.

Un martes por la noche, y me acuerdo de que era martes porque ese día yo no me pierdo mi serie preferida en la televisión, escucho gritos de mamá y un gran alboroto en el dormitorio de la tía. Mi padre sigue sentado en su reclinable leyendo el periódico vespertino, totalmente ajeno a lo que pasa unos cuantos metros más allá. Yo comienzo a pensar que no la quiere, que por alguna razón que yo desconozco, parece detestarla. Al rato llegan el doctor Jiménez y una ambulancia. Después de hacerle exámenes con esos instrumentos que me dan miedo, le ponen unos tubos por la nariz y la boca y le comienzan a inyectar no sé qué líquidos al cuerpo. Yo estoy espantado, me tapo los ojos con las manos, no quiero ver, no quiero escuchar nada. Corro a mi cuarto y me pongo a llorar. No deseo que nadie me vea, soy un hombre y los hombres no lloran.

Cuando le pregunto a mi madre qué le ha pasado a la tía Basilia, ella me responde que ha sufrido una embolia cerebral; yo no tengo ni la menor idea de lo que es eso pero ella me explica que es algo que pasa en la cabeza y que te paraliza medio cuerpo. Yo la miro atónito, no puedo creer que eso pueda pasar. También me cuenta que se le ha torcido la boca. Pobrecita pienso, ¿y ahora cómo va a poder comer? Al día siguiente me lleva al hospital para que la visite pero me ruega que me esté quieto. Yo estoy espantado, por momentos quiero escaparme de aquí, regresar corriendo a la casa, encerrarme en mi cuarto. Tiene tubos por todas partes. Hay muchos instrumentos que parecen radios y televisores que no dejan de emitir sonidos horribles. Y allí, echada en la cama, la tía Basilia. Le veo la boca torcida, está más flaquita, tiene los ojos cerrados, parece dormir. El doctor le dice a mi madre que la máscara que le cubre la boca debe permanecer ahí constantemente ya que es lo único que le va a permitir respirar. Lo miro y escucho con atención.

Dos días más tarde la traen a la casa. Esta vez papá ayuda a subirla hasta su dormitorio y a echarla en esa nueva cama que le han traído. Ha llegado también una enfermera. Es una morena cascarrabias así de grande. No me acerco a ella ni cuando me llama, me atemoriza. Los días que siguen hasta que se va, no me vuelve a dirigir la palabra.

Mi madre me ha ordenado que por ningún motivo se me vaya a ocurrir entrar solo al dormitorio. Le pregunto a mamá si mi tía se va a morir y ella me dice que llegado un momento la gente se tiene que morir pero eso está en las manos de Diosito; entonces yo rezo y le pido que la tía no se muera, que la tía se mejore, que yo extraño mucho verla sentadita frente a la ventana.

Una tarde le pregunto a mamá si siempre ha sido así, si nunca ha hablado, y ella me invita a sentarme en el sofá. No Luchito, me dice, tu tía fue una mujer muy guapa y alegre, si me esperas, te voy a traer unas fotos. Regresa con un álbum en las manos y comienza a pasar página por página. En esta foto está muy sonriente, creo que fue el día que pidieron su mano. Yo la miro y no sé reconocer a esa dama con un sombrero con redecillas en la cabeza, un vestido pegado que le llega a mitad de la pierna; un collar de perlas da vuelta a su cuello, los zapatos tienen un taco inmenso. Le pregunto a mamá por qué la foto es solo marrón y me explica que esa foto se conoce como foto en sepia y que en aquella época todavía no existían las de color. Mira, en esta otra está caminando por el jirón con tu abuelita Elvira, que en paz descanse. Probablemente iban en busca de novios. Los peinados que llevan son altos, nunca he visto una cosa así, los vestidos pegados, la cartera colgada al brazo, los zapatos de taco. Me muestra otra foto en que la tía aparece del brazo del tío Félix a quien nunca conocí. Yo creo que cuando se murió tu tío, todo cambió. Se fue muy joven, de unas fiebres tifoideas y Basilia no lo pudo aceptar ni comprender. Ella cambió, ya nunca llegó a ser la misma. Desapareció la sonrisa, las palabras se hicieron escasas. Nunca más apareció en ninguna foto.

Cuando le pregunto por qué mi padre es tan malo con la pobre tía, por qué no la saluda o se acerca a ella, mi madre responde que él no es malo, que hay ciertas cosas que para mí serían muy difíciles de comprender. Que el carácter de ambos es fuerte y en algunos casos chocaban entre ellos. Yo le digo que debe ser un poco más tolerante, sobre todo ahora que le resta poco por vivir, pero él no quiere dar su brazo a torcer y ella, al menos cuando era más dueña de sí, tampoco. Peleas zonzas que hieren, agravian, y esa sensación de sentirse herido por el otro se va magnificando con el paso de los días hasta que en algún momento ya no se puede encontrar el punto de regreso y eso es lo que ha pasado con ellos. Por eso yo ya no insisto y prefiero dejar las cosas como están. Entonces me pongo a pensar en lo estúpidos que podemos llegar a ser los humanos.

Una tarde me decido ir a conversar con el cura del colegio. Me recibe con curiosidad y me hace pasar a un cuarto grande con un escritorio labrado, muchas fotos y cuadros de Jesucristo y los santos. Hay además un mueble repleto de libros. Le cuento que quiero hablarle de mi tía Basilia, una viejita de más de ochenta años y de lo triste que es su vida rutinaria. Le pregunto por qué si hace tiempo vive como una muerta, aún no lo está. El cura sorprendido piensa un poco y me dice que nadie muere antes del día destinado por el creador, que no está en nosotros entenderlo. Le digo que no puedo creer en eso ya que ella pasa todos los días echada en la cama cubierta de tubos y nosotros sin poder siquiera ayudarla en el caso de que estuviese sintiendo grandes dolores. Él me contesta que esas son las pruebas que nos envía el Señor y que contra eso nada podemos hacer. Dándome una palmadita en el hombro, me asegura que Dios está cuidando de ella. Salgo decepcionado de su despacho sin creerle una sola palabra de lo que ha dicho.

Cuando regreso, madre descansa en su dormitorio. Venciendo mis miedos me dirijo al cuarto de la tía. Trato de darle un sentido a esa cantidad de equipos médicos que parecen cubrir su cama como monstruos. Pantallas, tubos, mangueras, sueros



colgando, balón de oxígeno y, cubriendo su boca, el dispositivo de respiración asistida. Sigo sin entender cómo no puede estar muerto un muerto. Me acerco a su lado y le doy un beso cariñoso en la frente. Ella levanta los ojos y me mira, con una mirada que parece una súplica. Le retiro el dispositivo respiratorio. A los pocos segundos comienza a moverse con desespero buscando un aire que no puede encontrar hasta que deja de respirar. La contemplo con cariño, tiene en el rostro una expresión de tranquilidad, de paz que nunca le he visto. Vuelvo colocar el respirador en su boca y me voy a hacer mis tareas confiando en que nadie se dará cuenta.

Hoy, sentado en una silla de ruedas, alejo la vista a través de la ventana y vuelvo a escuchar el grito desconsolado de mamá. El muchachito que está a mi lado me mira sin entender.

LUIS CAMINO. Vive en el condado de Broward, Florida, USA. Nació el 15 de junio de 1953. Estudió 6 años de Medicina en la universidad peruana "Cayetano Heredia". Escritor de inéditos poemas y novelas incompletas, creador de frases sueltas, ideas y proyectos literarios perdidos para siempre en el implacable viento del olvido. Agnóstico y ácrata intelectual.

Dos minicuentos de Annabel Miguelena

Dimensiones

Alina pensaba que tenderse sobre la arena era como viajar al infinito, y que en esa dimensión, deambulaba el alma del niño que jamás logró meter el mar en su agujero.

- ¡Pobrecito! Si tan sólo hubiese creído, me dijo.

Y hundió su índice en la húmeda arena. Luego, con una pequeña ostra, empezó a meter el océano entero en ese hoyito: peces, corales, barcos, delfines... Todo. Al final entramos nosotras. Por suerte, se quedaron algunas sirenas. Al menos ellas podrán dar fe de que el universo sigue su curso, sólo que ya no en el mismo lugar.

La cadena

¡Chaz! Hoy 5 de febrero, me deshago con esta tijera, de ese lazo kármico que ha venido atándonos a todos. Que si mi tatarabuelo golpeaba a mi tatarabuela; mi bisabuelo a mi bisabuela; mi abuelo a mi abuela; mi padre a mi madre y mi hermano a su esposa. ¡Chaz! ¡Chaz! ¡Ya basta! Que si ahora tengo mis ojos morados, es simplemente porque salí anoche y olvidé limpiarme el maquillaje.

ANNABEL MIGUELENA. Nació en Chitré, 1984. Abogada, instructora de zumba, compositora y escritora. Libros publicados: *Punto Final* (cuentos; 2004,); *Pedacito de luna* (cuentos y poemas infantiles; 2008) y *Amo tus pies mugrientos* (cuentos, 2011). Primer lugar en concurso "Medio Pollito" y el de microcuento, de la revista MiNaturA (España, 2010).

Música para las fieras

*Dichoso es el destino de la vestal sin culpas
Olvidada por el mundo del que ella se olvidó
Eterno resplandor de una mente sin recuerdos
Cada ruego ya cumplido, cada deseo ya perdido.*

ALEXANDER POPE: *PARA ABELARDO DE ELOISA*

I

De estas épocas apenas reveladas
se dirá que no había acuerdo entre nosotros, los insomnes.
Que cada quien vivía el pronóstico del día sobre la víspera
que pasábamos de la noche al cuerpo, sin ser vistos
que nos ganaba la costumbre de esperar la lejanía
y que flotábamos como objetos no asidos a la tierra
con el eterno resplandor de una mente sin recuerdos.

Se creerá que simulábamos fantásticas criaturas
navegando por imágenes de estuarios y ballenas.
Que propiciábamos demonios
que nos hacían perder el sueño
dando ascenso a las tertulias vagabundas de la aurora.
Y que no obstante despertábamos, de pie e hipnotizados
sin que nadie nos diera palmaditas en la frente
recortando calendarios, papeles y fotografías
para poder saciar la sed
que daba de beber a nuestras lágrimas.

II

Pensarán que inventábamos países de juguetería
calcando en relieve mapas de territorios prohibidos.
Que redondeábamos los riscos de coral, los farallones
con crípticas arboladuras, por imposibles dominios.
Y se nos hará lucir las galas de los amantes vencidos
acusados de una suerte de incoherencia delictiva:
de hacernos guiños falsos en la paradoja del olvido
atrapando las caricias subitáneas del desvelo
que se caen de su estatura y no se quiebran.

GIOVANNA BENEDETTI

Y se hablará de encantamientos:
que hubo pacto, maleficio.
Que traíamos ya indispuestas las líneas de las manos
y una cartilla de deudas en expansión perpetua.
Que nos habíamos hecho prófugos
de nuestras pobres narrativas
fermentando como espuma la fatiga de los vientos.
Y que atrapados como estábamos
entre el río y su turbulencia
discurríamos hacia arriba, alrededor, sin punto fijo:
(como esas necias crónicas viajeras del paisaje
que se acercan por detrás
huyendo de los riesgos).

III

Alguien dirá —seguramente—
que sólo una fatalidad redime a otra.
Que la función del olvido es diferir la sombra.
Provocar el sacrificio de la flor irremediable
sin cortar por propia mano los tendones de la tierra
devolviendo a sus rutinas los sabores de la espera
en esa breve intensidad que paraliza el miedo:
como un perrito avergonzado
que rinde honores a destiempo
y que suspira de perfil para no incordiar los ecos.

Hechos custodios del verbo
y cómplices de sus esquemas
se creerá que profanábamos los números del término.
Que le colgábamos adjetivos persistentes al silencio

en ansia de durar más de un momento.
Y que si a ratos despegaban los columpios de la carne
(y nos daba por robar la claridad a los sabuesos)
le oponíamos las fragancias obsesivas del misterio
con la angustia bien ceñida a las costuras de la calle
para impedir que la humedad
se abriese paso sobre el verso.

IV

Entonces fingirán
que no se oyó el latir de nuestras quejas
cuando el juego de las luces arrumbaba sus cadencias
—esos pequeños fogonazos truculentos de la historia
que caen de la misericordia de los dioses de lo efímero—
Y se enrollarán los telares de las patrias interiores
que no alcanzan, con sus letras, a vivir entre renglones
conciliando los discursos de las viejas profecías
con el púrpura encendido de las nuevas tradiciones.
Y mientras la niebla se expande como un sudario de higueras
(y nos envuelve en el trayecto que va del espejo al suelo)
se desdecirá de aquel idioma adormecido de repente
a la manera en que las olas
se desdican de la arena.

La rutina de una mano pasará en turno a la otra
remontando hacia los pájaros un signo interrogante...
—y Dios dirá por qué persisten los destellos del relámpago
al chasquido del azote que reverbera el pantano
o esa rosa en las combinaciones de una misma pesadilla
o la ilusión del arco iris en un cielo imaginario
cuando todas las certezas se diluyen en sus ángulos
en una trama de espirales, cicatrices y etiquetas.

V

La memoria es una lenta caravana de consignas.
Una mano extendida que separa las aguas.
Una trampilla de paso.
Una ficción del cántaro.
Una caja de reliquias que sobrevive al cálculo.

Una opinión que afina la velocidad de la mirada.
Una noria que da vueltas undívaga y portátil.
Un barco que se desliza por un mar de abecedarios
sobre esa incertidumbre fraticida del olvido
donde ya no coinciden ni los días ni las palabras
y los sucesos se depuran de la sal en sus cornisas
y los héroes se desploman y caen sobre sus astas
tumbados a banderillazos o envejecidos de súbito.

De largo sopla el viento que convida a los halcones
brincando entre la espiga y la bulla sofocante
sin planos, ni portulanos, ni folios, ni recetarios
desahogando los naufragios rescatados de las olas
que confunden la ilusión de cal y canto de las piedras
con la tibieza protectora de una lumbrería bien servida
porque la piel de los verdugos no se quema.

Sencilla metalurgia del infierno:
martillar a yunque plano la fatiga de la carne
y herrar la fragua dócil que ya no tiene aliento.

VI

El vacío aspira siempre a atar nudos en la nada.
A simular lo vacante en su voracidad esquiva.
Finge el ritmo de la trama que conjura a los danzantes
o el lenguaje que enmudece en su oficio a las intrigas.
Es la distancia de vuelo que no va a ninguna parte
y que se hincha y cobra inercia
en la última jornada
bajo una luna
que en sus cuernos se arquea como una ojiva
porque la muerte acecha obscena, triunfal
y sin coartada.

No bastará, por cierto
con desmemorar la rosa
ni con borrar el tatuaje
que configura al tigre
si la noche se nos cierra como un organillo de felpa
y el amor invertebrado se convierte en herejía.
En el vasto gradiente de los jardines sin tierra

—allí donde la luz
carbonizada aún crepita—
se humillarán los aljibes que acumulan las goteras
venciendo las carreteras fastidiadas por las suelas.
Y aparecerá un nube hueca (casi como una anfisbena)
que adrede se disparará
en un raptó de esplendores
hacia la inexorable fanfarria
del último silencio.

VII

No estábamos
en el secreto que confabula al viento
(pero algo sorprendíamos de sus iras y vaivenes).
La manera en que la brisa nos obliga desde adentro
o esos humores que derivan lentamente hacia el rocío.
Era el don de la hojarasca que compara y obliga
a la merced de las pasiones que conspiran con el céfiro,
aguijoneando las corrientes que se filtran desde el tímpano
bajo el encuentro de los cinco sentidos en la boca.
¡Perpetua carambola de un pánfilo suspiro
que en el aire se devuelve enroscándose en un vuelco!
desangrando las arterias que alimentan la neblina
cada vez que el alma atrapa un portento y lo detiene
en un íntimo rubor de vacío contemplativo.

En la mórbida ordenanza de las fascinaciones
—allí donde se curva en mandíbulas la espera—
la nostalgia ofrece pasto facilísimo a una andrómina.
Parda nube volandera que se recuesta en la almohada
sobre esa parte del rostro
que no dejamos que se duerma
devolviendo a la pupila los murmullos fracasados
cuando el aire se hace grito y habita entre las cosas.

VIII

Apenas si resiste la mirada
las trampas que nos tiene averiguado el verso.
Aquella voz que se deshizo
en la persecución de la palabra

(o el tiroteo indiferente en la explanada de lo inédito).
Y esos susurros fugaces, desprendidos de su asombro
que avanzaban haciendo
aguas sobre la claridad del fuego.
La empuñadura falaz del tóxico de los durmientes
cabalgando pedestales por los zócalos vacíos.
Jugando, a libro abierto, con la pólvora del templo
donde unánimes ejércitos pelean ya en el futuro
bajo un sol que en su misión devora corazones
porque sabe que el zarpazo ya ha sido concebido
para que suceda en la selva el salto de la fiera.
Es así como
el pelicano gobierna los crepúsculos
cuando el sol en sus dominios simbólicos lo hiere.
Con aquel capricho impune que lo lanza al horizonte:
desde el rojo del atardecer, que el ave inmoviliza
hasta la luz del relámpago
que cae del rayo a la luciérnaga.

IX

Fuimos dándole excepciones a la regla.
Otorgamos salvedades, conferimos canonjías.
Le enmendamos la plana limpiamente a la experiencia
azuzando las cuadrigas que hay entre una letra y otra.
Sobornando las metáforas
en sus fórmulas narcóticas
más allá de los adverbios que confunden las estrellas,
ensartando pajarillas de papel frente al Leteo
como un hilillo de perlas que ya no retiene el cuello
y que cae sobre los hombros con los sonidos rotos
desde al pudor lejano de sus respiraciones.

Nunca entendimos la fórmula
de nuestras propias leyendas
—que no por ser trivial era menos traicionera—.
Aquella fatamorgana curvando las apariencias
que espejaba en la distancia los jardines de la época.
La indiferencia de un mundo asediado por sus símbolos
que ha de hacerse facturar por las pasiones que posterga
braceando la mar oceána, por imposibles refugios
donde hasta al pez le salen alas
cada vez que el agua tiembla.

X

En la terca vecindad del aguacero
—donde la lluvia es la lluvia y se queda para siempre—
aprendimos a llamar por sobrenombre a las tristezas
enmascarando los recuerdos con el serrín del habla
cuando en los patios mojados amanecían los heliotropos
que se erguían para secarse alrededor de las ventanas
por donde mirábamos aparecer los truenos.

Y cuando la tarde
se iba al mar y recogía sus tafetanes
nos llenábamos de sol poniente
hasta la aciaga marisma
rasgándole las vestiduras agitadas al crepúsculo
en un banquete de ojos, tamarindos y rayuelas.
La luna nos turnaba para entretener las olas
alrededor de las corrientes que dispersan las anémonas
sin lámparas, ni maravillas que apagaran las esferas:
tan solo la memoriosa encarnación de una libélula
que temblaba como azogue
como abanico de tonta.
Era un instante feliz, dicho en una abreviatura
que trascendía los calendarios y liaba los desafíos.
La ubicuidad perfecta: la esencial anomalía
donde todo se complica simplificando el eco.

XI

Quizás nunca supimos
que la noche tiende al caos
y que esos cristales
de luna siempre sugieren tormenta.
Que detrás de la memoria fragmentaria
queda un ruido
(un ruido que se cuele y se acumula en saltos).
Y que cuando ese ruido espesa la gramática del viento
y sus arcanos se hacen cómplices
en los pronósticos del llanto
sobreviven en bandadas, como pericos chillones
circulando por las venas, con tintinear de espejos
bajo el éxtasis suspenso de una caricia sin cuerpo.

Siempre habrá
cierta indecencia en esa imagen discursiva
en la que el agua desatada se devuelve a su cisterna
sorteando a contracorriente las fricciones de las piedras
que viven bajo los muelles de esos paisajes tardíos
por donde un dios —voyeur de campo—
se pasea agazapado
vendiendo a destajo el cielo en servidumbres de paso
con fausto y con sobresalto,
pero sin despertar del sueño.

XII

Nadie dirá que queríamos
ser tomados por ingenuos
sino que el arte, en su reclamo
desgastó el carmín del lienzo.
Levantando las pisadas sobre la escena del crimen
como quien vive de antemano lo inminente en lo que sigue.
Y se jurará por un pasado que era ya el propio destino
(en aquella hendidura vacante
entre el cuerpo y su potencia)
cerrando los picaportes de esa red folletinesca
en la que el pie nunca regresa de vuelta a su figura.

Y cuando el último
santuario quede aún lleno de signos
y la sangre suba al lecho quejándose del frío
se saldrá a velar las armas en los castillos internos
bordeando los pavimentos con ferias y cuarentenas.
Y se hablará de esos misterios condenados a la pira
que imponían los vendavales
de la música imperiosa
(maldición que ahora
despierta de su sueño a los dragones
y nos clava a mano alzada
su espina entre las sombras).

XIII

Creerán que hubo comparsas
duplicando estos rituales
porque toda tentación repite su argumento.
La caricia avariciosa que lleva los mares consigo
de modo que lo improbable no sofoque a lo posible.
Pero cuando los árboles
se crezcan remeciendo sus adioses
y se encorven los sarmientos que acaso sobreviven
se entrará a cazar fantasmas
por los palcos del abismo
—como esos actores
que flotan de pie sobre el proscenio
recitando los epígrafes larvarios de los héroes
que aún no tienen el vigor de la mirada rota.

Luego sabrán que los juglares
se extraviaron en sus señas
al piruetear entre los faros giratorios de las breas
aturdidos como garzas que se pasman en el río
frente al blanco omnipotente de los ojos de las fieras.
Y se acoplarán ditirambos, epigramas, aleluyas...
(de los que nada conocen
todavía los tiempos)
porque un ángel ritual les ha zurcido el gesto
hasta dejarlos a cien leguas de todas sus miserias.

XIV

Pasarán estos ubicuos territorios de la imagen
más allá de la distancia electrónica del siglo.
Y seguirá el pequeño escriba
componiendo sus querellas:
fijando carteles necios en templos y graderías.
Defendiéndose del péndulo de sus conspiraciones
del desamor y su ausencia
de la obsesión
y la culpa
del reloj inmensurable de las horas preteridas
desolladas por la hoja de afeitar de la indolencia.

Y de aquel candor erótico
guardado en el trastero
que nos plagiaba el instinto por todos los caminos
jugando a desligar del azar sus consecuencias
al discurrir por las aceras de tierra y crinolina.

Y volverá la duda ingrátida
—esa terrible epifanía—
y nos ocuparemos de tramar
la rendición de los cortejos
y conoceremos por diagrama
las pasiones que nos rigen
y olvidaremos las leyendas que se levantaron en lenguas
y tocaremos el arpa clandestina en los balcones
y nos llenaremos de espejos para curarnos de espanto
y nos contentaremos con ser como la rosa, que es efímera
y se sucede a sí misma en un tránsito de esquemas.

XV

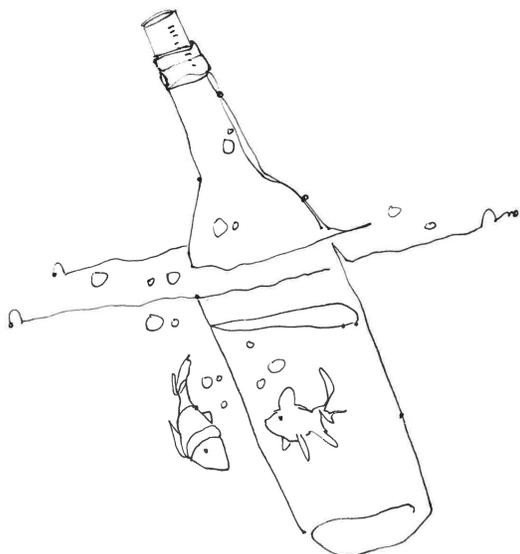
Nosotros, agonistas de todos los desasosiegos
nos reiremos de la propia frustración
frente al paisaje.
Quemaremos rumores sueltos
para aproximar las voces
que el largo cuello de la soledad no alcanza.
Canciones de queja
y pretextos
para enamorar los miedos
que lograrán, a lo más, disimular la lejanía
en ese juego de andar y desandar habitaciones
donde apenas si se hace soportable la llovizna.
Y al cabo alguien dirá:
—¿qué tanto importa entonces
si abrimos la dichosa caja
o nos encerramos dentro
si el pie ya no recuerda el arco de su suela
y si el pez no se da cuenta del mar que le contiene?
(Pero allí sigue la plaza
donde la estatua llora...)

A veces pasan siglos
entre dos atardeceres

y una sola sombra larga
se convierte en firmamento.
Pero una sombra
no es la noche, y aún si se desborda
en la noche las estrellas se constelan en caminos.
Y en esa otra forma rara de los cielos que es el verbo
hay una razón poética que rige los precipicios:
una música que entiende ese sonido de las fieras
que nunca se consume, sino que se consuma.

*Tomado de: "**Música para las fieras (Poema en quince cantos)**" -Primera parte; Premio Nacional de Literatura "Ricardo" Miró, 2013

GIOVANNA BENEDETTI. Nació en la ciudad de Panamá en 1949. Doctora en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en Derecho de Autor y derecho de la Cultura, también es escultora. Ha ganado en cinco ocasiones el Concurso Nacional "Ricardo Miró. Reside en España. Obras: *La lluvia sobre el fuego* (cuentos; 1982); *El sótano dos de la cultura* (ensayo; 1985); *Entonces, ahora y luego* (poesía; 1993); *Entrada abierta a la mansión cerrada* (poesía; ?).



La mujer triste

ISABEL BURGOS

En mi sueño yo contesto el teléfono y una persona me pregunta por alguien que no conozco. Es una voz de mujer, y se trata de un tema formal, algo de negocios o de trabajo, no sé. No recuerdo las palabras, sólo recuerdo adquirir la conciencia de escuchar soledad pura por el auricular. En mi sueño pienso en lo triste que tiene que estar esta persona para lograr que se le escape la soledad a través de palabras.

Luego ya no estoy en el teléfono. Estoy en un banco y sigo hablando con la misma persona, pero ahora cara a cara. Solo nos separa un escritorio lleno de papeles. Miro sus ojos. No los conozco, pero son los ojos más tristes que he visto dormido o despierto. Pienso: "Estos son los ojos más tristes que he visto, dormido o despierto". Pienso: "Estoy soñando con una mujer triste que no conozco". Ella sigue inmersa en su explicación de tasas e intereses, en su firme aquí, en su permítame su cédula. Pienso: "Quiero sacarla de aquí, llevarla a ver el mar". Eso pienso, llevarla a ver el mar. En mi sueño, afuera del banco hay rocas, y más allá de las rocas está el mar. Quiero sacar a la mujer triste del banco para que vea el mar, porque, en mi sueño, el mar es la cura para la tristeza. Cruzo la puerta del banco, veo claramente al guardia de seguridad que me dice déjeme revisar a la mujer triste que lleva en su bolso. Abro mi bolso y sólo hay un cuaderno de apuntes y mi celular, que suena. Contesto. Es la mujer triste del banco que me habla de cuentas corrientes, de depósitos a plazo fijo. Me siento en una roca frente al mar, afuera del banco. Cierro el celular y vuelve a sonar. Abro los ojos, estoy en mi cama. Suena el teléfono. Contesto. Es una mujer triste que me quiere vender un fin de semana frente al mar.

ISABEL BURGOS. Nació el 25 de mayo de 1970, en la Ciudad de Panamá. Publicista, locutora comercial, actriz, productora y directora de teatro. Incluida en la antología *Tiempo al tiempo (Nuevos cuentistas de Panamá: 1990-2012)* (2012), así como en *9 Nuevos cuentistas panameños* (2013). Libro de cuentos: *Segunda persona* (2011).

La vida es un trío en mi menor

ISABEL HERRERA DE TAYLOR



Al pensar en esos años concluyo que de todos los hijos de mi madre, yo era el más cobarde. Cuando mis padres discutían, mi delgado cuerpo temblaba todo. Me escondía debajo de la cama y rogaba a Dios que mi mamá se convirtiera en la “Mujer Maravilla”, enfrentara a mi padre y le diese una paliza... Eso no ocurría. No deseaba escuchar las palabras que parecían rocas furiosas rodando y destruyendo todo a su paso. Me hundía en una cavidad profunda y oscura, por donde caía lentamente, hasta que dejaba de escuchar sonidos y me suspendía en el silencio.

Pasada la tormenta llegaba la calma al apartamento, salir de mi refugio requería tiempo y energía. Salía arrastrándome física y emocionalmente; para ese entonces, Carmela y Adriano ya estaban allí, evitando mirar de frente a quien estuviese a la vista. Los días siguientes, los hermanos guardábamos distancia entre nosotros. Sólo mis padres proseguían su vida como si nada terrible hubiese pasado, porque — los veía con estos ojos — se iban juntos a su cuarto en la noche.

A veces ocurría que mi mamá se acercaba a Adrianito para mirarlo o tenía que correr conmigo para la sala de urgencia de un hospital. Esas emociones produjeron en mí — lo dijo el doctor — una especie de ataques asmáticos. Durante las crisis recibía atención y cariño. Cuando crecí las riñas disminuyeron y los ataques también.

— ¿Mamá?

Mamá era muy bonita, con ojos grises y piel rosada, muy desligada de nosotros...

A veces estaba alegre, a veces dormía mucho. Las manos de mamá no acariciaban nuestra piel. Ni se daba cuenta si había un grano en nuestra cara o si Adriano estaba más flaco. Vivíamos ese tipo de amor de madre, no teníamos otra opción. Vivíamos con cierta comodidad; tuvimos una casa con jardín, hasta que papá cambió de trabajo.

Teníamos al abuelo y a la tía Mariana. Mis dos hermanos se parecen a ellos, a la familia de mi mamá. Adriano era el favorito del abuelo. Yo sé que el abuelo nos quería a todos, pero más a Adriano porque siempre, siempre, estaba estudiando. Carmela es muy seria, va mucho a la iglesia, dicta catecismo. Yo quiero a Carmela, aunque ella no se sonríe conmigo como lo hace con Adriano. A mi papá le dio por hablarle a Carmela a través de mi madre o de alguno de nosotros. ¿Cómo será que un eco ordene y aconseje? Carmela dejó de hablarle, se siente feo que ella no le diga papá a su papá.

Mamá, ¿por qué papá no le habla a Carmela directamente?

Está molesto. No te preocupes ya se le pasará.

—Carmela, tienes que hablarle a papá. ¿Hasta cuándo esta tontería?

—¿Tontería? ¡Si supieras lo que una vez me dijo!

Me cansé de no entender. Hice mi vida alejado de ellos.

El abuelo decía que yo era un perezoso, pero sonreía cuando sabía que alguna doña me rondaba: “Te gustan las viejas”, “eres irrespetuoso”, decía esas frases con su marcado acento italiano. Era cierto. Todavía muchacho aprendí que le gustaba a las mujeres y que ellas querían complacerme y hasta

pagar por mi ropa y mis libros. Me he convertido en un hombre robusto y guapo. Andando por los billares cuando me fugaba de las clases que tanto me aburrían, conocí a Nora. Era una mujer — nunca supe su edad — como quince años mayor que yo y nos enredamos. Con ella aprendí a jugar en el Casino. Las idas al billar ocurrían en un plano inocente, lo importante entre la muchachada era ser bueno con los tacos y poco dinero se perdía. El casino es otra cosa. La sangre se enciende, falta el aire, sudas estando en ambiente fresco, y cuando uno se queda sin moneda se sufre un bajón emocional, muy parecido a cuando estaba bajo la cama huyendo de las palabras-rocas.

Por el casino y las exigencias sexuales de Nora perdí los dos últimos bimestres del año escolar y la oportunidad de graduarme de secundaria. Fue por esa época que papá me echó de la casa. Lo de Nora me pasó rápido. Supe que tenía una hija allá en su provincia natal. No sé por qué saber ese detalle enfrió la relación. Me fui de su vida sin ningún sufrimiento. Algo en ella me recordaba a mi madre.

¿De qué sirve recordar cada detalle?

Cuando mi papá me tiró del apartamento nuevo fui a vivir a donde la tía Mariana. Allí tuve que cumplir con algunas reglas. Tía Mariana es distinta a mi mamá en su carácter: saludaba al levantarse y al acostarse; había horas exactas para comer y dormir. Pasé mucho tiempo sin ver a mis hermanos, hasta que vinieron a visitar a la tía y entonces supe que Carmela había conseguido un trabajo.

Un día, mamá le dijo a mi tía que mi papá se había curado y que yo podía regresar a esa casa, al apartamento. Me reí. Pasado un tiempo vino de nuevo a decir que fuera de visita, que habría una cena. Y aunque mi tía consideraba que mi madre estaba tan loca como mi padre, me sugirió que acudiera. Dijo que la vio tan contenta. “Una madre es una madre”, dijo mi tía entre otras frases filosóficas que siempre recordaré.

Ahora que todo ha pasado, tengo que reconocer que el único culpable de lo sucedido fui yo. A veces lloro al recordar que por mí se inició la

discusión; y discutí con él a pesar de que mamá nos había advertido que estaba enfermo.

Cuando mi papá cayó en el piso, siguieron los ruegos de ella y luego al ver el río de sangre no hice ningún esfuerzo por pedir ayuda. ¡Ya he dicho que soy un cobarde! No deseo repetir lo que ocurrió esa tarde, sólo recuerdo las palabras de mi tía Mariana, tan educada ella, tan buena: “Ve a la reunión familiar, ustedes no son los únicos con problemas; los hogares son como baúles llenos de secretos rodeados de pastillas de alcanfor, para evitar que los de afuera perciban el olor”.

No sé en qué ayudará que contemos estos hechos. Será algo parecido a confesarse con el padre José Miguel. Después de darme la absolución me siento más tranquila y sigo con mi vida de todos los días.

El único halago que escuché de niña era que tenía muy bonita voz, pero un día cualquiera, sin mediar excusas, a papá le molestó que yo cantara. Le hastiaba mi presencia. “Lucía, le decía a mi madre, dile a tu hija que hace mucho alboroto, no quiero que cante”. En otros momentos: “Lucía, dile a tu hija que se vaya a la habitación, que está castigada”.

Creo que después logré entender el por qué de las riñas sin sentido. Me enteré de ello cuando cumplí quince años. Parece que le era imposible callarlo.

—Escucha bien — y me sujetó por los hombros para que lo mirara de frente. — ¡Yo no soy tu papá! Le hice a tu madre el favor de perdonarla. ¡Y nada de decirlo a tus hermanos!

Asustada miré a mi madre, buscaba protección, me sentía desmayar, necesitaba apoyo. ¿De qué me hablaba? ¡Soy la segunda de los tres hijos! Las lágrimas mojaban mi rostro. Mi papá, aún con todos sus defectos era alguien importante en mi vida, ¿no era mi papá? Ella me dijo: “Algún día entenderás”. Entendí la falta de cariño y el rencor en los ojos de él, a ella nunca he llegado a comprenderla. Desde entonces dejé de llamarlo papá o de cualquier otra manera. El odio llenó los espacios abandonados por el amor. El cura dice que debo rezar mucho para perdonarlos. A

pesar de que asisto a cuanto acto religioso hay, no estoy segura de haberlo logrado.

Antes de la revelación vivíamos en una linda casa, después nos mudamos a un apartamento en un edificio sin color en las paredes y sin luz en los pasillos. Aún en esa casa que recuerdo tan bonita, la tristeza se había colado por cualquier rendija que encontró y las caricias dieron paso a los gritos y a los manotazos. Luego, en el apartamento, la ambigüedad, las ausencias, las soledades cincelaron nuestros caracteres. No sé si fue primero el alcoholismo o el conocimiento de la verdad o ambos surgieron en este hombre que me redujo al silencio. Por otro lado al cambiar él de trabajo mamá tuvo que abandonar el casino, el salón de belleza, las tardes de té. Ella sólo se deprimió por un tiempo: el abuelo le dejó una herencia y todo mejoró para ella.

Las visitas del abuelo nos alegraban mucho, contaba historias que nos hacían reír. Gracias a él había momentos en que el silencio se escapaba por las ventanas y el sol brillaba más; las voces contaban anécdotas y chistes escolares. Y si coincidía que mis padres no estaban presentes, yo cantaba dejando escapar la alegría escondida.

No sabía que narrar esta historia me haría sentir aliviada como ocurre después de vomitar durante un malestar estomacal.

Cada uno en esa casa vivía su vida. Un día que llegué, Adriano me dijo que Camilo se había ido de la casa. En realidad su papá lo había echado. Al año siguiente me gradué de secundaria y dije que yo también me iría de esa casa, pero nunca cumplí con ese deseo. La indiferencia era una de las habitantes de este lugar. Por ejemplo, Adriano, quien estaba en el último año de secundaria, a veces, llegaba de madrugada a la casa. Mi mamá parecía no enterarse o ¿se hacía la tonta? Era una mujer tan metida en sí misma, tan fría, tan sosa. Lo único que Alberto Morales le pudo ver sería su antigua belleza física, porque era y sigue siendo una persona fatua.

En cuanto a lo acaecido esa tarde, ya casi era de noche, mi mamá inventó una reunión familiar que me extrañó, porque rara vez comíamos juntos a la

misma hora. Pero, los años habían pasado y quizás tuvo una verdadera buena intención de reunir a la familia. ¿Cómo saberlo? Pocas explicaciones previas dio sobre el asunto. De todas maneras, ver a Camilo fue una gran alegría. Hasta yo me sorprendí del deseo de rodear al ser querido con mis brazos y retenerlo junto a mí. Pasado los saludos, mi madre se dedicó a revolver una ensalada, la mirada baja, sin intentar un diálogo. Parecía que ya había expresado todo lo que podía. Su silencio me puso de malhumor, me recordó otro silencio: el mío. Traté de evitar malos pensamientos, porque allí estábamos todos sus hijos respondiendo a su llamado, gozando de un abrazo gracias a la ocasión. Extraordinarios son los lazos que nos unen, pensaba yo. Puesta la mesa, esperamos por Alberto Morales. Llegó saludando a la distancia, agitando la mano en el aire, sin fijar la mirada en ninguno.

Nos sentamos a comer: acto de hipocresía, entre seres que de seguro serían más felices unos en África y otros en Asia, o ¿mostraba una esperanza? Una conversación tímida se inició, Camilo con dejo alegre, Adriano con un tono de voz bajo, y yo con mi voz aguda que subía y bajaba; y a ratos un coro de risas nerviosas. Hasta que surgió una desavenencia por una palabra cualquiera. Siguió la discusión con Camilo sobre el asunto de por qué su papá lo echó de la casa. Alberto Morales se levantó de la mesa, extendí mi mano para sujetarlo, fue un intento inútil. Camilo recibió el golpe, lo asimiló y lo devolvió con fuerza, ya no era el niño que se escondía bajo la cama. Luego, procedió a agarrar a su padre por los hombros y lo estrelló contra la pared. El rostro asombrado de Alberto Morales se puso rojo, empezó a respirar agitado, y lentamente se fue derrumbando. Mamá corrió hacia él y dijo:

—Llamen una ambulancia, se ve mal.

Al ver que no respondíamos, gritó: — ¡Hay que llevarlo a un médico, a un hospital!

Entonces, cuando Adriano hizo un movimiento hacia la puerta lo contuve. ¡No! Nadie va a correr — dije—. ¡No vamos a correr por él! Si él muere tú serás libre mamá, serás libre.

Ella se dejó caer al lado de él. Se veía cansada, con el rostro ajado, las manos temblorosas. Y con una voz apagada nos dijo:

—Siempre los he querido, pero querer a otros es un esfuerzo muy grande y no podía, nunca pude...

Camilo se arrodilló para sentir el pulso de su padre, le palpó el pecho. Y llorando dijo: — ¡Creo que está muerto!

El silencio que siguió se salpicó con los pasos de mi mamá que corría hacia la cocina. Quedamos allí como estatuas. Posteriormente el grito de Adriano nos rompió en pedazos.

Yo sí quería que nos reuniésemos. Aunque sentarnos juntos tenía que ser difícil, porque había pasado mucho tiempo desde que Camilo vivía donde la tía Mariana y, desde hacía poco tiempo, Carmela trabajaba. Nos veíamos muy poco.

Recuerdo cuando mamá me mimaba después de las discusiones, era un indicio de que nada grave realmente había pasado; a veces los golpes no permitían acercamiento alguno y nos manteníamos distantes como si todos fuéramos culpables de algo que no percibíamos. Si lo pienso bien lo de los golpes no era tan a menudo, al menos para mí; lo peor era la indiferencia, la falta de cariño y el silencio.

Es cierto, por un tiempo vivimos en un apartamento feo. Luego cuando el abuelo murió, mi madre heredó una casa. Esta casa se alquiló y con la renta obtenida nos mudamos a un apartamento mejor. Papá era un hombre de un carácter tan variable como el de mi mamá: días alegres, días violentos. Además, no mostraba interés en nuestros estudios. Igual que ella, decía estar preocupado por nuestras calificaciones; sin embargo, dejaba que mi tía Mariana, Carmela o la suerte atendieran mis asuntos del colegio.

Las actividades más simples eran motivo de discusión en nuestra familia. Mi mamá vivía preocupada de su imagen. Decía que estaba gorda y, por ello, nos obligaba a compartir con ella unas comidas sosas, sin salsas, siguiendo la dieta que alguna amiga le recomendara; entonces mi papá reclamaba, con frases vulgares y en voz alta, otra clase de comida. El otro

hecho era que ella se iba a la calle y no volvía en todo el día; por ello, siendo niños, teníamos que esperar horas para tomar nuestros alimentos o que la buena de mi tía se apareciera. Cuando crecimos, Carmela resolvió el asunto de comer a tiempo.

Recuerdo muy bien que, a veces, mi mamá nos vestía a Camilo y a mí con la ropa de Carmela para castigarnos. De niño, esa acción me hería. Luego, yo mismo, ya grande, usaba a escondidas, la ropa de mi hermana para complacerme. Me encanta el roce de la seda en mis partes íntimas. Mi vida va por ese rumbo. Tengo amigos que me invitan a fiestas privadas donde la paso muy bien. A pesar de esa vida alegre, algunas veces me siento como barco a la deriva.

Era lógico que durante la cena del día del incidente, surgiera el tema de la ida de Camilo. Una noche hace muchos meses, hubo una discusión entre mi papá y él. Mi papá le gritó: "Te vas de esta casa." Me fui al cuarto y le dije a mi madre que estaba viendo televisión, que por favor impidiera la acción de papá. Y ella contestó:

—No puedo, Camilo es muy rebelde. Tu padre manda.

Muchas veces me pregunté: ¿Dónde está el amor en nuestra casa?

¿Y lo de Carmela? A veces he pensado que Carmela exageraba su ira contra papá; después de todo, no recuerdo que él la haya golpeado jamás. Tampoco le preguntaba por nada, en cambio a Camilo y a mí si tenía que pegarnos lo hacía. Desde que Carmela se graduó de secundaria y se fue Camilo, surgió una tregua en la familia; en las discusiones mi papá ya no ofendía a mamá con palabras como *puta, mala esposa, retrasada...*; y ella no le correspondía con *viejo estúpido, impotente...*

Un día mamá dijo: "Quizás tu papá le diga a Camilo que regrese a la casa". Pasó un tiempo y mi papá no hizo nada que indicase su interés en que Camilo regresara. Otro día: "Tú papá está tomando medicamentos". La escuchamos sin sentirnos aludidos, porque teníamos percepciones distintas: nosotros lo veíamos como un bebedor empedernido y ella como un enfermo.

El sacapuntas

SONIA EHLERS PRESTÁN

Como dijo Carmela, o tal vez fue Camilo, mamá se empeñó en hacer una reunión familiar. Parecía muy contenta, con un traje azul que le sentaba bien, la cabellera rubia enmarcaba su aún bonito rostro y tenía un brillo especial en los ojos.

Camilo y Carmela se abrazaron; Camilo también abrazó a mamá, y cuando lo hizo conmigo sentí una emoción enorme. ¡Quién fuera capaz de adivinar el futuro! Faltaba papá, pronto llegaría. Me sentí un poco nervioso. Llegó, nos sentamos a la mesa, y conversamos: ¡Maravilloso!, pensé. Me había olvidado de la poca capacidad de comunicación que poseía mi padre. Habló con toda mala intención: “Camilo, tú que te la das de machito ¿cuándo le vas a enseñar a tu hermano a ser hombre?” Por supuesto que Camilo dejó caer el tenedor con fuerza. Reinó el silencio. Luego todos hablamos al mismo tiempo acusando, sacando el viejo rencor que agazapado esperaba la ocasión propicia para salir.

Mi padre se levantó dispuesto a golpear a Camilo y lo logró, pero éste le devolvió el golpe y más. Todo pasó tan rápido, sin dar tiempo a respirar. Cuando papá cayó al suelo y mamá a gritos pedía que lo lleváramos a un hospital, Carmela, con esa voz capaz de cantar un avemaría dijo:

—Déjenlo morir, así mamá será libre.

¿Mamá... o ella?, me pregunté. Nos quedamos estáticos, luego mamá corrió a la cocina. Pasado un rato decidí ir a ver qué hacía ella en la cocina y la encontré sentada en el piso, con la sangre saliendo de sus muñecas y el cuchillo tirado a un lado ¡Dios mío, suicidarse, suicidarse! ¿Ella?

Un grito capaz de asustar a cualquiera salió de mi garganta y sin que nadie me lo impidiera salí a buscar ayuda.

Me encontraba rebuscando unos documentos en una gaveta de mi cómoda, cuando de un saco de tela se deslizaron chécheres y cosméticos. Hubo uno de ellos que llamó poderosamente mi atención: era el sacapuntas rojo, con la navajilla oxidada de apenas una pulgada, que usaba mi madre para afilar su lápiz de ceja y el cual cuidaba con esmero.

Mi madre, conservadora en el gasto, nunca lo cambió. Yo pensé, al contemplarlo, que era el momento adecuado para afilar un par de lápices que hacía mucho tiempo no tenían el grafito. Al tomar el sacapuntas, que apenas y funcionaba, sentí un escalofrío entre mis dedos trasladándome a mi infancia.

Veo las manos de mi madre tratando de sacar filo al lápiz *dark Brown*, que al rato usa frente al espejo para acentuar el tono de sus cejas y aquel lunar sobre el labio superior tan piropado y cantado. Se viste y sale a hacer sus mandados esparciendo un aroma fresco a lavanda mientras se aleja. Al salir, cierra la puerta y yo vuelvo a la realidad.

Un día de mayo, sin acentuar sus colores, acudió al llamado de su destino y solo me dejó este diminuto y útil artefacto, que atesoro porque a través de él, todavía puedo ver sus delicadas manos y aquel lunar al que tantas veces le canté.

ISABEL HERRERA DE TAYLOR. Licenciada en Ciencias por la Universidad de Panamá. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Dos libros de cuentos: *La mujer en el jardín y otras y otras impredecibles mujeres* (2005) y *Esta cotidiana vida* (2007); y una antología comentada de poesía panameña: *Ciencia y poesía en Panamá* (2011).

SONIA EHLERS S. PRESTÁN. Libros de cuentos: “*Concepción para cuentos I*” (2005) y “*Concepción para cuentos II*” (2008); “*Las tortugas y otros relatos infantiles*” (2010). Novela: “*Alquiler fatal*” (2011). Teatro: “*Los fantasmas del Canal*” (2012). Poesía: “*Garras feroces*” (2013). También: “*Claudio.com pasión en línea*” (2013).

Dos poemas

EDILBERTO GONZÁLEZ TREJOS

Edipo de Mar

A Mariela Elisa Pinzón Sosa

Pesco memorias
que yacen en el fondo
del océano.

Un ave viene a mí
para vaciarme los ojos, el morral de mi pesca.

Puedo ver sin embargo algunas páginas sucias
sobre el agua.

El Escapista

Sobre la obra de Carlos Wynter Melo

Entierro mis huesos,
y busco
en las esquinas oscuras
sólo para encontrarme
con aquello
de lo que quise huir.
Estás allí,
reinventando el escape:
La realidad está dentro.

EDILBERTO GONZÁLEZ TREJOS. Abogado, traductor, docente, poeta y gestor cultural panameño. Poemarios “*Balanceo*” (Panamá, 2003), y “*Dioses de bolsillo*” (Panamá, 2011). Editor responsable de las publicaciones electrónicas de literatura y pensamiento “The Melting Pot”, “Internatural” y “El Café de las Especies”, entre otras.



La noche de brujas

ANAYANSI EHLERS

Era el día de muertos, decidí salir a caminar para distraerme y respirar aire puro. Pensé que un poco de sol no me vendría mal, no tenía muy buen semblante. Llevaba dos días de no pasear. Al salir, me llamó la atención un listón negro en la puerta principal. Cosas de niños, pensé.

Caminando por el mismo rumbo que acostumbraba, pude notar tres grandes buitres disfrutando al despedazar y disputarse la carne de una presa muerta. Qué espectáculo tan deprimente, me dije, al ver semejante imagen. De repente, no solo eran tres, sino que ya seis estaban tras la presa inerte. Vi a estos pájaros disfrutando el banquete. Pensé en todas esas personas que mueren en los campos e igualmente son despedazadas por estas aves de rapiña.

Seguí mi camino no queriendo ver más. De regreso a casa pude percatarme de que seguían ahí saboreando su presa, cuando de repente otras dos aves me comenzaron a atacar. Traté de correr, pero me fue imposible. Al ver detenidamente a la presa, aterrada noté que, a un lado del festín, yacía el disfraz que había usado la noche de brujas.

Un agujero de luz al final de un túnel de árboles

CARLOS ORIEL WYNTER MELO

Si se mira el parque de frente, como si fuera a los ojos, y con algo más que los ojos, imaginándolo o relacionándolo con un recuerdo, se verá un túnel de árboles que acaba en un agujero de luz. Si la mirada está coloreada por alguna melancolía, esa mancha de luz sugerirá varias interpretaciones. Una podría ser que todo acaba.

En la esquina del parque, habrá hombres con sombreros níveos, niños con trajes domingueros y quizás una mujer que mire a ningún lugar.

A la derecha, más allá del parque, oteando el parque, habrá un hotel. Su edificio estará pegado a otros como si fuera un grupo de amigos que se abrazan por la espalda y miran desde lo alto. Al nivel de la calle, amigos más pequeños, las tiendas de abarrotes y misceláneos, mirarán con sus puertas a todo abrir. El sol estará acostado al fondo, muy lejos, tras el parque y el poblado.

Los rieles del tranvía, como los trazos paralelos de un dibujante, darán la vuelta al parque por uno de sus lados. Las personas que están ahí, en la mera esquina, esperarán. Esperarán sin remedio. O creerán esperar. O en realidad no esperarán nada.

Ella espera, pero no espera, no cree esperar, cree esperar en vano. Él debería aparecer a la llegada del tranvía, pero ella no cree que lo haga. El amor ha sido una cuerda floja en los últimos tiempos.

Por eso no espera: hace como que espera. Deja que la inercia de los días le empuje y la lleve al día, a la hora, a esa esquina del parque, a la cita que no cree se haga realidad.

Mira el hotel casi atravesándolo. Mira las tiendas de abarrotes y misceláneos. Mira a quienes la

flanquean: a los niños, a los hombres de blanco sombrero y a un par de mujeres con trajes recargados. Mira el túnel de árboles y la luz en su fin que poco a poco desaparece. Mira las líneas curvas y paralelas por las que ha de pasar el tranvía.

Pero, en verdad, no mira nada; los recuerdos la distraen.

Por un momento desea no tener razón, fallar; desea que a la hora pactada él aparezca y el tranvía continúe por sus rieles impertérritos y que el día sigan sin sospecha de cambios.

Pero no, se desmiente, desconfía. Y es que traiciona para no ser traicionada; olvida para no ser olvidada. Y esa nostalgia próxima, profética, la colma de una muerte inevitable.

Imagina que años después, muchos años después, la esquina en la ahora espera, sus bordillos y bancas, han perdido la luz de la cal y tienen la sombra del moho. Imagina que el tranvía desaparece o es distinto: de metal y colores brillantes; y que los automóviles pasan por las que fueron sus pisadas de hierro y que ya nadie espera en la esquina que fue de sombreros blancos – ya no se usan sombreros blancos-, de niños y de mujeres con trajes enredados.

Imagina que alguien sí espera, una dama, una mujer, que en esencia se le parece, una solterona a la que citaron a una hora precisa para un compromiso acordado y que no cree que se realice. E imagina que la mujer viste diferente de como ella viste: imagina un pantalón holgado, unas sandalias, una camisa de lino.

Imagina que ella espera, pero no sabe a qué atenderse.

Y esa visión, esa certeza de que nada quedará - de que la nostalgia quedará -, le hace sentirse sola, sola hasta de sí misma.

Y comienza a desear con todas sus fuerzas que él llegue hoy, que sus promesas se cumplan hoy, que aparezca y se apeee del tranvía, que la abrace consciente de lo poco que les queda, antes de que el futuro dé los pasos necesarios para acabarlos tal como se conocen.

Pero ella no sabe si él llegará y eso es lo más terrible. Ella no sabe si él encuentre las mismas justificaciones, si habrá visto en ese parque - en su túnel de árboles y luz al fondo - lo que ella vio. Ella no sabe si alguna vez coincidieron o todo fue la ilusión de coincidir.

Imagina que la dama de pantalón holgado, sandalias y camisa de lino, espera, que espera con la mejor disposición, con los mejores deseos; que espera como si de su voluntad dependiera lo que va a ocurrir; que espera como rogando.

Y ella espera, pero algo la asusta, algo le hiela la sangre, y es que su paciencia se estire por años, morirse poco a poco, resignarse sin darse cuenta de que se resignó.

Entonces imagina que a la mujer la alcanzan las horas, que suenan las campanadas de la cita - persiste la iglesia a lo lejos, la misma que ahora da sus tañidos - y una última esperanza ilumina esos ojos inventados, pero la esperanza agoniza después de una hora, da sus últimos estertores después de dos, se acuesta y expira a la tercera.

Y ella vuelve a llenarse de nostalgia porque reconoce en su visión una inevitable muerte, una anticipada muerte, una omnipresente muerte, una muerte intemporal, que asolará ese parque, el túnel de árboles, los edificios, ese hotel, esas tiendas, a paseantes distraídos.



Y el tranvía se detiene y el estómago de ella se contrae como puño que se resiste, como un recién nacido que se vuelve caracol.

Y salen los pasajeros, uno por uno, uno tras uno, hasta que el transporte queda casi vacío. Y ella anticipa el dolor de la mujer imaginada, el dolor futuro de una mujer futura que, sin embargo, se reproduce en sí misma, porque el tiempo no puede cambiar lo que realmente importa, el eje en torno al que hace círculos.

Pero un último pasajero sale del tranvía, él sale del tranvía, es el aliento final del tranvía cansado. Y él, en fin, sobrevive el paso del instante.

Y ella lo besa con entusiasmo y él no entiende su entusiasmo; no entiende su explosiva felicidad: el amor ha sido una cuerda floja en los últimos tiempos. Pero ella lo besa y está segura de que así resguarda ese parque, ese parque que jamás será el mismo.

*Tomado de *Cuentos con salsa*. Editorial Norma, Bogotá, Colombia. 2008.

CARLOS ORIEL WYNTER MELO. Nació en la ciudad de Panamá en 1971. Ingeniero industrial. En 2007 reconocido uno de los escritores jóvenes más representativos de Latinoamérica según el Hay Festival de Londres. Tenido como uno de los 25 secretos literarios mejor guardados de Latinoamérica en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2011. Ha publicado 9 libros de cuento y una novela: "Nostalgia de escuchar tu risa loca" (2013). Creó Fuga Ediciones en 2010.

Tres cuentos cortos

ROBERTO PÉREZ-FRANCO

Amigos

a Jack London

Ya me había resignado a la proximidad de mi muerte, cuando distinguí la figura enorme de Plusho tras la blanca confusión de la borrasca. Caminé hacia él. Noté que había perdido mucho peso, pero aún lucía impresionante. Su salvaje belleza me infundió remordimiento, y me sentí culpable. Acaricié su hocico; él olfateó mi rostro. Al rato nos echamos juntos sobre la nieve, exhaustos. Un promontorio cercano nos protegía del azote brutal de la ventisca. El sol aparecía poco y breve tras las heladas ráfagas de niebla. Pensé que sólo el prodigioso olfato del oso explicaba nuestro encuentro en la desolación polar. Plusho conocía mi olor desde cachorro.

Ignoro si su instinto habrá resentido la ausencia de individuos de su especie, ya extinta. De los doce embriones que preparamos en el Instituto, sólo él sobrevivió. Creció majestuoso, pero condenado a la soledad. El cautiverio se convirtió en su tormento. Aunque ahora me arrepiento, creí procurar su bien cuando pedí al Director liberarlo en el Ártico, donde sus antepasados alguna vez reinaron. Tenían razón quienes argumentaron que el cambio climático había destruido el ecosistema y que él no encontraría presas. Creo que accedieron a mi petición sólo porque el proyecto de traer la especie de vuelta ya era un fracaso, y sospechaban que Plusho deseaba la libertad más que la vida. Vagando consumió sus reservas de grasa. Yo agoté mis raciones de alimento siguiéndolo desde lejos, impotente ante la tragedia. Al morir la batería del radio, perdí la última esperanza de un rescate.

Desamparados, pero juntos, esperamos sobre el hielo a la muerte, que vendría pronto con el hambre y el frío.

–Este no era el final que deseaba para ti, amigo –le dije acariciando su gran cabeza blanca–, y ahora tendré que verte morir a mi lado.

Sus negros ojos, entreabiertos y salpicados de nieve, me miraron. Moviéndome muy cauto, y sin dejar de acariciarlo, saqué el puñal de la mochila. Mi corazón suplicó: «Perdóname». Pero la disculpa era innecesaria; él me entendía perfectamente. Lo supe cuando sentí crujir mi cuello, cuando sus colmillos, lentamente, se hundieron en mi carne. No sentí dolor; sólo la tibieza de la sangre y su aliento sobre mi rostro.

El tradebario

a Milcíades Pinzón Rodríguez

Tras unos compases enmohecidos de algún Capricho de Paganini, el profesor baja el violín y le da un segundo vistazo, con cierto desdén.

–Es una copia –sentencia– de cierto valor, pero copia al fin. Le doy quinientos pesos, porque hoy ando de buen humor, pero no más. Honestamente, no creo que valga tanto, pero usted es un buen hombre y ha venido de tan lejos

El campesino, incrédulo al principio, triste luego, no responde. Le hace falta el dinero, pero la oferta es nada comparada con lo que esperaba obtener. Viajó un día entero a caballo desde su rancho en El Bijao hasta el puerto de Mensabé, y luego tres más en barco hasta la Capital, gastando buena parte de sus ahorros, con la ilusión de hacer fortuna vendiendo el instrumento.

Un médico amigo suyo, educado en Europa, lo había oído en una fiesta del pueblo. Intrigado por la pureza del sonido, inspeccionó el violín. Supo que era herencia del abuelo, un viejo rubio a quien llamaban Beto Fonjárez, pero que firmaba Herbert Von Haus.

–Este violín parece ser un Stradivarius –dijo el doctor– y si lo es, vale más que todas estas tierras con sus dueños.

El campesino reflexiona ante el fallo del profesor y pregunta malicioso:

–¿Cómo sabe usted– que no es un tradebario?

Algo reticente, le responde:

–El ojo experto ve mil pequeños detalles: el tono del barniz, el tallado de la voluta, la forma de los huecos, la resonancia de la caja, hasta la densidad de la madera. ¡Hombre, si no me cree, vaya a que otro experto lo avalúe y ya está!

Sin rumbo, el campesino vaga toda la tarde por las calles de San Felipe. Se echa en una esquina y toca alguna cumbia nostálgica. No falta quien le tire un cuartillo, creyéndolo mendigo. Al amanecer, desilusionado y hambriento, regresa. El profesor estaría de mal humor, pues sólo le da trescientos pesos y un sermón.

–Le estoy haciendo un favor. ¡No se los gaste en aguardiente!

Esa tarde se cruzan en el muelle. El campesino, borracho ya, no lo ve siquiera cuando sube al barco de regreso a su pueblo. El profesor, que pretende no reconocerlo, baja del carruaje con un baúl y un maletín, y aborda un vapor de cierto lujo, para realizar una diligencia de impromptu. Tres semanas de viaje y trasbordos lo llevarán a Nueva York. A tiempo –si Dios quiere– para la subasta de Stradivarius en Sotheby’s.

La flor del cerezo

«caer como pétalos de una flor,
ése era nuestro destino»

SUNAO TSUBOI

Despertó y supo que estaba sonriendo. Tendido sobre la hierba, abrió los ojos: el cerezo sobre su cabeza dejaba ver trozos de cielo entre los gajos de flores. Miró a su lado y ahí estaba ella, acurrucada sobre el pasto, como si durmiese, pero con los ojos



sobre él. También sonreía, y en sus labios aún enrojecidos había una expresión de amor e incertidumbre.

–¿Me quieres? –preguntó, sabiendo la respuesta.

El kimono entreabierto dejaba ver nuevamente sus hombros de porcelana; en el cabello suelto habían quedado atrapadas unas flores sueltas. El suelo estaba cubierto de ellas. Le acarició la frente y tomó una florecilla rosa.

–¿Sabes qué me gusta de esta flor?

Pero ella callaba.

–Que me recuerda a ti.

Ella sonrió y bajó los ojos. Akihiro oyó entonces un leve zumbido –¿acaso una abeja en la copa florida?– y luego un silbido agudo. Miró hacia el pueblo cercano, Hiroshima, y un resplandor súbito lo inundó.

No escuchó nada. No sintió nada. Las cenizas cubrieron las llanuras quemadas.

ROBERTO PÉREZ-FRANCO. Nació en la ciudad de Chitré, Panamá, el 26 de abril de 1976. Reside en Boston, Massachusetts, en donde obtuvo Maestría en Logística y un Doctorado. Licenciado en Ingeniería Electromecánica por la Universidad Tecnológica de Panamá. Libros de cuentos: *Cuando florece el macano* (1993), *Confesiones en el cautiverio* (1996); *Cierra tus ojos* (2000); *Cenizas de ángel* (2006); *Textos escogidos* (2008); *Catarsis* (2008); *Cuentos selectos* (2008); *Textos selectos sobre la heroica Villa de los Santos* (2008).

Casa hallada

"Mantenga usted su mano sobre mi corazón. ¿Silencio?
¿No lo escucha? es mi viejo motor medio averiado".

WINSTON ORRILLO

"uno se marcha luego por el mundo incompleto de sí
completo solo de su silencio".

OTTO RENÉ CASTILLO

"porque los días cambian sus atuendos antiguos, y todo cambia,
urgente en la hoguera del alba".

WINSTON ORRILLO

Este país del cual alguien le contó
este país de miedo
este país hermosísimo y
cruel
este país un % desterrado
este país con sus poetas que piensan en pop

y en inglés

este país waltdisney
este país tan zonian como ayer

este país probeta

este país de riñones distraídos
ahumado y nostálgico
violento
consumista, sediento

este país con sus anteojos miopes
este país con sus perros pasándose
este país de mascotas con lacitos
este país que quiso que la poesía dijera
lo que tiene que decir

este país con sus montones de payasos
con pelos verdes y morados

MORAVIA OCHOA

este país del callejón sin la salida
este país cansado
este país de carnavales eternos
este país del cartavieja y el canal

y el amor sin amor
este país de hombres embriagados
este país de túneles y esquinas emboscadas

pero donde siempre gana la emboscada ,
la droga y la mentira
el cartavieja
y todavía el amor es una ganancia
que no llega a puerto.

Este país necesitado
donde hay ollas desnudas sin metáfora
este país donde el dolor llega sin impuestos
este país del disfraz y la trampa
este país cansado e iracundo

este país que ya no puede más
cómplice del bajo juego
este país que definitivamente ya no se

presta al juego
(es un quizás)

es muy probable que
en algo se parezca a tu país.

Con qué mano llamarte / con qué voz inducirte
con qué paz abarcarte
con qué olvido olvidarte

porque a pesar de negarte decirte no -no quiero
cayó mi piel al cántaro de fuego

porque a pesar del tiempo en que no te olvidé
regreso contra el tiempo y sus razones
y hallo tu casa
sedienta todavía

ent- END-imiento?:

declaro formalmente
que
nada ha
terminado
Es solo cosa de
voltrear la página

Amor que dijo por aquí he pasado
eran mares del ser, mil cosas, todo
un mundo que en su voz lleva mi modo
y en donde todavía está mi estado.

Ahora como antes busco y nado
recojo velas, arenisca, yodo
un buque de papel es mi acomodo
yo lo hago fuerte, móvil, descansado.

Qué cerca el tiempo que se fue lejano
qué lejos tiempo pero qué cercano
avísame si estoy en hora, vida!

Avísame si puedo tocar puerto
avísame si en este desconcierto
tengo el reloj al día o ya me olvida.



MORAVIA OCHOA. Nacida en 1940, es una reconocida poeta y cuentista nacional. Libros de poesía: *Raíces primordiales* (1961); *Cuerdas sobre tu voz* (1966); *Donde transan los ríos* (1967); *Ganas de estar un poco vivos* (1975); *Círculos y planetas* (1977); *Hacer la guerra es ir con todo* (1979); *Me ensayo para ser una mujer* (1985), *Cuando María despreció a los rubios de Oakland*. (?); *Contar desnuda* (2000), *Nunca menos que el singular milagro - La gracia del arcangel* (2005), *La casa immaculada* (2005). Cuento: *Yesca* (1961); *El espejo* (1968), *En la trampa y otras versiones inéditas* (1997), *Juan Garzón se va a la guerra* (1992), *Las esferas del viaje* (2005).

“Su muerte despertó la conciencia dormida de todo el país”*

Entrevista al escritor cubano Amir Valle



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Amir Valle nació en Cuba en 1967. Escritor, ensayista, crítico literario y periodista, su obra narrativa ha sido elogiada, entre otros, por escritores como Augusto Roa Bastos, Manuel Vázquez Montalbán, y los premios Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, Herta Müller y Mario Vargas Llosa.

*Saltó al reconocimiento internacional por el éxito en Europa de su serie de novela negra “El descenso a los infiernos”, sobre la vida actual en Centro Habana, integrada por **Las puertas de la noche** (2001), **Si Cristo te desnuda** (2002), **Entre el miedo y las sombras** (2003), **Últimas noticias del infierno** (2004), **Santuario de sombras** (2006) y **Largas noches con Flavia** (2008). Su libro **Jineteras** (publicado en otras ediciones como “Habana Babilonia”), editado por Planeta, obtuvo el “Premio Internacional Rodolfo Walsh” 2007 a la mejor obra de no ficción en lengua española durante el 2006. **Santuario de sombras** se alzó con el premio NOVELPOL*

*de los lectores españoles a la mejor novela negra publicada en el 2006 en España. También ese año resultó ganador del “Premio Internacional de Novela Mario Vargas Llosa” con su novela histórica **Las palabras y los muertos**, publicada poco después por Seix Barral; en 2008 obtuvo el “Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona”, de España, con su obra **Largas noches con Flavia**.*

*Sus libros más recientes son una historia novelada sobre la capital cubana: **La Habana. Puerta de las Américas** (alMED Ediciones, España, 2009), la novela **Las raíces del odio** (El barco ebrio, España, 2012); y en noviembre de 2013 aparece: **Hugo Spadafora. Bajo la piel del hombre** (684 págs.), Aguilar (Grupo Editorial Santillana.*

*Actualmente dirige **OtroLunes - Revista Hispanoamericana de Cultura** (www.otrolunes.com). Más información sobre su vida y obra puede verse en su sitio web: www.amirvalle.com*

1.- ¿CUÁNDO Y POR QUÉ SALES DE CUBA? ¿TE VAS DIRECTAMENTE A BERLÍN, CIUDAD EN DONDE AHORA RESIDES?

Nunca salí de Cuba; a mí me desterraron. Ya lo he dicho en algunos otros sitios: desde 1999, cuando mi serie de novelas negras “El descenso a los infiernos” sobre casos reales ocurridos en la marginalidad de mi barrio en Cuba, Centro Habana, comenzó a recibir elogios de crítica y premios en España, me convertí, según palabras de algunos funcionarios culturales, en “un intelectual confundido que no entiende que sus críticas hacen daño al país” (primero), en “uno más que busca reconocimiento internacional siguiendo la moda de hablar mal de nuestro proceso revolucionario” (más tarde) y, finalmente, en “un escritor menor que hace el juego al enemigo de la Revolución”. Todo porque mis libros mostraban una cara bien fea, y basado en casos reales, de los mundos de la droga, la prostitución, la corrupción policial, el mercado negro y las implicaciones del gobierno en muchos de esos casos; todo por mis declaraciones críticas que se publicaron en importantes periódicos de España, América Latina y Estados Unidos, y también porque no lograron detener nunca, ni siquiera hoy, el impacto que tuvo en miles de lectores cubanos la circulación clandestina de mi libro de investigación testimonial *Habana Babilonia o Prostitutas en Cuba* que, para mi orgullo y aunque algunos estudiosos cubanos asombrosamente no lo hayan incluido en sus estudios recientes, es considerado por otros críticos y periodistas cubanos y extranjeros muy serios como el mayor bestseller *underground* de la literatura cubana de los últimos 50 años.

Si a eso sumas que en ese tiempo se podían contar con los dedos de una mano los intelectuales que criticábamos abiertamente al gobierno y nos atrevíamos a mantener relaciones directas con quienes eran considerados en la isla “mercenarios del imperio”, era obvio que

anduvieran buscando cómo castigarme. Por esas fechas, uno de nuestros novelistas-comisarios más ilustres le comentó a un amigo común que como a mí no habían podido vincularme a ningún grupo político “pagado por los yanquis”, ni habían podido encontrarme ni un centavo de “dinero mercenario”, sólo les dejaba dos opciones para castigarme: o montarme un caso de delincuencia (cosa que por mi austero modo de vida en Cuba no les iba a ser nada fácil) o lanzarme al exilio donde, según él, “terminarán sus días como escritor”. Eligieron la segunda opción.

La posibilidad les llegó en octubre de 2005, cuando salí a presentar en España la cuarta entrega de mi serie de novelas negras: *Santuario de sombras*. Mi editora, Nicole Cantó, había creado el hoy muy reconocido **Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona** y me propuso trabajar como jurado seleccionador, por lo cual obviamente me pagarían un buen dinero, y como para hacer eso necesitaba pasarme una semana del tiempo de mi permiso de estancia en el exterior, hice los trámites requeridos y se me dijo que no habría problemas, que tendría la extensión, trámite que normalmente hacían los escritores a través de la institución cultural por la que viajan, en mi caso, a través de la Unión de Escritores (UNEAC). Pero cuando pasó el tiempo sin que me avisaran, reclamé el permiso para entrar y nadie tenía idea de nada, ni en Cuba ni en los tres consulados que visité en Europa. Al ver que yo estaba ilegal, buscando una solución para ayudarme, mi editor alemán, el también escritor Peter Faecke, habló con la Fundación Heinrich Böll, que decidió concederme una beca de tres meses en Langenbroich, la casa de campo de este Premio Nobel alemán, dedicada desde su muerte a recibir a escritores, artistas y periodistas con problemas políticos en sus países de origen. Seguí reclamando por mi permiso de entrada en el Consulado cubano de Bonn, sin respuesta. Me concedieron tres meses más de beca. Y entonces el PEN CLUB internacional, enterado de mi caso,

me acogió en el programa “*Writers in Exile*”, bajo la tutela del PEN CLUB de Alemania. Estuve allí tres años, hasta octubre del 2009.

Pasé más de un año exigiendo regresar, en una amplia campaña de la que se hizo eco la prensa internacional, pero jamás tuve respuesta. Y aquí estoy, repito, desterrado. Porque yo nunca quise irme de Cuba. Lo curioso es que incluso ahora, cuando supuestamente ningún cubano tiene que pedir permiso para entrar a Cuba o para salir del país, ya se han encargado de decirme que yo sigo en una lista negra de personas a las que no se les permitirá entrar.

2.- ¿QUÉ TE QUITA Y QUÉ TE DA COMO PERSONA Y COMO ESCRITOR EL HECHO DE VIVIR EN LA CAPITAL ALEMANA?

Berlín es, sin dudas, la capital cultural de Europa. Hace muchos años le quitó ese título a Madrid, Barcelona o París. Y vivir en Berlín ha sido para mí un puro y constante enriquecimiento en todos los ámbitos de mi vida. Para que tengas una idea: el movimiento cultural es tan fuerte que además de organizar anualmente los más importantes festivales de literatura, artes plásticas, cine, música y teatro del mundo, hay tantos teatros, galerías y proyectos culturales individuales que, si decidieras visitarlos todos en un año, tendrías que planificar una agenda con cinco o seis visitas diarias, sin descansar ni un solo día todo el año. Y, créeme, no exagero. Sólo en una calle cercana a donde vivo, la Brunnenstrasse, he contado 14 galerías de arte, todas interesantísimas y con actividades propias, y te aclaro que no vivo en una de las zonas culturalmente más desarrolladas de la ciudad. Si a toda esa oferta cultural le agregas la posibilidad de leer la actual y muy poderosa literatura alemana que se escribe hoy, la posibilidad de releer en su idioma a la clásica literatura alemana, y al hecho de que ocho de mis libros han sido traducidos y publicados acá, es fácil comprender que me sienta perfectamente en este país.

Esa inmersión en la sociedad cultural alemana fue algo que intuí ocurriría por un hecho curioso: dos de mis lecturas preferidas en Cuba fueron el premio Nobel alemán Heinrich Böll y el también premio Nobel Alexander Solzhenitzyn, y cuando entré a Alemania, en marzo de 2006, estuve viviendo 6 meses en la que fue Casa de Campo de Heinrich Böll, donde escribió algunas de esas obras que yo había leído, pero todavía más curioso e impactante para mí fue dormir en la misma habitación y sentarme cada tarde en la misma silla de la terraza donde, años atrás, había dormido y se había sentado Solzhenitzyn. Sentí que con aquella bienvenida espiritual todo debía irme bien en Alemania. Y así ha sido.

3.- ¿CUÁNDO TE DAS CUENTA DE QUE LO TUYO ES EL PERIODISMO Y LA LITERATURA?

Era muy niño cuando supe que podía escribir y soñaba con hacerme escritor: quería escribir algo tan hermoso y eterno como *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain, que fue el libro que me hizo descubrir el misterio de la literatura. Ya lo de querer hacer periodismo vino después, en la adolescencia, en tiempos en que me hice fanático lector de cuanta línea hubiera escrito ese grande de las letras que fue Ernest Hemingway. Quise seguir ese consejo suyo de hacerme periodista para fortalecer al escritor y creo que lo he logrado.

4.- ¿CÓMO CONVIVEN O SE ALTERNAN AMBAS OCUPACIONES?

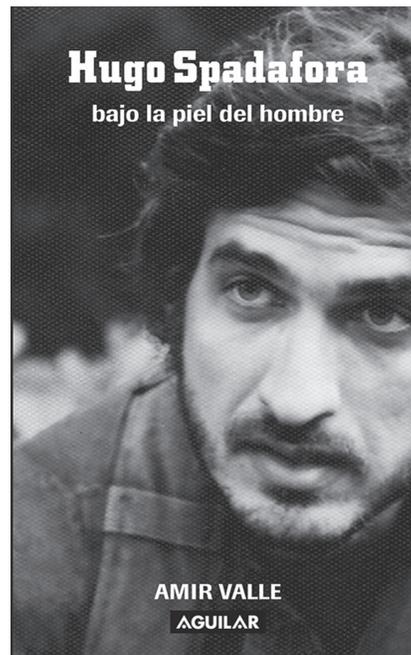
Estudí periodismo como carrera y lo he desarrollado bastante, aunque he fallado sólo en uno de los consejos de Hemingway: no he podido abandonar el periodismo como él sugería, y para que no se cumplan sus pronósticos sobre aquel escritor que insiste en ser periodista (eso que dijo de que el periodista mataría al escritor) me paso la vida reconstruyendo los muros que separan esos dos oficios pero, también, recolocando las tuberías

secretas que propician la retroalimentación entre el periodista y el escritor que soy.

Lo cierto es que no creo poder escribir lo que escribo sin que antes haya observado ese tema, esa realidad, con los ojos del periodista. Cada una de mis novelas, por mucha ficción que haya en ellas, es el resultado de una profunda investigación periodística. Hay zonas de mi novelística, la serie de novelas negras, por ejemplo, donde el periodismo ha ayudado muchísimo porque están basadas en casos reales ocurridos en la realidad marginal cubana que la prensa oficial no ha querido publicar. Pero en otros casos, digamos, mis dos novelas eróticas, mis tres novelas históricas, el proceso de investigación ha sido también muy acucioso, en ocasiones cansón, lo confieso. Eso me ha facilitado escribir la ficción, construir esos mundos con un conocimiento de causa al que, tal vez, se deba eso que dicen ciertos críticos de que mis novelas “se ven”, es decir, tienen una visualidad casi cinematográfica, o eso otro de que “la vida real se traslada, igual de viva, a sus escenarios de ficción”, como escribiría sobre mis libros el escritor y editor alemán Peter Faecke.

5.- ¿CUÁL DE TUS LIBROS ANTERIORES HA TENIDO MÁS ÉXITO DE PÚBLICO Y DE CRÍTICA, Y, A TU JUICIO, POR QUÉ?

Con orgullo puedo decir que me considero un privilegiado. En Cuba mis libros eran perseguidos por los lectores y fui uno de los escritores cubanos más vendidos, fenómeno que sigue sucediendo hoy con las ediciones clandestinas que circulan en la isla, tanto impresas como digitales. Y si en Cuba la crítica siempre me mencionó en los estudios de narrativa cubana, lo sucedido en España fue impresionante: todos los libros de mi serie de novela negra han sido altamente elogiados por la crítica y ganado premios que otorgan los críticos, los lectores y la prensa especializada. Sería muy largo y



pedante citar aquí esos reconocimientos. Pero hay dos libros que estuvieron casi un año en las listas de más vendidos en América Latina y España: mi libro de testimonio *Jineteras* (también publicado como *Habana Babilonia-Prostitución en Cuba* en otras ediciones y lenguas) y la novela histórica *Las palabras y los muertos*. Además de las ventas, la receptividad de la crítica ha sido para mí algo fascinante: el primero es considerado ya un clásico del género en América Latina y se incluye en los planes de estudio de unas cuantas universidades de Europa, América y Estados Unidos; y la segunda, la novela, ha sido mencionada por numerosos críticos como una de las grandes novelas de lengua española con el tema del dictador y ha cosechado elogios encendidos desde lectores simples hasta los premios Nobel Mario Vargas Llosa y Hertha Müller.

6.- ¿EN QUÉ GÉNEROS PERIODÍSTICOS Y LITERARIOS TE SIEN- TES MÁS CÓMODO Y A QUÉ LO ATRIBUYES?

Es curioso que lo preguntes porque jamás me he preguntado algo así. Simplemente me

viene el tema y me siento a escribir y después es que me doy cuenta que he elegido tal o cual género. Pero quizás sea la novela, en literatura, y el Artículo de Fondo, en Periodismo. Me encanta el cuento, pero te confieso que no soy nada prolífico, más bien soy haragán en ese género, pues en los últimos seis años solamente he escrito seis cuentos, uno cada año.

7.- ¿SE LEEN TUS LIBROS EN CUBA, SE CONSIGUEN AHÍ?

Las dictaduras suelen ser estúpidas por soberbia. Cuando yo era un “niño bueno” en Cuba, mis libros tenían público, sí, pero por el simple hecho de que el pueblo de Cuba es un pueblo lector y a veces no tienen qué comer pero se compran libros. Y mis libros, además, eran leídos por mis colegas. Pero cuando empezó a ser conocido que se habían prohibido mis libros, que sobre mis obras pesaba la censura e incluso desde que en un programa televisivo el mismísimo Fidel Castro habló horrores sobre mi libro *Habana Babilonia* y nos tildó despectivamente de “jineterólogos” (especialistas en Jineteras) a mí y a una periodista cubana exiliada que me había entrevistado sobre ese tema, todo el pueblo se lanzó a buscar copias clandestinas de ese libro y, aunque suene feo que yo lo diga, eso me convirtió en un mito.

Todavía hoy, a pesar de los años que han pasado, me llegan historias hermosísimas desde Cuba de cómo la gente se las inventa para leer mis libros publicados fuera de la isla, en copias clandestinas que algunos cubanos entran al país o en versiones digitales de varios de mis libros más importantes. La censura sigue pesando sobre mí: por ejemplo, algunos colegas que han preparado antologías donde han incluido alguno de mis cuentos han tenido que luchar mucho para que se publiquen simplemente porque los comisarios de la cultura ven mal que se publique en la isla algo de un “exiliado enemigo” (así llaman a los que, como yo, insisten en criticar el desastre que hoy

asola la sociedad cubana). Pero esa satanización, repito, me ha favorecido: antes me leían sólo los del gremio y algunos lectores, hoy miles de cubanos persiguen mis libros y los leen aunque sea a escondidas.

8.- ¿PUEDES REGRESAR LIBREMENTE A TU PAÍS? ¿LO HARÍAS AHORA QUE HAS TENIDO TANTO ROCE INTERNACIONAL?

Ya te comentaba antes que existen listas negras de cubanos que no se portan bien con el régimen y, por ello, no los dejan entrar al país. Vergonzosamente ya se han dado unos cuantos escándalos debido a que algunos exiliados críticos con el gobierno creen en lo que dicen allá, habilitan su pasaporte con un sello que supuestamente les permite entrar y salir del país libremente, y cuando llegan al aeropuerto en Cuba se les comunica que no tienen derecho a entrar. Yo, por un problema de principios, he dicho que regresaré a Cuba cuando el trámite sea el mismo que en otros países. No tengo que pedirle permiso a nadie para entrar a mi país, aunque ahora mismo sea un país que ellos se han apropiado como si fuera su granja personal. Es posible, como me dijo un colega cubano hace poco, que mi obra viaje a Cuba antes que yo y que en algún momento mis libros se publiquen allá, pero eso sucederá solamente cuando nada político empañe la publicación de mi libro. Por ejemplo, yo no podría dormir con la conciencia tranquila sabiendo que mientras yo disfruto de la publicación de algún libro mío allá se está reprimiendo a algunos colegas míos, como Rafael Vilches o Ángel Santiesteban (echado de su trabajo uno y preso el otro), para citar sólo los casos de dos amigos escritores. Tal cual lo veo, el lector cubano tendrá que leerme en copias clandestinas por un buen tiempo, aunque eso coloque a mi lector natural, mi pueblo, en una posición desventajosa en relación con esos miles de lectores que, por suerte, tengo en muchas partes del mundo y que pueden comprar mis libros con facilidad.

9.- *EXPLÍCANOS BREVEMENTE LA GÉNESIS DE LA INVESTIGACIÓN Y ESCRITURA DE ESE VOLUMINOSO LIBRO QUE RESULTÓ SER: HUGO SPADAFORA. BAJO LA PIEL DEL HOMBRE, PUBLICADO EN NOVIEMBRE DE 2013 POR EL SELLO AGUILAR, DEL GRUPO EDITORIAL SANTILLANA (684 PÁGS. EN FORMATO GRANDE), Y PRESENTADO ESE MES EN PANAMÁ, PAÍS DE DONDE ERA ORIUNDO EL CÉLEBRE MÉDICO-GUERRILLERO. EN ESTE SENTIDO, LA PREGUNTA DE CAJÓN ES: ¿POR QUÉ LO ESCRIBES TÚ, Y NO UN ESCRITOR PANAMEÑO?*

Es simple: la familia Spadafora estaba preocupada porque la memoria de Hugo Spadafora se perdiera, hecho que sucedía y sucede cada vez más en las nuevas generaciones, y pensaron en la necesidad de que existiera un corpus general, una especie de columna vertebral para que cualquier panameño pudiera reconstruir la vida de Hugo. Pensaron que lo mejor sería una biografía y comenzaron a proponerles la idea a varios escritores panameños, entre ellos, por citar sólo un nombre, a Rosa María Britton. Por diversas razones ninguno aceptó. Y eso hizo reflexionar a la familia: que un panameño escribiera un libro sobre Hugo corría el peligro de parcialización del tema, en cualquiera de las aristas de la compleja y polémica vida de Hugo. Pensaron que sería mejor buscar entonces a un escritor de otro país, con experiencia como escritor, que tuviera los instrumentos para hacer una investigación a fondo sobre la vida de Hugo y, además, que conociera algo del tema. Por esos días, la señora Stella Mejía de Spadafora, gestora de esta idea, leyó la novela testimonial *El olvido que seremos*, del colombiano Héctor Abad Faciolince, un hermoso libro donde curiosamente él cuenta la vida y muerte de su padre, el médico y líder social Héctor Abad. Decidieron escribirle a Héctor y éste dijo que no estaba en condiciones de asumir algo de tal envergadura pero que conocía a la persona ideal, un escritor cubano de prestigio internacional, que tenía varias investigaciones sobre el tema de la droga en América Latina, que había escrito varias novelas históricas y que, además, era periodista y conocía los procedimientos necesarios para una

investigación como la que ese libro requería. Y ahí entré yo en escena.

10.- **¿CONOCISTE PERSONALMENTE A HUGO SPADAFORA, SABÍAS ALGO SOBRE SU VIDA, SUS IDEALES Y MUERTE ANTES DE EMPRENDER TAN AMBICIOSO PROYECTO?**

Conocía a Hugo Spadafora sólo de referencia. Primero, había leído su nombre en algunos libros de testimonio que sobre el período de la lucha sandinista escribieron militares cubanos que habían participado en la guerrilla contra Somoza. Luego, a raíz del fusilamiento en 1989, acusado de narcotráfico, de uno de los más queridos generales cubanos, Arnaldo Ochoa, comencé a buscar información sobre el tema de la droga y de los posibles vínculos de Cuba con ese mercado, básicamente porque en aquel juicio que transmitió la televisión cubana había muchas cosas que me resultaban raras, oscuras, y ya yo comenzaba a abrir los ojos ante ciertas zonas de la política cubana vedadas al pueblo cubano. Pasé años reuniendo escritos de prensa, casi todos publicados fuera de Cuba, algunos libros que me cedían algunas personas catalogadas de “críticos del gobierno”..., hasta que, en uno de mis viajes a México a mediados de los 90, tuve acceso a todo el escándalo conocido como Irán-Contras, al juicio de Noriega en Estados Unidos y allí, nuevamente, me topé con el nombre de Hugo Spadafora. Siempre lo vi como una pieza clave en las denuncias internacionales del fenómeno, pero la verdad es que jamás pensé que años después estaría investigando sobre su vida.

11.- **UN LIBRO DIFÍCIL DE CLASIFICAR: TIENE SECUENCIAS NARRATIVAS Y DESCRIPTIVAS, REFLEXIONES, FRAGMENTOS DE DIÁLOGOS, CITAS LARGAS TOMADAS DE PERIÓDICOS Y LIBROS... GRAN PARTE PARECE RELATADA POR UN NARRADOR OMNISCIENTE (QUE ES DONDE HACES USO DEL GRAN CAUDAL DE INFORMACIÓN QUE FUISTE RECABANDO, Y ADEMÁS, A TU MODO INTERPRETAS), MIENTRAS QUE OTRAS SE LEEN COMO**

UNA ESPECIE DE AUTOBIOGRAFÍA ESCRITA POR EL MISMO SPADAFORA. ¿PODRÍA DECIRSE ENTONCES QUE ES UNA BIOGRAFÍA NOVELADA, MÁS QUE UNA NOVELA BIOGRÁFICA?

Vivimos en un momento en que los límites de los géneros, por suerte, no son tan rígidos como en otras épocas. Hoy, por ejemplo, un historiador acepta un libro como este, pero en décadas anteriores lo vería como una herejía contra la “pureza y objetividad” de una biografía. Y esas dos variantes: biografía novelada o novela biográfica, cada día pierden más sus límites. Lo importante es que los protagonistas que ya han leído el libro me han escrito agradeciendo la fidelidad con la que he contado los hechos, pues todo lo que está en el libro está basado en versiones verificadas y contrastadas de al menos 3 personas. La hechura es otra cosa. Lo mismo se dijo de mi libro *Habana Babilonia*, una obra que tiene ensayos, viñetas, entrevistas clásicas, artículos, citas bíblicas, historias verídicas contadas con técnicas del cuento o de la novela... Y creo que ese es el género del futuro: una obra donde todos esos estratos “metodológicos” se rompan y comuniquen, den vida a lo que se cuenta. Igual que en el periodismo hoy se difuminan los géneros, sucede en la literatura, en la historia, en la vida... Eso de los géneros va quedando cada vez reducido a un muy pequeño sector de cerebros especializados en análisis posteriores a la creación. Lo que importa es que el lector sienta que el texto se le mete dentro y le cuenta algo, tal como quizás pudo suceder en la realidad.

12.- NARRAR LA ÚLTIMA PARTE, REFERENTE A LA DECAPITACIÓN DE HUGO, DEBE HABER SIDO UNA DECISIÓN DIFÍCIL. USAS UN POCO EL MÉTODO DE LA TRAGEDIA GRIEGA, OBRAS AQUELLAS EN DONDE NUNCA OCURRE UNA MUERTE EN ESCENA, FRENTE AL PÚBLICO. SON LOS MENSAJEROS LOS QUE TRAEN LAS NOTICIAS OMINOSAS...

Totalmente cierto... Pero tuve más en mente la tesis de un maestro del horror: Hitchcock, cuando decía que más impactante y efectivo dramáticamente es visualizar el pelgro

de un cuchillo que se alza contra una persona que mostrar el momento en que el cuchillo se hunde en la carne. Y lo hice con todo propósito: la prensa panameña y centroamericana se cebó en lo macabro de la muerte de Hugo Spadafora, ya sabes, ese morbo que despierta el mal cuando le ocurre a otra persona. Y te confieso que me avergoncé mucho de mis colegas periodistas cuando vi aquellos periódicos reproduciendo el cuerpo decapitado, desnudo, o las fotos donde mostraban el trozo de cuello desgarrado por las cortaduras. No quise seguir por ese cauce profesionalmente vergonzoso, y no olvidé nunca que Afrique Marie, la hija de Hugo Spadafora, me hizo el relato de cómo a ella, más de una vez le dijeron: “ah, tú eres la hija del que le arrancaron la cabeza”. Lo importante, como debieron saber entonces los periodistas, no era la forma animal en que lo decapitaron, era todo lo que aquella muerte anunciaba.

13.- SIN EMBARGO, HAY UN MOMENTO EN QUE ASUMES UN POCO LA CONCIENCIA DE HUGO APAGÁNDOSE EN EL INSTANTE DE SU MUERTE, ENTRANDO EN UN VACÍO, Y LUEGO EN UNA ESPECIE DE LUMINOSIDAD. ES UNA LICENCIA QUE TE DAS. ¿SUGIERES UN ESPACIO ULTRATERRENO DIGNO, O SON IDEAS MÍAS?

Soy cristiano y creo absolutamente en la vida después de la muerte. Pero en realidad en esa escena no sugiero nada ultraterreno, me refiero a algo que fue propósito del libro: aunque esté muerto, la memoria de Hugo Spadafora está viva, su permanencia está garantizada. Eso es lo que quiero decir con esa última escena: que tanto él, como su padre Melo, vivieron sus vidas con una intensidad y un sentido de la vida que les permitió sobrepasar los límites de la carnalidad que entendemos como vida. Ninguno de los dos creía en Dios y eso hace más importante su legado: ellos apostaban a la permanencia de los principios y de las ideas justas, y eso es lo que cuenta. Como detalle curioso debo decir que esa escena, y la que arranca el libro, es lo que el propio Hugo le

contó a algunos de sus familiares alguna que otra vez en que salió el tema de qué podría pensar una persona en el último momento de su vida. Eso que está ahí es lo que Hugo Spadafora dijo que seguramente serían sus últimos pensamientos.

14.- ME LLAMA LA ATENCIÓN EL HECHO DE QUE LA ÚLTIMA ESPOSA DE HUGO, LA TICA ARIANNE, CASI NO PARTICIPA DE LA HISTORIA, Y MUY POCO AL FINAL TRAS LA TRAGEDIA FAMILIAR QUE LES REPRESENTA SU MUERTE. ¿HAY ALGUNA RAZÓN PARA ESTO? ¿HABLASTE CON ELLA AL RESPECTO? EN CAMBIO LA MADRE DE ÉSTA TIENE MÁS PROTAGONISMO, A CASO POR SUS DONES PARASICOLÓGICOS, QUE SÓLO NOS SON REVELADOS AL FINAL: SU CLARIVIDENCIA QUE SE PROYECTA HACIA HUGO; AL IGUAL QUE DON MELO EL PADRE DE HUGO PARTICIPA MUCHO DESDE EL ASPECTO EMOTIVO, AL GRADO DE PROVOCARLE POCOS MESES DESPUÉS SU PROPIA MUERTE.

Es lógico que así sea. Aunque fue una relación muy hermosa, muy intensa, te recuerdo que Hugo Spadafora y Arianne vivieron juntos apenas cuatro años (entre el 6 de julio de 1981 al 15 de septiembre del 85) y en esos años él pasaba meses enteros con los guerrilleros en Nicaragua o viajando a Panamá y otros países, de modo que, como ella misma me dijo en la larga entrevista que me concedió en su casa de Costa Rica, su tiempo de relación real fue poco más de dos años. La madre, sin embargo, tuvo un acercamiento a Hugo en un aspecto menos carnal, que me interesaba remarcar: el del hombre cargado de espiritualidad, que se sentía unido a ciertas personas a través de esos hilos secretos que tejen los espíritus comunicados por leyes todavía no descifradas; un hombre que investigaba tanto los poderes del cerebro humano que pasaba horas enteras conversando con aquella mujer de esos temas que muy pocas personas sabían eran interés de Spadafora. Y, claro está, como tú bien sabes porque también eres escritor, esos aspectos resultan muy novelables, muy ricos para profundizar y complejizar en la psicología de un personaje.

15.- SI NO ES INDISCRECIÓN, ¿LA FAMILIA O LA EDITORIAL TE PIDIERON HACER CAMBIOS O AJUSTES O AÑADIDOS EN EL LIBRO UNA VEZ TERMINADO Y ANTES DE PUBLICARSE LA VERSIÓN QUE CONOCEMOS? ES ALGO BASTANTE NORMAL, QUE SUELE OCURRIR EN EL MUNDO REAL, PERO DE LO CUAL NO SUELE ENTERARSE EL LECTOR, NI TIENE POR QUÉ.

Desde el inicio le dije a la familia Spadafora que yo no iba a escribir el libro “de la familia Spadafora”, que yo iba a escribir “el libro de Hugo”, y les dije que incluso lo que ellos me contaran sería sometido a contrastación con otras fuentes. Y en honor a la verdad, me siento muy orgulloso de la honestidad y la humildad con la que ellos asumieron todo este asunto, sabiendo que la complejidad de la vida de Spadafora podía llevarme a sitios oscuros de su vida. Jamás me pidieron quitar nada y sus aportes al libro, esenciales, fueron aclarando algunas frases, algunas escenas, e incluso detalles como la ropa que usaba, una marca de auto, cosas por ese estilo. En la editorial conté con un editor excelente: el periodista tico Carlos Porras, de indudable ayuda en la verificación y ampliación de algunos detalles de la vida de Spadafora en Costa Rica y su relación con la vida política y personajes de la época.

16.- DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA REALIDAD HISTÓRICA, LOS SANDINISTAS ORTODOXOS, CON EL AUTÓCRATA DE DANIEL ORTEGA Y SU MUJER A LA CABEZA, SIGUEN AL FRENTE DE NICARAGUA, Y TODO PARECE INDICAR QUE VAN PARA LARGO. NORIEGA FUE DERROCADO POR LA INVASIÓN NORTEAMERICANA A PANAMÁ QUE TANTOS MUERTOS NOS COSTÓ, Y HA ESTADO PRESO EN TRES PAÍSES, INCLUIDO PANAMÁ, DONDE SIGUE RECLUIDO Y SIN SOLTAR PRENDA SOBRE LA MUERTE DE SPADAFORA. A TU JUICIO, ¿VALIÓ LA PENA LA INNEGABLE HEROICIDAD DE HUGO, SU INGENUIDAD POLÍTICA Y SU DESAFORADA VALENTÍA TENIENDO FAMILIA Y SABIENDO QUE LO IBAN A MATAR?

Sin la muerte de Hugo, sin duda alguna, Panamá no sería lo que hoy es. Su muerte despertó la conciencia dormida de todo el país.

Y todo lo que vino después en materia política, de movimientos sociales y de masa, de luchas por la libertad, no hubieran sucedido sin esa muerte. Él lo sabía y lo dijo: que Noriega no lo mataría porque sería su ruina. Y no se equivocó. Esa es la mayor vigencia de su sacrificio: la democracia en Panamá, ahora mismo, tiene una deuda enorme con Hugo Spadafora, entre otras cosas porque en el pensamiento político de Hugo, en los análisis que en aquellos años él hizo sobre Panamá, están las claves que pueden llevar a los políticos de hoy a una gestión mejor, más democrática, justa y efectiva de los destinos del país.

17.- ¿HAS RECIBIDO COMENTARIOS, BUENOS, MALOS O MEZCLADOS, ACERCA DE ESTE VOLUMINOSO LIBRO?

Malos, ninguno. Buenos, en aluvión. Los co-protagonistas, esas personas que aparecen en el libro, me han escrito hermosas cartas agradeciendo que haya rescatado de un modo tan vivo y real la memoria de Hugo, la crítica de los periodistas y colegas escritores que lo han leído es también asombrosamente buena. Y la única crítica “contraria”, si puede llamarse así pues ha sido más bien un lamento, está referida a las pocas fotos que se incluyen en el libro. Pero esa fue decisión muy dura que tuvimos que tomar: sacrificar las fotos, que teníamos muchas, para priorizar la historia narrada. De todos modos, esas fotos que debían estar en el libro pueden verse en el sitio web *hugospadafora.org*, que también preparé yo junto a la familia Spadafora.

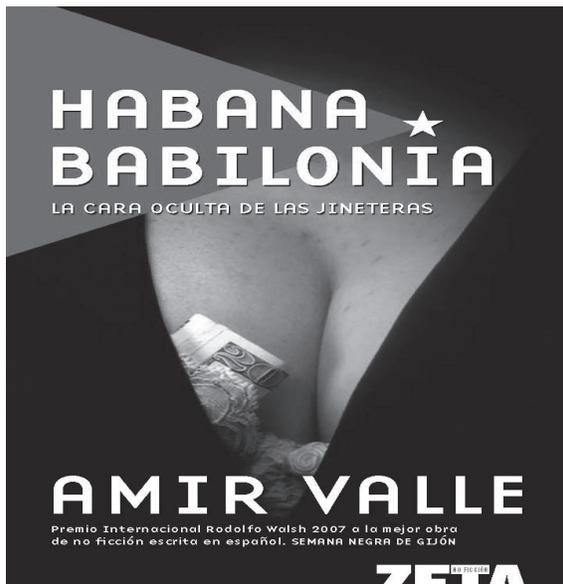
18.- ¿ANTES DE LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO EN PANAMÁ, ¿HABÍAS ESTADO AQUÍ? ¿CONOCES ALGO DE LITERATURA PANAMEÑA?

Una de las anécdotas más lindas del proceso de investigación tiene que ver con eso: cuando fui a entrevistar a Guillermo Sánchez Borbón y le dije que yo había leído en Cuba varios de

sus libros, Guillermo se quedó boquiabierto. No podía imaginar que su obra fuera conocida en Cuba. Quizás el país donde más se conozca de la literatura panameña sea Cuba: allá, en ediciones cubanas realizadas por diversas instituciones, entre ellas la Casa de las Américas, yo pude leer a Tristán Solarte (Sánchez Borbón), Ricardo Miró, Antonio Icaza, Rogelio Sinán, José de Jesús Martínez, por sólo mencionar a algunos. Ya fuera de Cuba pude leer parte de tu obra, y la obra de mi amigo y vecino en Berlín Luis Pulido Ritter y, más recientemente, la escrita por los más jóvenes, como Carlos Wynter y Annabel Miguelena.

19.- SANTILLANA SUELE JACTARSE DE SU DISTRIBUCIÓN INTERNACIONAL PERO ALGUNAS VECES NO CUMPLE, SE LIMITA AL PAÍS DEL AUTOR O DONDE VIVE; Y AL PAÍS DEL QUE TRATA EL LIBRO, SI FUERA EL CASO. TE LO DIGO POR EXPERIENCIA PROPIA CON ALFAGUARA. ¿SABES SI TU LIBRO ESTÁ A LA VENTA EN OTROS PAÍSES?

En mi caso, Santillana ha actuado con total transparencia: aunque le cedí los derechos de distribución mundial del libro, desde antes de firmar contrato me comentaron que esa decisión, y todavía más en el caso de un libro como el mío, dependía de que otras filiales quisieran asumir el libro. Y es lógico que así sea: como editor que también soy busco siempre entender la posición del editor que publica mis libros, teniendo en cuenta que un escritor ve su libro con una mirada que va más allá de la lógica del mercado. Y lamentablemente, en el caso de este libro, la lógica indica que puede tener éxito de distribución en Centroamérica (básicamente, Panamá, Costa Rica y Nicaragua), pero que distribuirlo en, por ejemplo, Argentina o Chile, dos países con alto nivel de lectura en América, sería un riesgo apuntando a pérdida económica. Por eso para mí es normal que sean los editores de Santillana en esos países quienes decidan si vale la pena o no distribuirlo allá. No digo que ello suceda con todos los libros, pero es algo importante que los escritores



solemos olvidar y que a mí, por ejemplo, me ha sucedido ya con Planeta: las grandes editoriales necesitan operar con un margen de independencia regional, es decir, cada región debe estudiar qué libros o no vender y se ha establecido una norma de independencia de decisión en ese sentido. No sé en Santillana, pero en Planeta funciona así: si eres panameño, te distribuyen en Panamá y, si tu libro se vende bien, alcanza resonancia, entonces se propone a las otras filiales. Y hasta eso lo veo lógico: si un autor no vende bien en su país, donde es conocido y tiene lectores “cautivos”, nada garantiza que vender el libro en otro país no sea un descalabro financiero. En eso los escritores quisiéramos que las editoriales asumieran mayor riesgo, es cierto, pero también el sentido común me obliga a recordar que el dinero lo están poniendo ellos y serán ellos quienes perderán más si mi libro fracasa.

20.- ¿SE PUEDE SABER QUÉ ESCRIBES AHORA, EN QUÉ PROYECTOS ANDAS METIDO?

No me gusta hablar de lo que escribo hasta tanto no lo tenga terminado porque cuando lo he hecho antes el proyecto se me ha truncado de un modo casi mágico. Sólo puedo decirte

que trabajo en una novela sobre la migración cubana en Alemania, que estoy preparando para una importante editorial española un libro con entrevistas a escritores de mi generación que hoy están a la cabeza de las letras latinoamericanas, y que mi mayor tiempo lo dedico a *OtroLunes-Revista Hispanoamericana de Cultura*, que lleva ya más de 30 números desde que la fundé en el 2007.

21.- ¿CÓMO VES LA ACTUAL LITERATURA LATINOAMERICANA, QUÉ AUTORES TE PARECEN MÁS DESCOLLANTES POR SU TALENTO ARTÍSTICO?

Esa pregunta siempre es una trampa porque te hace cometer olvidos imperdonables y, además, porque los juicios de valor de una persona no significan nada cuando se trata de un fenómeno tan amplio. Esos olvidos suelen ser aún más injustos cuando, como en mi caso, se es amigo de muchos de los protagonistas de esa literatura. La literatura latinoamericana de hoy es fuertísima, múltiple y, sobre todo, con aportaciones de varias generaciones de escritores; un abanico que es cada día más amplio gracias a esas tecnologías que permiten que cualquier improvisado se crea escritor y publique sus libros-engendros, sí, pero también permiten que conozcamos talentos genuinos, a quienes antes ninguna editorial publicaría por entender que sus obras no eran comercializables. Me encanta la diversidad de nuestras letras, sobre todo más ahora que conozco la monotonía ramplona de algunas literaturas europeas. Los latinoamericanos tenemos la más rica fuente de temas para escribir: nuestras convulsas, vergonzosas y jodidas realidades sociales. Y yo creo que lo estamos haciendo bien.

**Entrevista realizada con motivo de la publicación, en noviembre de 2013, en Aguilar (Grupo Editorial Santillana), del libro del escritor cubano residente en Berlín, Amir Valle: Hugo Spadafora. Bajo la piel del hombre (684 págs.).*

Carnaval panameño

El tambor de la alegría

ANA ELENA PORRAS*

Defiendo la celebración del carnaval como un derecho popular a la fiesta, una fiesta única porque es colectiva, de toda la sociedad en conjunto, con su historia y su folclor; con imaginación, creatividad artística, picardía popular y crítica social. Desde esta perspectiva, nuestro carnaval debe ser una celebración de los panameños para los panameños: no debemos enajenarlo ni reducirlo a un espectáculo orientado para visitantes y turistas, porque nos lo roban, además de falsearlo. Y tenemos los panameños y panameñas el derecho a ser los protagonistas y sujetos de nuestra propia fiesta.

El carnaval tiene, como sabemos, un origen pagano europeo, el cual, con sus representaciones de máscaras invierte, simbólicamente, el orden social, su estructura y sus normas, burlándose de ellas, por tres días consecutivos. La política de sincretismo de la Iglesia Católica logró regularlo, aceptándolo en su calendario, para oponerlo a la Cuaresma, que purifica simbólicamente a quienes se dedicaron a los excesos de la carne en el carnaval, a través del ayuno que debe seguirle y darlo por terminado. No obstante su origen en

el Viejo Mundo y su posterior globalización con la Conquista de América, el carnaval en Panamá, como es natural, ha venido adquiriendo características propias de nuestra sociedad de castas racializada, luego de clases, con sincretismos y reinversiones multiculturales, que añaden significados al imaginario de la propia cultura de la burla, el juego y el jolgorio, que son manifestaciones de nuestra propia historia y nuestra gente.

En los carnavales panameños fueron siempre y deben seguir siendo sus componentes principales: los desfiles, los disfraces, las máscaras de diablos, las comparsas, la danza, el canto, las carrozas, el público con niños, ancianos y familias enteras. Los músicos panameños, los diseñadores de disfraces, los compositores de canciones. Los diablos sucios, los resbalosos (que un fascista nativo los prohibió, recientemente, en franca violación a una de las tradiciones de nuestro carnaval, de mayor valor, aporte original de los afropanameños). Las reinas son el eje central y columna vertebral de nuestros carnavales (que no sé desde cuándo pusieron de moda que saluden como

si tuvieran manos de pingüino), los campesinos Tiburcio y Domitila, el dios Momo, los borrachos, los gais, la muerte, el calypso, los congos, los dragones chinos, la Tulvieja, las polleras de gala, polleras congas (sí, las polleras congas también son polleras de la mujer panameña) y montunas. Las reinas de Panamá tienen un rostro multirracial y deben tener edecanes y comparsa, así lo dictan la tradición y el folclor de nuestro Carnaval –y no deben estar solas con dos princesas, como lo impuso un organizador del carnaval hace poco, porque deslucen, comparativamente con la tradición, y las convierten más en un objeto sexual secundario que en soberanas del carnaval. Nuestro carnaval es una fiesta de inversión social: la mujer es la soberana en esos días, en una sociedad normalmente machista; los pobres son reyes, los hombres se visten de mujeres, los muertos están vivos, la capital del carnaval se traslada al interior, la noche es más activa y bulliciosa que el día, etc.

Los desfiles fueron y deben ser el espectáculo principal, donde se hace despliegue de talento artístico, del imaginario popular, a través de



concursos de disfraces, de comparsas, carrozas, coreografía, etc. Lamentablemente, el monopolio de algunas televisoras han secuestrado el carnaval para presentarlo como un chabacano espectáculo de chupadera, gritos, tetas, nalgas y embistes fálicos. Sería maravilloso que organizaran una programación de mejor nivel artístico, aún si deseamos celebrar la sexualidad, desafiando y contrariando las normas moralistas y puritanas de la sociedad cristiana.

El carnaval de Panamá debe llamarse como le corresponde: "El Tambor de la Alegría" y debe anunciarse como su tradición reclama: con repique de tambores, saloma y cumbia. También con merengue y salsa; calypso, reggae, hip hop y otras manifestaciones más recientes de nuestros artistas jóvenes de mayor talento. Que incluya las manifestaciones de jolgorio de todos nuestros grupos humanos, con admiración y valorización equitativa, incluyente.

Y es que los Carnavales panameños deben ser repensados, en el contexto del folclor o cultura popular, sin demonizarlos, porque es también un derecho celebrar la vida. Es una fiesta

global como también vernacular: debemos apoyar su celebración por región, por grupo cultural, clase social y racial. Tanto en la ciudad capital como en el interior, las festividades requieren de mayor organización para que la concentración de la gente no sea desmesurada, insegura y destructora de las plazas, parques y jardines.

¿Para qué los carnavales cuando hay tantas necesidades irresueltas? Pues, porque en la vida debe haber un balance: no todo puede ser trabajo, obligaciones, sacrificios y restricciones. Es importante también bailar, cantar, reír, enamorar, comer y beber—y estar despiertos hasta el amanecer. En suma ¡a divertirse! Y el carnaval es la única fiesta colectiva, comunal; no apenas una vacación o fiesta familiar o personal, sino un encuentro de toda la sociedad consigo misma: de todos con todos. Organizado con criterios interculturales, contribuiría al fortalecimiento de identidad nacional, construyendo unidad, con solidaridad y equidad, dentro de nuestra maravillosa diversidad.

Nuestros carnavales son un patrimonio cultural de los panameños que están siendo desvirtuados por

su agresiva y superficial comercialización. Es necesario que se encarguen de ellos a folcloristas, planificadores de eventos, urbanistas, artistas. A panameñas y panameños que se tomen el trabajo de estudiar la tradición y el valor del carnaval panameño. Incluso, porque adquiriría mayor valor, también en el mercado turístico. Pero observamos hace años que nuestros gobiernos encargan a personas sin ninguna formación cultural que los haga idóneos, y que ven en el carnaval apenas una oportunidad de hacer dinero fácil... destruyéndolo, falseándolo. El carnaval panameño nada tiene que copiar de otros, porque tiene su propio patrimonio cultural: sus propios temas, sus melodías, sus personajes, su tradición. Hay que rescatarlo pronto, porque lo están convirtiendo en un producto mediocre, para la venta fácil, en un gran negocio de pocos y una trampa para atraer turistas.

**La autora es Doctora en Antropología Cultural.*

Publicado en LA PRENSA, Sección de Opinión, el viernes 8 de febrero de 2013.

Tetas



FRANCESCA GARGALLO

italo-mexicana

Amamanté a mi hija hasta el año y medio. Como las negras, decía mi mamá que había trabajado en Benin. Como las indias, mi suegra que era india. Yo me bañaba de leche. La dejaba escurrir sobre la boca de mi hija, rosada, tierna y besada hasta el cansancio. Me la esparcía por las costillas duras, por las tetas hinchidas, por el cuello. Leche pegajosa, leche dulce. Al principio me dolió. Grietas invisibles pululaban por mis pezones y cien dagas minúsculas me impedían el roce con la ropa, me volvía loca al darme vuelta en la cama, me hacían llorar. Pero seguí, terca, amamantando de leche y sangre a la única persona de la que puedo decir que amo sin ganas de huir al reconocerlo.

Luego fue el placer. Las gotas gordas. Su boca pegada a mi cuerpo que escribía cuentos de terror en la máquina. Ese ruido sutil que recuerdo de cuando mi abuelo me llevaba a recorrer los galerones de la lechería. Un ruido como de succión, pero vivo. Mi abuelo decía: las mejores vacas las reconoces porque tienen la base de la cola muy ancha. Yo agradecía sus secretos, escuchando el ruidito de la leche al pasar de esas tetas inmensas a los pezones que succionaban tubos movidos por manos de campesinas sonrosadas.

Nunca usé pañales desechables. El chiste de los pañales de algodón era que la pipí se mezclaba a la leche y mi hija y yo podíamos mojarnos una a la otra. Podíamos cuidarnos húmedamente.

Tiradas en el suelo nos dormíamos conectadas. Tengo suerte y pisos de duela; su boca en mi pezón y, a media siesta, sin casi darnos cuenta, su boca en mi otro pezón. Las horas tenían el ritmo largo del saxofón.

Su cuerpo desnudo sobre mi cuerpo desnudo, carne viva, supersticiosa, amante. A los cuatro meses

tomamos un camión y subimos a la Sierra Madre, pezones en la majestuosidad del cielo azul, pezones cercenados de indias en la conquista, pezones caídos de madres de criaturas hambrientas, montañas amadas que me sacaron lágrimas de compasión. Mi hija dormía segura en un saco amarillo. Yo daba clases. Escuchaba a mujeres. Ojos negros sobre mi rostro quemado, feliz. Te amo gritaba cada poro de mi piel al saquito amarillo. Y ese te amo eran ganas de hacer, de escuchar.

Me recosté en una piedra caliente de sol. Olí la tierra y mi propio olor de cabra montesa bañada de leche, leche rancia, cuajo de queso. Por favor volví a suplicar. Entonces el saquito amarillo empezó a moverse, lloró apenas. Y yo me abrí la camisa caqui, mi hija sonrió al ver los senos empezar a escurrir leche, urgidos de servirle de fuente. Las mujeres me miraban. Yo estaba en medio de ellas, mi hija en mi cuerpo, mi cuerpo en la tierra y ésta en las montañas. Poco a poco, se levantaron. Un revuelo de faldas en la esquina de mi vista. Volvieron con sus hijos de ojos negros y bocas ansiosas. Se sentaron en círculo a mi lado, las blusas abiertas. Estábamos juntas. Le pasé mi hija a la joven a mi izquierda y tomé al hijo de otra. Hijos de la tierra, hijos amados. A nuestro alrededor las viejas cantaban. Nuestras leches se mezclaron en las gargantas. Cómo muerde el tuyo. Y nos reímos. Juntas, muy juntas. Qué hambre trae ésta. Más sonrisas. Mi hija tiene diez hermanos de leche.

Francesca Gargallo. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM (1988) y Licenciada en filosofía por la Univesità degli Studi di Roma, La Sapienza (1979). Ha publicado 8 novelas entre las que destacan "*Estar en el mundo*", "*La decisión del capitán*", "*Marcha seca*" y "*Los pescadores del Kukulkán*". Escribe poesía y ha publicado dos libros de historia: "*Garífuna, Garínagu*", "*Caribe y Saharai: la sonrisa del sol*".

Mañana de carnaval

La reina bosteza su sueño de serpentina
La calle es un río de latas
corriente embravecida de cervezas y orines
La murga repica en la migraña del vecino insomne
El dentista borracho no recuerda sus citas previas
Espacio atemporal de jolgorio
Agua de olvido
Apetito insaciable que lo devoró todo
Enterrada la sardina...
todos vuelven a ponerse sus disfraces

Sociales

Para ser diferentes, hemos de ser iguales
Nos encontraremos en los mismos brindis para discutir con plenitud de adverbios
Con plenitud de adjetivos, con plenitud de lecturas traídas por los pelos
Conceptos neobarrocos y poesías sociales degustando paté y vinos secos
Taconea en la escalera abre tu abanico haz la llamada mira con curiosidad
Cuenta las ovejas de este rebaño de erotointelectuales
Comenta el artículo de un semanario ya desaparecido
Narra con esa voz articulada tu último viaje a España a la tierra de las editoriales
Allá fuera los árboles siguen siendo verdes, las aceras sucias, el raspadero vende el mismo hielo con azúcar
Los estudiantes de secundaria se escapan al parque no a leer sino a contar nubes o rozar nubes contando besos
A la mujer en el hospital se le achica la vida así de repente
¿qué soneto puedes administrarle entre la quimio y la náusea?
Desvanecerse en el movimiento de unos labios seseantes
¿Qué palabra puede sustituir el deseo de encogerse y esconderse en un minúsculo intersticio que la rutina tose?
cicatriz crepitante
¿Me decías?
Asentir con la cabeza, asentir con la cabeza, asentir con la cabeza
Inconcebible, claro, si estamos peor que antes, aunque ya decía
No sé qué se dijo
Pero afuera veo a un niño perseguir a un gato, a una madre cargar a una nena
la lluvia descompone los algoritmos cotidianos
La lluvia podría disolver tu último poema y el libro que acabas de presentar
Cuando todo acabe, ¿quedará acaso una palabra?

Dos poemas de Melanie Taylor



MELANIE TAYLOR HERRERA. Licenciatura en Psicología y Maestría en Musicoterapia. Primer lugar concurso "Medio Pollito" de Literatura Infantil 2006 (INAC, Panamá); finalista en II Concurso de Microrrelatos 2009 (Ayuntamiento de Madrid); primer premio de ensayo en concurso "Héctor Díaz Conte", 2009; premio único del Concurso de cuento escrito por mujeres "Rafaela Contreras" 2009 (Asociación Nicaragüense de Escritoras); ganadora del VIII Premio Internacional Sexto Continente de Relato Breve 2011. Libros de cuentos: *Tiempos acuáticos* (2000), *Amables predicciones* (2005) y *Camino a Mariato* (2009); así como *Microcosmos* (2009).

7 minicuentos de Carolina Fonseca

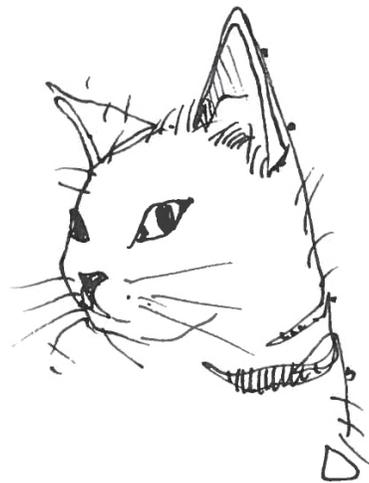
venezolana

El mismo sueño

Al cabo de dos años soñando el mismo sueño (un sueño banal en el que era interrumpido en su lectura por un hombre que lo molestaba con comentarios sin importancia), Aurelio había agotado los recursos razonables para cambiar la suerte de sus noches, recursos que habían llegado al extremo de reubicar su sitio de lectura en lugares impropios o de disimular su apariencia con ropas y postizos. Vencido por este individuo que parecía no tener otro oficio que importunarlo, decidió de mala gana limitar sus ratos de lectura a la vigilia.

La casa

Aquella casa "misteriosamente" tomada, no era, en modo alguno, inocente. Antigua, con los años había adquirido todos los vicios de la edad, volviéndose intolerante y caprichosa. Los dos hermanos y su discreta convivencia la exasperaban. Se cansó de guardar recuerdos ajenos, del aseo diario, del absurdo encierro, del zumbido constante de las agujas de Irene, de su rutina conventual. Así fue como, fingiendo ruidos y voces quedas, los ahuyentó, y una vez deshabitada, se abandonó a la ruina. El que los hermanos, personas de naturaleza simple, salieran sin siquiera sospechar de ella, no es de extrañar; pero haber engañado a Cortázar es toda una hazaña.



Rogelia

Una mañana de junio ella supo que perdería la memoria. Había notado ciertos olvidos, pero tener que mirar la loza sucia en el fríegaplatos para saber si ya había comido era para alarmarse. Pasada la confusión, se encerró en su estudio y se dedicó a recordar. Con la ayuda de fotos, cartas y escritos, fue tejiendo su historia sorprendida por la cantidad de detalles inútiles y de relaciones gratuitas registradas en su memoria: la historia de una mujer autoritaria habituada a los gestos de la importancia; una historia que ahora le parecía intrascendente. A los veintiún días salió de su encierro, echó todos los objetos para el recuerdo a la basura, y se dispuso a vivir desde las pausas y los silencios que fueron desarticulando su mundo hasta convertirla en una mujer sin pasado que redescubría con deleite el café con leche cada mañana y que se dejaba deslumbrar por el milagro trivial de las flores de su jardín.

Cosas de la edad

Un hombre camina hacia una mujer por la acera. Con el arco tenso y la flecha en su sitio, Cupido aguarda detrás del arbusto el instante único en que sus corazones se solapan. Pero su pulso ya no es el mismo... Dispara, y la flecha va a dar al tronco de un cerezo, que en cuestión de horas, cubrirá con sus flores la avenida en pleno invierno.

Alba

Si en vida nadie había creído en ella, no veía porqué habrían de hacerlo después de muerta; entonces decidió no interrumpir su rutina habitual. Luego de orar, se dedicaba a limpiar el antiguo convento: hoy los vidrios de los altos ventanales, mañana los corredores y pasillos, al otro día los baños... hasta que al final de la semana no quedaba un rincón que no hubiera sido frotado por los trapos y plumeros de Alba, que habituada desde siempre a no ser vista, no notó la extrañeza que producía el movimiento inexplicable de los muebles, la sacudida de las cortinas, los ruidos de sus manos invisibles. Al poco tiempo de su muerte, su nombre corría de boca en boca y se le atribuyeron los milagros cotidianos del brillo impecable de las cosas y la aparición de los objetos perdidos. Pero ella, absorta en el polvo y en las telarañas, se mantuvo ajena a su importancia mientras atendía, sin saberlo, a ruegos y oraciones en pequeños altares.

Aquel gesto

Su padre era un hombre importante; ella lo sabía por el tamaño y la fuerza de sus manos, por los colores oscuros con que se vestía, por las veces que miraba el reloj cuando, sentados los dos en el comedor, desayunaban en silencio; un silencio que hacía juego con los muebles de otros tiempos y que se había instalado en la casa como una presencia necesaria. Por eso la sorprendió aquel gesto con que tomó cariñosamente su cabeza entre las manos y la apretó contra sí. Esa tarde magnífica, el sol no se puso hasta muy entrada la noche, el jardín era barrido por una brisa deliciosa y ella sintió que le salían dos alas transparentes y delicadas que desde entonces mantiene bien plegadas a su espalda por miedo a que se vayan a quebrar.

El duelo

La tarde que murió el viejo campanero, no hubo toque de difuntos. Más aún: las campanas de la iglesia de San José decidieron enmudecer. Durante meses se hizo venir prodigiosas manos para persuadirlas de cumplir con su oficio, pero ellas se negaron a sonar; hombres diestros en repiques y clamores y en toques de variada índole fracasaron en su intento de moverlas. Desprovisto de la voz que marcaba las horas y los ritos, el pueblo terminó por perder la razón: confundían los días de la semana, se levantaban a deshora, se olvidaban de sus rezos y sus fiestas abandonando las almas y los muertos a su suerte, mientras ellas en lo alto se encerraron en su duelo indiferentes.

CAROLINA FONSECA. Nació en Caracas, Venezuela, en 1963. Abogada por la Universidad Católica Andrés Bello. Llega a Panamá en junio de 2011. Tiene un libro de cuentos escrito a dos manos con Dimitrios Gianareas: "*Dos voces 30 cuentos*" (2013). Socia fundadora de Foro/taller Sagitario Ediciones, junto con Enrique Jaramillo Levi.

*"No es que quiera cambiar el futuro. No es eso
Es sólo... que las ilusiones son inevitables..."*
"Nueva" de Paula.

Mañana hará siete años que Fran murió, en silencio, con una sonrisa de un ángel. Sufría una parálisis cerebral severa que lo había condenado a muerte desde el día en que nació. También mañana salgo de cuentas y al niño que va a nacer sano, completo, le pondré su nombre, el de su tío, Francisco, Fran, aunque Mamá me dice que no tengo porque hacerlo. Mi padre siempre lo llamó hermanastro, "no es tu hermano" me decía, "es el hijo del tipo ese que está con tu madre". Me hacía daño mi padre pero eso ya da igual. Mañana salgo de cuentas y no sé si pariré o no pero mañana sería un buen día. Sería como cerrar un círculo de ausencia, como saldar una cuenta pendiente o como poner brillo a una memoria que por triste se me antoja necesaria para no perder de vista la verdad de la existencia, su peso específico, su textura exacta.

Fran se mueve en mi vientre. Parece que nota la velocidad, la urgencia feliz con la que escribo en este "Diario de tu embarazo" que me regaló Marta mi compañera de trabajo y una de mis mejores amigas en la editorial. Me dice siempre que siga escribiendo, que seguro que un día de estos dejo mi puesto de correctora y me convierto en autora de éxito. No sé yo. Pero lo escribo todo aquí, en este diario, para que cada una de las sensaciones y de los recuerdos de estos nueve meses los pueda leer mi hijo cuando sea mayor, para que pueda ver por mis ojos a su tío Fran y aprenda que a pesar de todo, en este mundo, hay gente maravillosa.

Fran y su padre aparecieron por casualidad en nuestras vidas cuando yo tenía cinco años. Mamá se había quedado sola conmigo y la verdad es que recuerdo que no era muy feliz en aquella etapa de su vida. Caminaba con pesadez, arrastraba un letargo de sombras que la asfixiaba y la estaba hundiendo. Lloraba mucho, sobre todo por las tardes. Quiso a mi padre, lo sé, pero después él se fue, "encontré al amor

Este novio no es mi padre

PEDRO CRENES CASTRO

de mi vida" me confesó excusándose hace algunos años y aunque sé que me quiere, que nunca dejó de buscarme los fines de semana que le correspondían ni de pasarme la pensión, aquello me sonó muy traicionero. Yo no estaba allí, no sé qué pasó entre ellos y ya no me importa. Ni a Mamá tampoco, que después de aquel encuentro casual se convirtió en uno de los seres humanos más vitalistas y alegres que yo he visto nunca.

Mamá se topó con su felicidad un día de febrero, "el veintinueve, bisiesto" me decía él, y Mamá recordaba con alegría y un pelín de vergüenza como ocurrió todo. Mamá y yo fuimos al médico de cabecera a por medicinas para la "depresión de caballo" (¿por qué de caballo?, me preguntaba de niña) en la que cayó cuando mi padre la dejó por "la mujer de su vida" según él. Allí estábamos cuando un hombre empujaba una especie de cochecito para bebés con un niño mayor, tenía siete años, y se le veía "raro", con una sonrisa babeante que nos llamó la atención a Mamá y sobre todo a mí. Se sentó enfrente de nosotras y yo enseguida crucé desde nuestros asientos hasta los suyos y miré a aquel niño directo a los ojos.

— ¿Cómo te llamas y porque estás metido en ese cochecito?

— Soy Fran y tengo siete años— contestó la voz de Manuel, el hombre con el que se encontró Mamá un día de febrero.

El niño me sonrió, se le achinaron los ojos, y yo estaba sorprendida (eso me decía Mamá cuando recordaba la primera vez que le vi). Ella intervino disculpándose con aquel hombre por la impertinencia de su hija.

– Es muy curiosa y sociable, perdone.

Mamá me decía, y Manuel me lo confirmaba siempre, que en aquella época hablaba como una psicóloga de poca monta, como un libro de auto ayuda, con muchos términos vacíos que sólo le señalaban “realidades” que ella vivía pero no comprendía.

No se disculpe –respondió bajito Manuel– a Fran le gusta hacer amigos, ¿verdad Fran?

El niño volvió a sonreír y los ojos se le achinaron de nuevo. Estaba contento. Pero eso lo aprendí después.

Mamá y Manuel hablaron hasta que lo llamaron a él primero y luego a nosotras. Tardaron un buen rato en salir y Mamá no dijo nada. Salieron y Manuel se sentó para preparar a Fran antes de irse. Nos llamaron.

–Bueno, nos vemos –se despidió Mamá levantándose.

–Sí nos vemos, di adiós Fran –y se le volvieron a achinar los ojos al niño.

Manuel me decía que mi madre lo miró como quien pide a otro que no se vaya, que necesita que le esperen un minuto más. A Mamá esto le daba vergüenza, no pretendía parecer desesperada, y ella decía que no lo estaba, pero él, ellos, se cruzaron en su camino. Mamá dice que ese día vio súbitamente la luz al final del túnel y supo que no era la de un tren que se le echaba encima para atropellarla sino la salida, o la entrada, a la vida.

Al salir nosotras con sus pastillas ellos estaban allí, Fran riéndose y Manuel hablándole a su hijo. Estaban contentos, plenos. Disfrutaban de su mutua compañía y parecían no tener prisa ninguna, el mundo, el tiempo, la vida, les pertenecía. Cuando pienso en la felicidad, recuerdo esa vaga imagen saliendo de la consulta y viendo el espectáculo de la dicha de tener a alguien de verdad para ti en este mundo.

Manuel le preguntó a Mamá por lo suyo y ella luego de advertirme que no molestara al niño se marcó un discurso nervioso con todo lujo de detalles sobre su vida gris y el efecto de las pastillas sobre su depresión. Mamá seguía hablando y Manuel la

escuchaba sereno, con atención, mirándola a los ojos y así ha sido siempre.

Yo le cogí las manos a Fran que, a pesar de ser mayor que yo, era un niño pequeño, tal vez lo intuí, o quizá esa sabiduría que tenemos cuando somos niños y que vamos perdiendo a medida que nos hacemos mayores me lo dijo. Le acaricié, me recuerda siempre Manuel, su padre, “y tu madre te dijo: ten cuidado, no le hagas daño al niño y siguió contándome su vida”, se reía al recordarlo. No podría haberlo hecho nunca y nunca lo hice.

Manuel paró en seco a Mamá. “¿Seguimos hablando mañana a la hora de la merienda? Habrá que merendar ¿no?”. Mamá se disculpó por el tiempo que le había hecho perder a ese pobre hombre y él dijo que no, que no se preocupara y que quería verla mañana, “los cuatro”, él invitaba y Mamá que no, “pues invitas tú” y Mamá aceptó sonriendo. Mamá feliz, una novedad que bien valía una merienda.

Pensé en ese momento en la madre de Fran pero nunca pregunté por ella. Me enteré mucho tiempo después que aquella mujer que le parió se había marchado un buen día y no quería saber nada de ese niño. Manuel repitió en más de una ocasión que sus palabras textuales fueron: “no puedo esclavizarme así”. Manuel dejó todo y se convirtió en la madre de aquel ser humano maravilloso.

Fran se mueve, me da pataditas otra vez mientras escribo que la madre de su “*tiaastro*”, (debería llamarle así siguiendo el rencor verbal de mi padre), le había dejado. Mi hijo me previene para que no lo deje pase lo que pase. ¿Le dejaría yo? No, no después de ver como aquel niño abrazaba a mi madre, como la veneraba con sus ojillos achinados de contento, como balbuceaba un ruido gutural, que venía a ser algo así como un “mamá”. Se quedaba dormido cuando le acariciaba el pelo, cuando Mamá le arrullaba como hizo conmigo. Manuel y yo la mirábamos ejercer un papel tan hermoso del que sólo podíamos participar como meros espectadores. “Tienes una madre maravillosa” me decía Manuel. Y yo me quedaba en silencio mirándola, orgullosa de que ella sí fuera capaz de amar a aquel

niño, de que fuera capaz de no abandonarlo ahora que lo había recibido.

Después del encuentro de el hospital y la primera merienda vinieron otras citas "a cuatro", con los niños de por medio, (más meriendas y algún que otro desayuno los sábados), "no fueran a sospechar el uno del otro", recordaban juntos, cómplices. "Es que a la niña le gusta jugar con Fran" decía Mamá y Manuel argumentaba que a Fran le gustaban las niñas "sociales", se reía de Mamá y los cuatro tan contentos, tan familia poco a poco.

Fue por aquellos días, a los pocos meses de conocerse, cuando Mamá se ofreció a echarle una mano a Manuel con su vida y se enteró que Manuel contaba con la ayuda de su familia: su madre, sus hermanos, la gente del Ayuntamiento que se volcaron con su caso. Aun así, a pesar de estar tan asistido, Manuel dejó que Mamá y yo fuéramos a visitar a Fran a su casa. Fue en una de esas visitas esporádicas en la que me quedé con la abuela de Fran en su casa, habilitada para atenderle perfectamente, y Mamá se fugó con Manuel. A las horas volvieron reídos y yo miré a Mamá con un mohín de reproche, según me cuenta, aunque, seguro, que yo ni me percaté de su ausencia.

La cobardía y el miedo nos privan de las mejores cosas de la vida, nos tiñen la existencia de gris oscuro y uno pone pies en polvorosa para huir de lo que es lo mejor aunque, muchas veces, tantas veces, las cosas buenas vengan envueltas en sacrificio, en cierta rudeza vital. Cuando nazca Fran, se lo he dicho a su padre, tenemos que enseñarle a ser valiente. No sé cómo se enseña eso, pero seguro que tiene que ser algo muy parecido a lo que hizo Manuel, algo parecido al amor. Se mueve otra vez, puede que sienta las palabras o le moleste lo rápido que late mi corazón mientras escribo todo esto.

Mañana salgo de cuentas y no sé cómo podría dejarte después de haber contado cada minuto de estos nueve meses, cada día, cada semana con sus náuseas y sus dudas, cada mes con sus ilusiones y sus desvelos de madre primeriza. No podría dejarte como dejaron a tu tío, tan frágil, tan futuro, tan mañana.

Pasó un año largo, casi dos, cuando Mamá y Manuel me dijeron que pensaban casarse. "Una boda, como en los cuentos", pensé y eso sí que lo recuerdo como si fuera ayer. Me dijo que seríamos una familia, los cuatro, y que podría cuidar de Fran y jugar con él todos los días. Me dijo Mamá que sería mi hermano y que tenía que quererlo mucho. "Ya lo quiero", le contesté a Mamá. Me abrazó y me dijo que era muy feliz y que tendríamos que ir haciendo "planes".

En ese año y pico largo de relación vi a Manuel ir y venir con su hijo al médico, a rehabilitación, lo vi traerle y llevarle al parque, o a la cabalgata de Reyes o irse de excursión con el colegio especial donde le ayudaban. Le vi sonreírle a su hijo cada día, con el optimismo suficiente para esperar cada día como el primero sin olvidar que también podría ser el último. Admiré en él la voluntad titánica e insubmersible de disfrutar de su hijo, de vivir su circunstancia con la alegría justa reservada para esas experiencias. Y es que ver a un hijo en esas condiciones, saber que su fin está próximo y es irremediable, deja un margen muy pequeño para ser feliz. Manuel lo era con su hijo a pesar de que en cualquier momento podría sobrevenir el fin. De eso me enteré tiempo después.

Los "planes" de Mamá pasaban por gestionar primero la venta del piso donde vivíamos, la mitad era de mi padre, al que a pesar de vivir con "la mujer de su vida" según él, le fastidiaba un poco que Mamá quisiera rehacer su vida. Siempre que podía empañaba la alegría de Mamá y me hacía pagarlo a mí: "no es tu hermano, es el hijo de..." Vendido el piso, con ese dinero, comenzaron los preparativos para el gran día. Viviríamos todos juntos en casa de Manuel. Mi hogar y mi vida estarían allí instalados, y me fui haciendo poco a poco a la idea de convertir en recuerdos lo que siempre había sido mi casa. No me dio tiempo a echarla de menos, con Fran en "la nueva casa", la realidad reclamaba toda mi atención y mi cariño. La familia de Manuel, sobre todo la abuela, estaba muy contenta y hasta parecía más joven.

Fui con Mamá varias veces a una tienda en Madrid para escoger un vestido. La abuela de Fran, Angelita, nos acompañó también. Decía que Mamá era

una regalo para Manuel, que se le notaba a Fran que había una mujer en su vida y que ella ya podía morir en paz, que lleva mucho tiempo sufriendo por su hijo y por su nieto. Mamá le decía que no hablara así y ella se echaba a llorar más y le daba las gracias. Mamá y yo tardamos en escoger el vestido. No quería un traje de novia cualquiera, quería algo menos pomposo que lo usual, sobrio como la relación que llevaba con Manuel. Mamá me contó muchas veces toda la historia de aquel ir y venir buscando el vestido perfecto mientras mirábamos las fotos. Estaba feliz.

Manuel fue a buscar su traje de novio en una buena tienda, especializada en exclusiva en novios. Mamá quería que estuviera muy guapo y que Fran se vistiera igual o parecido. En la tienda les tomaron medida. Entre Manuel y sus hermanos ayudaron para que los especialistas tomaran las medidas para que padre e hijo estuvieran a punto para el gran momento. Todos estaban conmovidos por la historia de Manuel y de Fran. Ambos irían de chaqué, cambiarían el color del chaleco y las corbatas. En la tienda fueron sumamente delicados con ellos. El jueves antes del gran día recogieron sus tajes con la promesa de volver con las fotos. Manuel se llevó una gran alegría porque en aquella tienda nadie puso ni cara de sorpresa o de asco o de pena por Fran.

El gran día llegó. Mamá y yo nos vestimos juntas. Estaba guapísima. El blanco roto de su vestido era todo un símbolo, no de pureza sexual sino de la comprensión de que incluso los más luminosos días felices llevan una leve grieta gris por donde se filtran dudas, tristezas y presagios no siempre halagüeños. Mamá brillaba. Fuimos en el coche de uno de los hermanos de Manuel y entramos de la mano, guapísimas, ella llorando y yo con muchísima vergüenza, casi sin sonreír. Había muchísima gente del trabajo de mamá, algunos viejos amigos (los de verdad) y algunos padres del colegio. Fran y Manuel nos esperaban vestidos con sus flamantes chaqués. Fran tenía los ojos achinadísimos, estaba muy guapo, muy emocionado y al vernos entrar comenzó a moverse, emitiendo ese sonido gutural que quería decir "Mamá". Se casaron. No comimos perdices pero por

el video y las fotos la comilona fue de campeonato. En el video, siempre nos reímos cuando lo vemos, uno de los hermanos de Manuel grita un poco piripi, mirándome con alegría ética mientras yo estaba sentada junto a Manuel y apoyada la cabeza en su hombro por el cansancio fiestero: "¡viva el novio que es tu padre! Yo repliqué muy digna y repipi levantando la cabeza de mi apoyo "¡éste novio no es mi padre, es Manuel!" y las carcajadas tronaron en la noche más feliz de Mamá.

¿Cómo enseñas a un ser humano como Fran que esa no es su madre? El niño respondía al amor, a la ternura, al afecto, las caricias de mamá, sus regañones, sus cuidados eran lo que Fran entendía que era una madre. Acostumbrado a ver el heroísmo paterno contrastado con la presencia materna de los otros chicos de su colegio, la llegada de Mamá supuso para él un complemento necesario.

Anoto estos recuerdos como si fueran míos para que luego sean de mi hijo. Me quedan pocas páginas en blanco. Fran me da más pataditas de inquietud o de ganas de presentarse ya en la vida y su padre me dice que me vaya a la cama pero tengo que terminar. Luego estaré muy ocupada con Fran. Siguen las pataditas. Mañana salgo de cuentas y en mi vientre la vida pide paso, mi hijo pidiendo independizarse de mí y comenzar a respirar y vivir por su cuenta. Qué pronto comenzamos a ser independientes. Aunque mi hermano nada más nacer, nada más independizarse, enfermó. Los detalles son lo de menos: le diagnosticaron una posible parálisis cerebral que después se corroboró. Luego la independencia de su madre y el amor de su padre.

Fue meses después de la boda que Mamá me dijo que Fran no iba estar siempre con nosotros, que un día iba a morir por causa de su enfermedad. La oí un tarde hablando sobre el tema con Manuel. Pregunté y me lo contó. Parecía una crueldad pero mamá quería estar segura de que entendía todas las cosas para que no me sintiera engañada o algo parecido. "Tenemos que querernos mucho" me dijo levantándome la cara sujetándome por la barbilla. "No estés triste, vamos a querernos, vamos a disfrutar

de tu hermano todo el tiempo que esté con nosotros". Cuando dijo "tu hermano" me conmoví mucho lloré muy alto y Manuel me llamó. Me abrazó y me dijo que me quería mucho y que era muy importante para él. "Gracias por querer tanto a Fran".

Fueron cinco años de felicidad completa, no exenta de sus crisis en el estado de salud de Fran, momentos de adaptación entre Mamá y Manuel y mi propia asimilación de toda esa nueva vida. A pesar de lo felices que éramos aquellos años tuvieron sus reveses rencorosos y molestos cuando mi padre hacía sus comentarios y sobre todo cuando la mujer de su vida comenzó a no serlo tanto. Cinco años de viajes, cumpleaños, navidades y aniversarios de bodas. La abuela Angelita murió y nos pareció, por lo menos a mí, una especie de ensayo final antes del día fatídico que todos sabíamos que llegaría.

Comienzo a pensar que no son pataditas nada más hijo. Comienzo a sentir lo que la matrona me explicó que son las contracciones. Un momento más Fran, tengo que terminar de escribir esto. Si tu padre se entera no me deja terminar la historia. Está como loco con tu nacimiento. Mañana salgo de cuentas hijo no te adelantes, por lo menos hasta que termine de contarte todo.

Mamá fue hasta el instituto la mañana en que Fran se fue. Llevaba hospitalizado dos semanas. Ya no sonreía. Se estaba apagando decía Manuel al que nunca había visto tan angustiado. No por estar advertidos la muerte de un hijo es más fácil. Me mandaron a llamar salí de inmediato. No hizo falta que Mamá dijera nada: la mirada, el gesto.

– ¿Se fue? –pregunté.

–Sí –me dijo ella y me eché en sus brazos.

–Parece un ángel- me dijo al oído mientras lloraba en silencio.

Al volver a mi clase a por mis cosas la profesora dejó de hablar de literatura, me miró y también lo supo todo. Mi hermano, (hermanastro me decía mi padre con ridículo ataque de celos cuando lo iba a visitar los fines de semana), murió cuando estaba más o menos previsto, a la edad de catorce años. Volvimos a casa a recoger algunas cosas antes de

irnos al hospital. Pasé por su habitación y miré desde el umbral: allí estaba instalado el silencio, se había pausado todo para siempre. Manuel vino y me abrazó y se me echó a llorar y me abrazaba tan fuerte que comprendí que de verdad me amaba y que desde ese día más que nunca, y a pesar de que yo no podría jamás sustituir a mi hermano, yo tenía que ser su hija.

Mamá decidió vestirlo con su traje de novio, como el de su padre. Mamá quería verle así de guapo. Manuel no le dijo nada a Mamá que vivía ese dolor como si de verdad ese niño fallecido fuese suyo y nadie se atrevería a decir que no lo era. Ella estuvo con él todos esos años tan felices y tan difíciles. Nadie hubiera imaginado en la tienda de trajes para novio que aquel chaqué junior iba a ser también el último traje de aquel niño tan especial. Nunca les llevamos las fotos, se nos olvidó para siempre.

Creo que ya vienes, voy a llamar a tu padre para irnos al hospital pero es mañana Fran, es mañana cuando salgo de cuentas. Tal vez no quieras hacer coincidir fechas, tal vez quieras dejar la memoria de tu tío sola en el calendario para que la alegría de tu llegada no la empañe. Leí un poema que llegó el otro día a la editorial y este verso me viene a la mente hijo mío: *"No es que quiera cambiar el futuro. No es eso / Es sólo... que las ilusiones son inevitables..."* Sea como sea nos vamos al hospital, además acabo de llenar el último folio en blanco con esta memoria que ahora es tuya para siempre.

*Tomado de: Pedro Crenes Castro. **"El boxeador catequista"**, Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013.

PEDRO CRENES CASTRO. Nació en la ciudad de Panamá el 26 de marzo de 1972. Reside en Madrid, España. Tiene estudios parciales de Filología Hispánica y de Psicología en Madrid. Reseña libros españoles y panameños en su blog "Senderos retorcidos" y tiene una columna dominical en el suplemento "Día D" del diario "Panamá América". Libro de cuentos: **"El boxeador catequista"** (2013).

Versiones del deseo, la añoranza y las urbes desoladas en seis narradores panameños*

FERNANDO BURGOS

The University of Memphis

1a parte

Los textos en los que me enfoco en mi ensayo fueron publicados en el siglo veintiuno. Se trata de colecciones que demuestran tanto la existencia de una vigorosa producción cuentística en Panamá como el surgimiento de una polifonía de voces narrativas y lineamientos artísticos. Me dedico en este trabajo a los siguientes autores y obras: **Lisette Lanuza Sáenz**, *Destinos circulares* (2010) y *Ad infinitum* (2011); **Silvia Fernández-Risco**, *Volar y otros cuentos* (2009) y *Música de las esferas* (2010); **Alberto Cabredo Echeverría**, *Contra el viento* (2009), *Caligine urbana* (2010) y *Voces al oído* (2011); **Julio Moreira Cabrera**, *Garabatos* (2011); **José Luis Rodríguez Pittí**, *Sueños urbanos* (2008); y **Rolando Miguel Armuelles Velarde**, *Cómo sábana al viento* (2011).

Nota del editor: Por cuestiones de espacio en la revista, este ensayo se publicará en 2 partes. La segunda se publicará en Maga No. 75, que saldrá en octubre de 2014.

Lisette Lanuza Sáenz

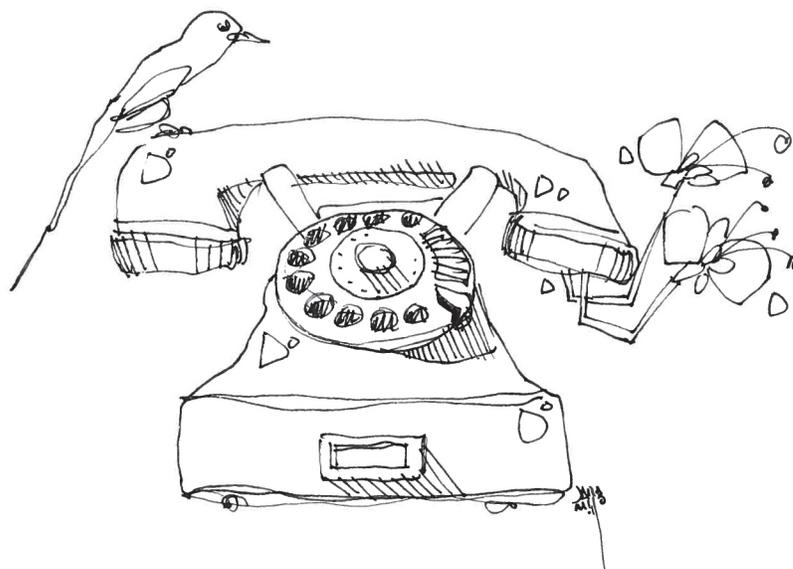
El texto "Desnuda" de *Destinos circulares* (2010), el primer libro de cuentos de Lisette Lanuza Sáenz, hiere con la pulsación de un clamor recurrente: ver más allá del desnudo. La protagonista, una bailarina de *striptease*, enrostra conscientemente el espectáculo de su cuerpo expuesto a la mirada pública con la esperanza de una epifanía de difícil realización en un mundo poblado y solo, consumido por la rápida gratificación voyeurista. Cada noche que se desnuda trae el desconsuelo de no ser abierta en su intimidad. La mirada anónima recae en la performatividad

de su cuerpo, en la excitación transitoria de miradas ajenas y alienadas por el trivial acto de despojarse de una prenda de ropa mientras su sonrisa que busca iluminación y un reconocimiento de identidad no registra trascendencia alguna. Es una metáfora de soledad y búsqueda, a la vez que de lamentación sobre el triunfo de la fachada. En el darse de esta mujer para no ser recibida se sabe que los dioses del alma y del amor se han retirado. A pesar de que lo que podría haber de sustancial en el ser humano ha dejado de interesar, este personaje insiste en exponerse, aferrado a una etérea aunque persistente esperanza: "Y a mí, a mí no me

importa mientras pueda, cada día, volver aquí y desnudarme frente a decena de extraños, esperando que algún día, uno de ellos vea un poco más allá" (49). Ni es una fe religiosa ni social, más bien un acto de autoafirmación que rehúsa aceptar el destino anodino y absolutamente alienante del ser humano. Es la incredulidad de la abyección humana lo que salva la existencia de este personaje aunque no impacte necesariamente en la realización de su ser.

El ver más allá de esas existencias atrapadas en remotas expectativas, se convertirá en *Ad infinitum* (2011), la segunda colección de cuentos de Lanuza Sáenz, en una

radical separación de todo supuesto futuro, el cual se revelará ahora como una proyección ingenua e inútil. Por la calles de Barcelona va a deambular un personaje de entusiasmos efímeros, de sentimientos derrotados, cuyas reminiscencias, tribulaciones y éxtasis se llenan de trasnochadas, fiestas, bailes, disfraces, encuentros amorosos que no llevan a ninguna parte. Lo que importa en este nuevo modo de asumirse no es hacia dónde se va sino ir: "De mis sueños no queda nada. Estoy yo, caminando sola, como siempre" (67). La magia reside en el hecho de sentirse en movimiento ya sea por las Ramblas, la plaza Urquinaona, el trayecto a la universidad, los viajes en Metro, el caminar hasta una estación de trenes para desde allí desplazarse hacia París y Viena con el siempre contemplado regreso a Barcelona, la ciudad que la ha robado de su familia y amigos, de los aromas de su suelo, de la fruta tropical disfrutada en su infancia. Barcelona transformada en viaje en lugar de estadía, metaforiza ese trayecto urbano como un estado de conocimiento sobre sí mismo que no precisa de estados grandilocuentes de reflexión sino de un dejarse llevar por la energía lúdica en una comprensión de la psiquis como una zona conflictiva de enmarañadas conexiones en las que nociones tales como felicidad, éxito, seguridad, satisfacción desaparecen como estados últimos de realización personal, presentándose más bien



como proyecciones culturales que pueden desecharse en el sin rumbo metropolitano. En este estado de constante peregrinación lo que afirma a los personajes es "un juego. Sin reglas fijas, pero un juego al fin. El metro seguirá su rumbo. Y yo estoy dispuesto a seguir jugando. *Ad infinitum*" (54).

En ese espacio epifánico del recorrer permanentemente, nada es estable ni determinado. Las relaciones son fugaces o vacías. El anonimato e insignificancia de los personajes del cuento "Bon día" permite su conversión en letras cuya única trascendencia es la de ser mayúsculas. La decepción de una relación sexual del texto "Medias verdades" se intercambia por la de la autosatisfacción erótica del relato "O", título que podría apuntar a la novela "La historia de O" de Anne Desclos mediante la eliminación de la palabra "historia" porque este relato no será historia sino instancia de deseo sexual. Lo único cierto para este personaje que deambula por una ciudad que no es

la suya es la serie de transformaciones que le hacen preguntarse sobre sus incertidumbres y si ser la misma u otra hace alguna diferencia. Se aprende a no contar con seguridades puesto que no se vislumbra la fundación de un destino con otro ser humano. Su refugio, por tanto, no puede ser otro que la misma urbe extraña, la cual debe aprender a experimentarla como íntima por los caminos varios que ofrece, sumergiéndose en sus espacios sin saber donde saldrá. Por otro lado, para que este personaje errante pueda ser ella misma tiene que desencajarse del prototipo de niña obsequiosa de su infancia y adolescencia y adoptar los colores bélicos de la ciudad. Debe sobrevivir y al hacerlo, la soledad la inunda. Le queda la ciudad, un sitio concreto y abstracto con gente y sin ella, pero es lo que tiene enfrente de sí para recorrer. Es su laberinto y su liberación más aptos que la ilusión de sus utopías primerizas de la familia. La pregunta entra en la carne y en el alma: ser otra en otra ciudad,

distanciada de lo que se era para ingresar en lo otro que se es. Más que aceptación es extrañeza.

En el relato "Yo", mientras ella corre antes de salir el sol, la otra que ha devenido se apresura también junto a ella para darle a entender que cuando lleguen los primeros destellos de sol, esa otra será la epifanía de que ese ser forastero en una ciudad extranjera sin medidas ni de bien ni de mal es ella. La otra, la antigua sombra de ella, el ex yo que era ella es memoria que lucha por no deshacerse. En este punto la nostalgia acecha como animal torturante. Por ello en el cuento "Mangos" su protagonista, parada frente a un mercado de la ciudad europea, viaja en sus recuerdos a la finca del abuelo donde el fácil acceso a la fruta favorita de su infancia contrasta con el presente, revelándole que las flechas marcadas del pasado siguen extendidas. Sin embargo, el crecimiento personal y el escepticismo ganados en este ser itinerante antagonizan la experiencia alienante de un tiempo presente refugiado en la añoranza del pasado, de suerte que al regresar a su país natal se produce una nostalgia de los infinitos viajes anteriores que ahora muestran su nuevo ser de escisión en el mundo, el sentido final de no pertenencia espacial. La original e intensa voz narrativa de Lisette Lanuza Sáenz no maneja conductas ni controla destinos. Los hace cavilar en una andanza sin puntos de llegada.

Silvia Fernández-Risco

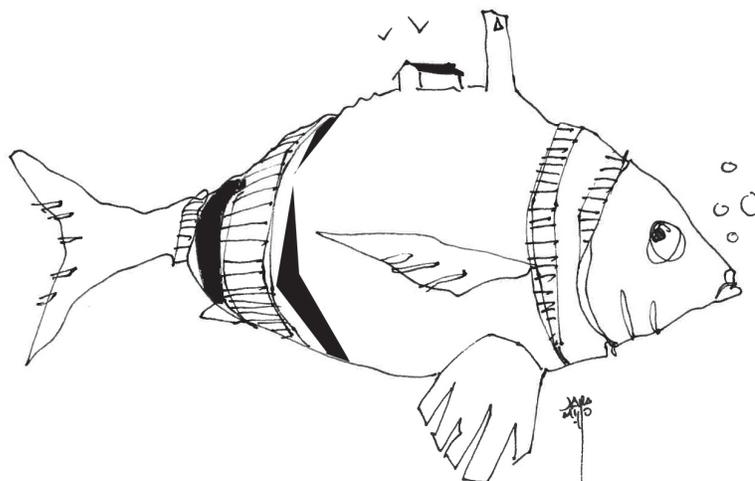
La obra narrativa de Silvia Fernández-Risco no cultiva territorios sino ampliaciones. Sus registros varios pueden comprender la especificidad cultural crítica, canalizándose por vías de un enfoque social como en "Una muñeca para Mercedita", cuento dirigido a la cuestión de inmigrantes que en busca de una vida mejor son asesinados en su intento de cruzar la frontera; una vertiente ecológica como en "El Paraíso", relato postulado como reflexión sobre la intervención humana y tecnológica en el mundo animal; de realización humorística como en "Llamadas a larga distancia", texto construido a través de un monólogo dirigido a la grabación de un mensaje telefónico en el cual el equívoco folclórico de la ingenuidad crea una situación graciosa; de imputación a la violencia doméstica como en "La sonrisa", un cuento en el que la admiración por la poesía de la vida triunfa sobre la brutalidad que sigue incrustada en lo humano. Por sobre todo, los relatos de Fernández-Risco—tanto los de *Volar y otros cuentos* (2009) como los de *Música de las esferas* (2010)—son emergencias del deseo de la imaginación. También, inmersiones profundas en las poéticas del aire y del agua, dos vitales elementos de constitución en su cosmos narrativo, conectados a la pasión de vivir y de sentir la fuerza del eros como la dimensión

más natural y más pulsional de la experiencia humana.

Los cuerpos femeninos de sus cuentos se encienden y se agitan en el tacto de otra piel, de una mirada intensa, de un dejarse llevar por la fantasía adolescente o de la madurez sensual, de la atracción por las formas voluptuosas, el contacto con el mar, el vértigo de las alturas, la lubricidad de las algas marinas. Todo se penetra de humedad en estos cuerpos para llegar a su pintura final: el ser acuático, la permanente cisterna. Sentirse líquida es tanto una abstracción como la formulación de los deseos insatisfechos. En el procurarse insaciable de estos cuerpos se da a entender que ello es el descenso en la imaginación. El reino de las fantasías brota así en todo lo humano y permite convivir poéticamente con la naturaleza como en el relato "Danza marina", texto en el que la internación que una mujer hace en el mar, plasma artísticamente los procesos de ramificación del consciente hacia el subconsciente. Una vez completamente sumergida en estas formaciones síquicas no gobernadas por la razón, el personaje encuentra todo lo que ha deseado descubrir, fantaseando sin controles sociales su interior ardiente. Es una zona en la que se ansía estar a pesar de los miedos y riesgos. Geografía sin mapas que canta al luminoso perfil del seno eréctil produciendo el terror de lo desconocido y el anhelo de una renovación esperada. En ese rincón

único de la noche y minúsculo punto del universo algo infinito y poderoso está por abalanzarse sobre ella. Humedecida por el océano de sus pulsiones, moviéndose en los flujos de la flora marina y en la cadencia de las olas, comprendemos la avidez de ella por ser prendida de la cintura sintiéndose al mismo tiempo inflamada por una comunión sideral en la cual una figura espectral bailará con ella: “Entonces, gozosa, dancé apasionadamente con aquella enigmática pareja hasta caer rendida” (*Música de las esferas* 45). No son caracteres que se dejan llevar por una simple fantasía sino personajes que reclaman de la imaginación una vivencia a través de la cual adviene lo supuestamente imposible.

El cuento “Acuática” muestra este interior en el que el ser líquida esencia la impregnación de lo impregnado. Es una mujer que siente el apremio de un cambio y escucha las voces del llamado por doquier. Su vida teñida de lo opaco parece matarla día a día. Su cuerpo es sólido y por lo mismo su prisión. Una salida de ese cautiverio habita en ella aunque la corporeidad de su carne y de sus huesos le impide hallarla. La travesía interna es larga y no se encuentra en ningún otro espacio sino en la comprensión de lo que se es, asumiéndose como elemento que la vivifica y hace retoñar “El agua emanaba de mi alma y brotaba por mis poros. Sacudí las manos frente al tronco de la jacaranda, salpicando su



corteza y, al instante, surgió una capa de musgo verde” (*Música de las esferas* 51). Al mismo tiempo su cuerpo será bebido para saciar al otro y ser saciada. La transformación es completa: “¡Y mi cabello! Era líquido, y las mechas formaban chorritos acuarelaados. Mi desconcierto crecía tanto como el charco de agua a mi alrededor, del cual comenzaron a brotar unos hermosos lirios” (*Música de las esferas* 52). En su advenir naturaleza no sorprende la reterritorialización de su fertilidad sino el flujo indetenible de las emanaciones.

Proliferar en estos estados de la fecundación subconsciente ha requerido matar el ego controlador plasmado en el cuento “Dilbia y yo”. Mientras una espina dorsal está recorrida por los nervios de la obligación, el trabajo, y el deber, la otra es estimulada por el sueño, la fantasía y las evocaciones de lo sugerente. Mientras lo cumplido sistemáticamente sostiene la firmeza de una corteza cada vez más robusta, las vacilaciones y tentativas de la otra aseguran

su realización creativa. La dureza y reservas de una es manantial libidinoso en la otra. El principio de la realidad y del placer son dos expresiones, dos modos de ser, enfrentados en este cuento hasta el accidente en el que el conductor responsable de arrollarlas a ambas sólo ve como expira el cuerpo de la ingeniera Dilbia, la mujer que “lo ha intimidado todos esos años al trabajar bajo su mando” (*Música de las esferas* 41) mientras la otra se esfuma para regresar en el resto de los textos sin vanaglorias triunfales pero con la coraza quitada, aventurándose en medio de las flechas de una selva síquica azarosa y amenazadora. Así expuesta, vibra, habla y resurge hacia lo que va devenir desconociendo en aquello que devendrá. Podrá conocer el luna-hombre en “Bella luz”; levitar en “Mitología” por la fuerza de lo erótico “con arroyos encendidos en mi vientre” (*Volar y otros cuentos* 62); experimentar las simetrías y conjunciones sinérgicas del *big bang* del universo y de lo erótico en el crescendo de la

orquestración celestial de “Música de las esferas”; emprender sin frenos en “El piso cuarenta y siete” la búsqueda de fruición sensual en un ascensor en el que Yamileth se desnuda para su propio placer y el de la cámara pública voyeur—“baila para ella, para las diosas que la han engendrado” (*Música de las esferas* 22)—luego de sentirse hastiada de la falta de imaginación de su pareja; mutar en “Ruido blanco” por la propiedad metafórica de su cuerpo: “Yo era la playa y el mar cantaba para mí. Yo era el acantilado y el mar desfogaba su pasión sobre mis desafiantes rocas” (*Música de las esferas* 65). Matar el principio del acero la ha dejado fuera de las construcciones culturales corrientes y aceptables aunque dentro de la ductilidad de su naturaleza profunda, la que nunca debió haber sido reprimida y que ahora creativamente revienta en una fenomenología de los elementos fundamentales de la cosmogonía más propia del ser humano. La profunda e inventiva obra de Silvia Fernández-Risco expande con personales rasgos el reino de la imaginación.

Alberto Cabredo Echeverría

La veta social es la más prolífica de la **cuéntística de Alberto Cabredo Echeverría**. Su mirada penetrante en la periferia social parece oxigenar al humanista que hay en este escritor

panameño, determinado a crear avenidas de justicia para esos personajes ya condenados por las más diversas carencias, infortunios y atropellos pero cuya realización ficticia pareciera querer provocar la conmiseración en el acto de lectura y consecuentemente una esperanzadora concientización sobre las necesidades de cambio. Cabredo Echeverría apuesta a este acto de fe que depara el haber escogido las vías de un compromiso artístico en el medio de una sociedad por cuyas fauces posmodernas se asoman la apatía, la indiferencia y el egoísmo. Sus colecciones de cuento *Contra el viento* (2009), *Calígine urbana* (2010) y *Voces al oído* (2011) plasman el desgarramiento de una tristeza que asola los rincones invisibles de la urbe. En la construcción de esa visión, las voces narrativas saben de sobra que su protesta no puede descansar en un altruismo ingenuo por lo cual aprenden del humor, el escepticismo, la desilusión, la ironía, y el distanciamiento de la emoción. El título de su libro *Calígine urbana* condensa el cauce mayor de su narrativa: una visión crítica del lado tenebroso de la sociedad. La opacidad de la atmósfera citadina, su bruma densa será penetrada con focos que sin llegar al naturalismo revelan lo crudo, calando así en la impostura de la visión oficial del hábitat humano tipificado por esa postal de exportación turística alimentada con el perfil de altos y lujosos edificios.

Estas edificaciones estilizadas por diseños arquitectónicos

ultramodernos son plasmadas en la narrativa de Cabredo Echeverría en el momento de su crecimiento monstruoso cuya expansión por doquier en el cuento “Huyen las calles” se corresponde a la cruzada de moda, en este caso el despegue económico que alojará a los nuevos ingenieros de las transacciones bursátiles, a aquellos que juegan a las especulaciones de la bolsa, y a una ilusoria clase emergente engañada por una venta adelantada de apartamentos cuyo endeudamiento alcanza hasta sus descendientes con tal de entrar en la postal mentirosa y esterilizada con la que se desliza el concepto de ciudad global mientras sus ciudadanos reales acorralados y barridos por el delirio civilizador del crecimiento que los hará pares de los grandes centros urbanos internacionales, son minimizados en un lamento que apenas se escucha en el ensordecedor ruido de la construcción.

En esta vertiente de observar lo que ocurre detrás del lujo de proyecciones urbanas desvariadas se sitúa también el cuento “Microempresa” que así como el relato “Los gallinazos sin plumas” del narrador peruano Julio Ramón Ribeyro indaga en los desechos producidos por la mandíbula de la ciudad. La entrada diferencial que hace Cabredo Echeverría con respecto al texto de Ribeyro cuenta con dos significativos planos. El primero de ellos consiste en crear una respuesta alucinante en el pepenador del vertedero municipal. En este trance

paródico, el gallinazo que vive de la basura se coloca también en la línea del deslumbramiento económico de la urbe inventándose una ocupación de jerga análoga: “me hice autogestor, lo que llaman un microempresario. Y no crea que resultó nada fácil . . . Empecé este oficio de reciclador independiente de material de desecho . . . La crisis mundial también *ha alcanzado a esta industria*” (*Calígine urbana* 23-26). El segundo plano añade al muladar la evidencia de la corrupción social, el espacio en el que también son arrojadas las víctimas de una sociedad violenta donde el crimen es ocultado en el vertedero: “Por allí tiran unos tres o cuatro al mes (ahorcados, acuchillados, asfixiados. . . Fregados todos). Si los tapa lo vertido por un camión, con el tiempo, salen a la superficie o el hedor los delata” (*Calígine urbana* 27).

Lograda metáfora de la urbe excrementicia en la cual no hace diferencia ser ingeniero de economía y pepenador en cuanto ambos generan lucro residualmente a la vez que habitan espacios engañosos. En sus mecanismos de realización artística puede visualizarse la fuerza narrativa con la que este talentoso escritor panameño condena el fraude de la posmodernización sociocultural. Universo narrativo de indigentes, desposeídos, ciudadanos simples sin recursos, prostitutas victimizadas, figuras demenciales, condenados a muerte injustamente, silenciados por el poder político o del dinero, mujeres



que como víctimas de la violencia doméstica toman la justicia en sus propias manos. Cabredo Echeverría no atraviesa por la inexperiencia de convertir a esos protagonistas en héroes. Allí están sus apodos, “la tuerca”, “el parche e tubo”. Allí están sus seres irrisorios con sus almas insignificantes que ni alcanzan a rebelarse ni a ser salvados de nada. Son el hacinamiento de la escoria posmoderna, mirada con ternura por un narrador que fustiga el engreimiento de la urbe. La penetrante obra de Cabredo Echeverría capta así con particular singularidad y lucidez las fisuras del acontecer posmoderno, compeliendo a que miremos sus espejismos.

* SEGUNDA PARTE CONTINUARÁ EN MAGA No. 75

BIBLIOGRAFÍA

Armuelles Velarde, Rolando Miguel. *Como sábana al viento*. Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2011.

Cabredo Echeverría, Alberto Orestes. *Calígine urbana*. Panamá: Fuga Editorial, 2010.

---. *Contra el viento*. Panamá: Universal Books, 2009.

---. *Voces al oído*. Panamá: Fuga Editorial, 2011.

Fernández-Risco, Silvia. *Música de las esferas*. Panamá: Fuga Ediciones, 2010.

---. *Volar y otros cuentos*. Panamá: 9 Signos Grupo Editorial, 2009.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Traducción de Elsa Cecilia Frost. México: Siglo Veintiuno Editores, 1968.

Lanuzza Sáenz, Lissete. *Ad infinitum*. Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2011.

---. *Destinos circulares*. Panamá: 9 Signos Grupo Editorial, 2010.

McLuhan, Marshall. *Contraexplosión*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

Moreira Cabrera, Julio. *Garabatos*. Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2011.

Rodríguez Pittí, José Luis. *Sueños urbanos*. Panamá: El Hacedor, 2008.

Valéry, Paul. *La joven парка. El cementerio marino*. Edición bilingüe de Monique Allain-Castillo y Renaud Richard. Madrid: Ediciones Cátedra, 1999.

El karesansui

OLGA DE OBALDÍA

De lunes a viernes, sentado en la banca de la plazoleta secreta, disfrutaba de las sombras de los edificios sobre su rostro y saboreaba con placer el emparedado de su almuerzo. Diciembre traía siempre el mejor clima del año, con la brisa que aliviaba el calor cotidiano. Le gustaba la soledad de este espacio retirado en el patio interno del complejo de edificios en que trabajaba. A lo lejos escuchaba los ruidos del tráfico, pero en su entorno inmediato solo había silencio. Contemplaba con curiosidad el patrón de las líneas en la arena del jardín japonés. Los círculos concéntricos, las líneas rectas, las expansiones llanas. Las piedras lisas blancas y grises, algunas tan pulidas que provocaba tocarlas. ¿Sería nueva esa roca ocre?

La primera vez que descubrió el sitio lo encontró feo y sin vida. Ni siquiera entendió que era un jardín. ¿Para qué estaría ahí esa caja de arena y piedras? ¿Habría sobrado de la construcción? Pero la quietud del espacio le sedujo. Y el hecho de que nadie en la oficina parecía saber que estaba allí. Comenzó a ir a la hora de su almuerzo y descubrió que la arena, las piedras y el musgo cambiaban mágicamente semana a semana de formas y lugares. Su mente se perdía siguiendo las líneas en la arena. Por un instante no tenía que llevar la carga de sí mismo. Ni sus memorias ni desmemorias de la vida que llevaba. Comía, tomaba dos o tres tragos de su práctica pachita curveada de acero inoxidable y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, hasta

que fueran las dos de la tarde, hora de ponerse la máscara y subir a su oficina. Un día se robó una piedra pequeña, lisa, ovalada y plana que cupo en su bolsillo. Muchas veces durante el día la tocaba compulsivamente y la piedra le prestaba un poquito de tranquilidad.

Un día googlió: "arena" + "piedras" + "jardín" – "plantas" y encontró imágenes de cajas parecidas a la suya que se llamaban "karesansui" o "jardín Zen". Se rió en voz alta cuando leyó que esos jardines era usados para meditación por los monjes Zen japoneses. Nada más lejos de un monje que él y francamente siempre había pensado que meditar era una mariconería. A veces pensaba en el jardín cuando no lo tenía enfrente. Habías días en que su vida le parecía un círculo concéntrico sin principio ni fin y todo lo que hubiese querido sería transformarla en líneas rectas, perfectamente trazadas, donde la arena luciera como terciopelo, sin un granito fuera de lugar. Nunca se había topado con el jardinero que mantenía ese karesansui. Se imaginaba a un gunita, entrenado por algún ejecutivo japonés, rastrillando la arena en concentración absoluta, borrando las huellas de sus pasos mientras caminaba hacia atrás en la caja, hasta llegar al borde, primero un pie afuera, luego el otro y un pase de rastrillo y ¡zas!, borrada la evidencia de haber sido el artista de la obra.

Hoy, sentado en su refugio, escucha el trino de un pájaro y piensa que es el timbre de algún celular. Se enfurece de que alguien hubiese descubierto su remanso. Busca con la mirada y no hay nadie. Vuelve a escuchar el canto del pájaro. Lo busca y no lo encuentra, pero no le cabe

duda de que es un pájaro. Siente un frío en la boca del estómago que anuncia el terror insondable. Malditos. Los detesta. Comprende que uno de los atractivos de su refugio es que no tiene pájaros. Tal vez tendría que hablar con el jardinero, quizás poner unas trampas o algo que les alejara. Lo último que va a querer el gunita es ver su arena tan cuidada llena de mierda de pájaro. Pero no hoy, hoy no puede buscarlo ni hablar con él. Le tiemblan tanto las manos, ni siquiera ha podido encender su primer cigarrillo. Hoy, precisamente hoy, tenía que venir un pájaro a alterar el único momento en que su mente se aquietaba.

No siempre había odiado a los pájaros. Cuando era chiquillo le eran indiferentes. Ni siquiera se tomaba el trabajo de matarlos a biombazos como algunos de sus compañeros. Pero hacía ya un par de años que se habían convertido en sus enemigos. Eran los precursores del fin de la noche, anunciaban que el refugio de la oscuridad terminaba. Es que la noche no alcanzaba, era tan insuficiente. Su canto era la señal que desataba en él ese temor inexplicable que le agarrotaba el alma en los eternos segundos entre el sueño y la realidad, en ese viaje inevitable hacia el despertar. Anunciaban el terror del amanecer. En la mañana de hoy fueron los malditos pájaros los que le hicieron entreabrir los ojos y ver cómo la luz que se colaba por la puerta del baño iba inundando la habitación, primero de rayos violetas, luego rosa y después ya sin color alguno, la luz era un puñal de cristal que se clavaba entre sus ojos.

Lo primero que pensó es que tenía que buscar su reserva de

vodka, esa que escondía dentro del tanque del retrete, para evitar que su cráneo explotara con la madre de todas las resacas y no llegar tarde al trabajo. Dispuesto a arrastrarse hasta el baño, juntó fuerzas para levantarse cuando vio a su lado el bulto de un cuerpo. Un corrientazo de pánico le asaltó haciéndole casi brincar del colchón. De 0 a 100 kilómetros... en un instante estuvo completamente despierto, todos sus sentidos en alerta, recibiendo a la vez el impacto del rumor repetitivo del abanico, el olor a humanidad, alcohol y monte, y la imagen que su cerebro no podía interpretar: el cuerpo de un enorme hombre desnudo, que dormido empuñaba un sexo enorme cruzado de venas púrpuras, y roncaba suavemente con carnosos labios entreabiertos. Por su brazo subía enroscada una serpiente naranja y verde de intrincado detalle cuya cabeza terminaba en su cuello, su lengua bifurcada era en realidad una cicatriz con relieve sobre su mejilla derecha. Horrible y fascinante a la vez. Solo acertó a pensar en qué le habría dolido más: el tatuaje o la cicatriz original.

Tuvo que forzarse a dejar de mirar al hombre dormido para mirar a su alrededor y reconoció que este no era su cuarto, miró hacia la fuente de luz y supo que ese no era su baño. Todos los sonidos se ahogaron bajo un atronador bum, bum, bum en su cabeza. Era como si el corazón se hubiese desplazado de su pecho a su sien. Un frío súbito se extendió de su estómago a la garganta. La parálisis dio paso al pensamiento y comenzó a buscar su ropa, él también estaba desnudo, encontró su pantalón y dentro del bolsillo de

siempre, su billetera. No encontró la camisa azul que estaba seguro llevaba anoche. Ni sus zapatos. Buscó la salida del laberinto como estaba, descamisado y descalzo. El impulso de huir era más fuerte que sus ganas de aliviar la vejiga llena.

Ya fuera de la habitación vio más cuerpos, todos en profundo sueño sobre sofás, otomanes y alfombras. Piernas, brazos, torsos, senos, nalgas, cuellos de hombres y mujeres en ángulos imposibles. Sorteó los obstáculos dormidos controlando la náusea, los poros de su piel abiertos vomitando un sudor profuso que no era suficiente para limpiar el asco de sí mismo que le inundaba. No tenía memoria alguna del lugar donde estaba. No reconocía nada de lo que veía. Nadie conocía el terror de la desmemoria como él. Nadie entendía a lo que sabía el miedo como él. Llegó a un vestíbulo y a una puerta de vaivén que oscilaba, zas, zas, zas..., y dejaba entrever los gabinetes de una cocina. Entró buscando una salida y se topó con un bar.

Tomó la primera botella de licor transparente que encontró y se la llevó a la boca. La quemazón sobre su lengua que descendió como una ráfaga de bondad por su garganta espantó su frío desde dentro. Sintió el viejo confort y sus latidos comenzaron a bajar. Tragó todo lo que pudo de un tirón y cerró los ojos, esperando el momento en que sintiera el efecto de esa ola de paz hasta en la punta de los dedos de sus pies. El mundo que estaba fuera de foco se alineó de pronto. Volvió a escuchar los sonidos de su entorno. Ahí estaban los pájaros del amanecer cantando..., cabrones pájaros.

Apoyado en el mostrador, con los ojos cerrados, esperó por largo tiempo a que su respiración se normalizara. Siempre había tenido un temor inexplicable a este mundo en el entremedio del sueño y la realidad. Entreabrió los ojos y ya no estaba en esa cocina extraña. Si sería pendejo. Estaba sentado, apoyado en su cama. El alivio de la pesadilla fue una agradable ráfaga de viento en su rostro. Estaba en su habitación, en su apartamento. Haría el esfuerzo de ir al baño a buscar su reserva de emergencia. Paradójicamente su botella de reserva ya estaba en su mesita de noche, al lado de su billetera. Qué extraño, no recordaba haberse dormido sin camisa, llevando solo su pantalón de vestir.

Durante la mañana de hoy había experimentado por primera vez en su vida una incapacidad de compartimentar mentalmente su vida de noche y su vida de día. Los recuerdos le asaltaban como balazos en el pecho y sintió el frío del terror varias veces durante la mañana. No soy gay. No puede haber pasado nada. Desde las 11:15 había contado cada minuto para poder subsistir hasta las 12 y bajar a su refugio, tocando y tocando la piedra lisa que guardaba en su escritorio. Y ahora el canto de este pájaro maldito le regresaba el hielo en la boca de su estómago.

No había podido comer, su emparedado favorito que había mandado a pedir no sabía a nada en su boca y lo escupió de vuelta a la bolsa en que lo llevaba. Volvió a intentar con el cigarrillo y el encendedor. Se lo puso entre los labios y con las dos manos temblorosas trató de encenderlo. Nada. Un clic a su lado le hizo levantar la cabeza. Junto

a él, la enorme mano de un moreno muy alto, con un overol de trabajo pardo con el logo de la empresa y que llevaba en una mano un cubo con pequeños rastrillos y herramientas, le quitó con cuidado el cigarrillo de entre sus labios y se los llevó a sus propios labios carnosos. Lo encendió y se lo regresó colocándolo entre sus labios resecos. Los ojos del jardinero no lo miraron ni una sola vez, estaban concentrados en el karesansui. La que sí lo miraba era la cabeza de una serpiente verde con naranja que subía por el cuello del jardinero debajo del la solapa del overol y que se burlaba de él con su lengua bifurcada.

Buen brindis

HÉCTOR AQUILES GONZÁLEZ

--Bien hecho, por liso -- gritó alguien que pasaba al ver el espectáculo.

La señora tenía un problema con la garantía de una refrigeradora y la estaba tratando de orientar en el módulo cuando en ese instante llega un tipo en jeans, sin camisa y descalzo. El agua era su enemigo número uno de lo mal que olía. Dirigiéndose a nosotros comenzó a gritar toda clase de vainas. Últimamente por esos sectores hay muchos locos sueltos y hay que cuidarse bastante de ellos.

Un vendedor ambulante de café pasó en ese momento y la señora le pidió dos. Hasta que hervían. Uno lo dejó en el mostrador y el otro se lo bebía con gusto. El sujeto seguía gritando incoherencias y hasta amenazó con pegarle a la señora,

que no le quitaba el ojo de encima atenta a todos sus movimientos. Entré al módulo por un palo de escoba que guardo para estos casos, dispuesto a usarlo contra el orate si seguía molestando. En ese momento escucho un grito. Asustado salí pensando que tal vez le había hecho algún daño a la señora. El hombre estaba en el piso y gritaba de dolor tapándose la cara.

--Ya no va a ser necesario, señor, por la tarde regreso -- me dijo dejando el vaso en el mostrador.

--Oiga, mi café -- le dije viéndola alejarse.

--No era para usted. Se lo brindé con gusto al loco ese para que dejara de joder --gritó desde lejos, sonriente.

El tío hasta que se revolcaba...

Códice

El concejo de ancianos de la tribu reunido en asamblea extraordinaria decidió abolir el viejo código e instaurar uno nuevo. Antiguamente tenían unas reglas que nunca se escribieron y sin embargo se cumplieron por muchos años. La costumbre fue la que imperó en esa sociedad donde las enseñanzas se transmitían de boca a boca, de padres a hijos y de generación a generación, pero nunca nadie se tomó el trabajo de codificarlas en un libro.

Acaloradas fueron las sesiones para unificar criterios en cuanto a decidir cuáles eran las que se quedaban, y cuáles eran las nuevas reformas. Indudablemente que el hombre y la sociedad habían cambiado y se necesitaban nuevas leyes mucho más justas y modernas.

En materia penal era donde más lagunas jurídicas había por la complejidad de los casos. Un hombre había cometido un robo y querían aplicarle la ley del ojo por ojo y diente por diente que era el castigo impuesto por siglos, pero los juristas decidieron abolirla y como nueva pena, además de devolver la cosa hurtada en valor o especie, el condenado tendría que servir en calidad de esclavo por un tiempo, largo o corto según el delito, al Estado.

Un ladrón aceptó la nueva sentencia que consideró suave, porque cómo saber si más adelante tuviera la necesidad de volver a delinquir. Regresó la vaca que se había robado y el jefe de la tribu le ordenó, como era un delito menor, trabajar catorce horas. Al día siguiente lo mandaron a limpiar establos. Tomó el cubo lleno de agua, la escoba y se puso a trabajar. Pronto terminaría y podría irse para su casa, eso pensaba, pero cuál no fue su sorpresa cuando a las dos horas sus carceleros regresaron y se lo llevaron, a pesar de que no había terminado con su tiempo.

En los días sucesivos lo mandaron a las canteras, los sembradíos, a los baños y a otros lugares siempre pagando dos horas a la vez hasta que cumplió las catorce. Cuando terminó, enojado fue a hablar con el jefe de la tribu, y le expuso lo inadecuada y terrible de esa pena, y que por favor se buscaran otra ya que no podían tener a la gente trabajando de a poco y que era mejor cumplirla de una sola vez aunque fuera más agotador.

El jefe lo escuchó con atención y los ancianos también. Mandó a varios de sus hombres a que lo sometieran. Le pusieron la mano

derecha sobre una tabla. Llamó a su verdugo y le ordenó que se la cortara guiñándole un ojo. Un silencio como nunca antes invadió el recinto. El delincuente rompió a llorar y a pedir perdón mientras veía cómo la filosa hacha silbaba en el aire y caía sobre la madera en un sonido hueco y profundo, mientras los presentes gritaban y se tapaban la cara para no ver lo terrible de la escena.

¿Cuál de las dos leyes te es más favorable, idiota? – le dijo el jefe escupiéndole el rostro.

El ladrón entre gritos y sollozos salió del lugar y mientras caminaba lentamente sosteniéndose el taparrabos con ambas manos dejaba como penitencia un reguero de señales nauseabundas de su delito.

Nunca más volvió a hacer de las suyas.

Cara de palo

DANAE BRUGIATI BOUSSOUNIS

Le vi por primera vez recostado inmóvil contra la pared de la iglesia, un poco más allá del púlpito. Lo único que denotaba vida eran sus ojos, penetrantes y ardientes, por entre las mechadas grises y lisas que caían sobre sus mejillas. La sombra de su sombrero de paja de increíble color y forma tapaba parte de sus facciones que parecían esculpidas en madera; sus rasgos eran muy parecidos a los de los rostros de las imágenes que ya me había acostumbrado a ver en los santos, vírgenes y ángeles de aquella iglesia del siglo XVII, joya del arte barroco.

Era tan parecido a las imágenes de esta antigua iglesia donde cientos

de piezas talladas a mano tenían la particularidad de haber sido trabajadas por indígenas contratados para decorarla a falta de talladores ibéricos. Los hábiles artesanos aprendieron rápida y fácilmente bajo las instrucciones de los monjes a cargo de la construcción de la capilla y produjeron las tallas imprimiéndoles características únicas inspiradas en su propia cultura y arte. Sobre la madera aplicaron exquisitamente los colores de esta naturaleza exuberante que les rodea con matices, color y técnicas únicas.

Nos miramos directamente a los ojos por algunos segundos. Pensé que tenía un aire diferente pero sin reparar mucho en ello le pregunté:

–¿Desea algo?

–Bueno, me gusta mirar tu trabajo. A mi edad no puedo hacer mucho pero quiero acompañarles. Conozco bien la tradición de mi gente y puedo aconsejarles. No te estorbaré.

Volví mis ojos a la pieza que sostenía en mis manos y le dije que estaba bien. Un consejero no cobraría mucho, y su conocimiento para una antropóloga y restauradora incipiente como yo podría tener mucho valor.

Aquel día no le vi o no le noté hasta que al atardecer cuando todos se reunían debajo del gran espavé y comían en grupos desiguales, él solo un poco retirado, de pie susurraba cánticos en su lengua. El sol de la tarde ponía más de relieve los reflejos cobrizos y los rasgos de aquel hombre que parecían trabajados con la misma delicadeza y empeño de las cariátides indígenas que eran el mejor ejemplo del sincretismo del arte hispánico con el arte indígena. Caminé entre trabajadores y

artesanos, intercambiando una que otra palabra con ellos sobre los trabajos del día siguiente hasta que me di cuenta de que él se había sentado al borde de la pendiente y miraba la perfecta noche que caía sobre el valle y la cordillera. Fui a sentarme a su lado y sin hablar, dejé que el misticismo que emanaba de toda la naturaleza se adueñara de mí.

Habían transcurrido diez días de su llegada y ya me había acostumbrado a las ascuas de sus ojos que me seguían a todas partes, a sus silencios, a sus cánticos y a su simpatía. Nos seguíamos sentando cada atardecer a la orilla del barranco a ver morir el día. Nunca se sentaba con los otros trabajadores, no comía con ellos, ni respondía a sus bromas ni le importaba que ellos le hubieran puesto el nombre de “Cara de Palo” a falta de uno provisto por él.

Mientras tanto la iglesia iba ganando en frescura y alegría. Las piezas habían resucitado del polvo, del humo de las velas, de las telarañas, del comején que habían hecho estragos en ellas durante años de abandono y desidia. Me sentía orgullosa de dirigir a este misceláneo grupo de personas que conformaban mi equipo de trabajo. Entregaría una obra que me daría la confianza y el prestigio que necesitaba una persona joven que inicia su carrera en la restauración. Me habían entregado una ruina y devolvería a la historia y al orgullo nacional una obra de arte de inigualable belleza y valor. Además de que los trabajos apoyaban al rescate de los oficios tradicionales, la identidad del pueblo y la participación de la comunidad durante el proceso de restauración.

–¿Sabes por qué las imágenes han recobrado ese brillo y belleza? Pues porque tienen vidas y almas dentro de ellas. – me dijo una tarde sin que antecediera conversa alguna.

–¿A qué se refiere con que tienen vidas y almas?

–Las imágenes fueron talladas en maderas preciosas recogidas en las montañas bañadas por ríos, cascadas y pozas de aguas transparentes, cercanas a este sitio donde se construyó la iglesia. A la sombra y en las raíces de muchos de esos árboles habían sido colocados los restos de mis compatriotas y antepasados. Los árboles habían sido alimentados con sus vidas y sus almas y al ser tallados viven a través de nuestro arte y nuestras creencias. Solo hay una talla que no tiene vida.

–¿Y cuál es esa?

–Es la del ángel que sostiene el púlpito. No sé si te diste cuenta de que es la más deteriorada de todas. Ese pedazo de madera fue cortado antes de que en ese árbol se hubiese instalado un espíritu. Cuando una persona muere, - continuó sin transición - debe ser depositado en el seno de la Madre Naturaleza, no debe quedar a la intemperie ni descubierto. Tiene que ser acogido por ella. Debe ser enterrado. Un Sukia debe hacer la ceremonia del paso del alma del muerto y su cadáver debe ser colocado cerca de un árbol para que su espíritu pueda alegrarse de su regreso a la casa de la Madre a través de él. Esto se debe hacer en luna nueva.

–¿Y si no se hace eso? - Le pregunté.

–Sí el cuerpo se deja sin la ceremonia adecuada, su espíritu anda molestando a los familiares, amigos

y hasta puede apoderarse de una persona, entonces, esta coge la misma enfermedad o las penas que tuvo el difunto antes de morir. Pero lo más importante es que su espíritu no tiene reposo y no descansará en el seno de la Madre universal que todo lo restaña y lo cura, que da la felicidad completa. Por tal razón hay que cumplir con este ritual. Sé de un guerrero que murió después de ser herido en batalla y solo pudo arrastrarse hasta una cueva donde murió. Nadie lo enterró con los cantos del Sukia.

Sentados bajo la inmensa bóveda celeste, imperturbable en su belleza, en su silencio, en su intemporalidad, la noche nos envolvía en un sereno estado de contemplación donde se entretejen de manera intrincada e indivisible lo cotidiano y lo sobrenatural, lo comunitario y lo individual, lo correcto y lo simbólico, lo racional y lo intuitivo, lo sagrado, lo profano y lo espiritual. En aquel momento la luna, las estrellas, el campo extendido a nuestros pies y el silencio se conspiraron para romper las barreras que separan el mundo de la razón del mundo de la magia. Le prometí a “Cara de Palo” que le acompañaría a cumplir con el ritual de recoger aquel cuerpo, es decir, lo que quedara de él y lo llevaríamos a su morada permanente en el seno de la tierra.

–Cuando le coloquemos en la tierra, al lado de un gran árbol, su cuerpo, sus huesos, su sangre se convertirán en el alimento del árbol, su savia subirá a sus ramas, a sus hojas, a sus frutos. Allí le volverá a cantar la Madre Naturaleza convertida en viento, en aire, en trinos de pájaros y en rayos de sol. Después

de un mes, cuando ya la savia haya recorrido todo el cuerpo del árbol, en la próxima luna nueva, cortaremos una gruesa rama para tallar la figura de tu ángel.

Bajamos por el camino en el más profundo silencio. Curiosamente no sentía miedo, solo un sobrecogedor sentimiento de respeto y expectación ante las verdades de los otros y ante el milagro de la revelación del lazo que une a los hombres de cualquier parte. Era consciente de que presenciaba una ceremonia que representaba lo más sagrado para cualquier individuo de cualquier parte, de cualquier religión: darle sagrada sepultura a sus seres queridos. Un acto de fe en la esencia espiritual de los pueblos.

Llegamos muy cerca de un árbol y allí me dijo que siguiera todas sus instrucciones. Coloqué mi caja de trabajo en el suelo, me puse los guantes y la máscara. Le ofrecí una a él pero la rechazó. Llevando en una mano la linterna y en la otra el saco de henequén que me pidió que trajera, fui encontrando las señales que él me indicaba, hasta que llegamos a una cueva cuya entrada se abría como la boca de un animal desdentado, mal aliento y todo.

Me animó a entrar y él me seguía, casi una sombra cuyos pasos no lastimaban el silencio de catedral que allí reinaba. Al llegar al fondo de la cueva, el haz de luz de la linterna cayó sobre un esqueleto humano en posición yacente. “Cara de Palo”, en la magia de la media noche, inició el cántico que imaginé apropiado para elevar el alma hasta su morada permanente. Después de cierto tiempo me indicó que fuera colocando los huesos dentro del saco y cuando

los hube recogido todos, nos cercioramos de que no había quedado ninguno sobre la piedra de la cueva.

Por unos momentos me dejó completamente sola con el macabro costal a mis pies y calladamente regresó con una luciérnaga la cual colocó allí donde habíamos encontrado los restos. El punto de luz se movió durante algunos minutos por el suelo de la cueva y luego levantó el vuelo, revoloteó sobre nuestras cabezas y salió perdiéndose en la noche. Luego "Cara de Palo" reinició los cánticos y paulatinamente fue bajando la voz hasta quedar algunos minutos en silencio. Se volvió hacia mí y me indicó la salida.

Regresamos con nuestra triste carga hasta la raíz de un gran algarrobo y allí empecé a cavar hasta tener un hoyo que medía más o menos un metro de ancho por dos de largo y uno de profundidad. Afortunadamente, la tierra negra y húmeda no presentó grandes dificultades. El pico y la pala entraban con gran facilidad y a pesar del esfuerzo, el frescor de la noche me ayudó a hacerlo sin sofocos. Durante toda esta faena, entre "Cara de Palo" y yo no mediaron palabras.

El sukia re-inició sus cánticos cuando puse el costal con los huesos dentro del hoyo. Durante todo el tiempo que echaba palada tras palada de tierra y cubría totalmente el bulto, su rítmico canto endulzaba el último tramo del camino del alma hacia su morada universal. Recogí los aperos y cuando ya casi clareaba entramos en el pueblo.

Los trabajos de restauración continuaron sin ningún contratiempo. La iglesia iba tomando su renovada y fresca imagen. Los colores y los

contornos regresaban a su antiguo esplendor y yo no pensaba en otra cosa que en la delicada obra y cada uno de sus detalles. Siempre, al final de la tarde, gozaba de la muda contemplación del valle acompañada de la callada compañía de "Cara de Palo". Además, estos momentos me llenaban de inspiración y absorbía el color y la belleza del entorno para luego nutrir con ellas los trabajos del equipo entero.

Una noche antes de irnos a dormir me dijo:

-Esta es la noche en que debemos cortar la rama para la escultura.

-¿Debo ir con usted?

-No, solo necesito que me acompañen dos de los muchachos indígenas.

Designé a los jóvenes que le acompañarían y luego me fui a dormir sin pensar más en ellos hasta el día siguiente, cuando, junto a una de las puertas laterales encontré una hermosa rama justo del grosor de la figura de un hombre delgado. Me acerqué y acaricié su corteza, sentí el fresco olor de algarrobo. Deduje que la rama pertenecía al mismo árbol debajo del cual habíamos colocado los huesos un mes antes.

Llamé al más diestro de nuestros talladores y le asigné la tarea de encargarse del ángel que sostenía el púlpito, discutimos el diseño, el color y las técnicas y le pedí que se dedicara solo a ello. Él aceptó con la alegría de quien se le encomienda precisamente lo que andaba buscando su alma de artista. Mientras hacía otras labores hasta que la rama se secura adecuadamente, dispuso sus gubias, formones, lijas y tornos. Cuando la madera había alcanzado el punto preciso, se dedicó con

esmerado rigor a su obra. La columna que sostenía el púlpito fue la última pieza decorativa que colocamos.

Advertí que desde aquella noche no había vuelto a ver a "Cara de Palo". Extrañé su silencio al atardecer.

Llegó el día de la entrega y presentación de la obra restaurada a las autoridades y a la comunidad. Antes de la eucaristía, los visitantes miraban con asombro los retablos del Altar Mayor, de la Purísima, de la Pasión, el de San Antonio, el de las Ánimas del Purgatorio y las otras figuras de santos y ángeles, el follaje y las columnas. Los entendidos explicaban cómo se habían revivido las figuras en el más auténtico estilo barroco churrigueresco subrayando que aquí, además, había una notable influencia indígena que las hacían únicas en la historia del arte universal. Todas las figuras resplandecientes por las capas de barniz protector, a la luz de los nuevos candelabros y de las velas, parecían la naturaleza misma después de una lluvia matinal.

Desde mi discreto sitio en la tercera fila, volví la mirada hacia el ángel del púlpito y descubrí por primera vez que sus facciones eran las de "Cara de Palo". Lo más destacado eran sus ardientes y oscuros ojos, uno de los cuales me hizo un guiño cómplice. Reprimí mi sonrisa y mi emoción afortunadamente interrumpida por las primeras notas del "Te Deum" y la procesión de entrada de la misa solemne.

Tomado de "Pretextos para contarte", Foro/taller Sagitario Ediciones 2014

El sacrificio de los ángeles blancos

RAMSIS MEJÍA AGUILAR

Las comunicaciones entre Chepo y la ciudad de Panamá eran nulas. El personal del centro de salud se consumía en la desesperación de permanecer allí sin relevos, sin transporte, sin noticias de sus familias. Hasta el dinero con que contaban se había agotado. Las instalaciones mismas del centro de salud les habían tenido que servir de hogar durante los tres últimos días.

Una despensa despojada en su casi totalidad se les calcaba en los estómagos a través de la mirada. Fernando fue el primero en manifestar la decisión contenida tras el dique de la esperanza.

Es mejor que caminemos hasta la ciudad – sugirió.

Sus blancas vestiduras servían de fondo a una verdad que, rigurosamente, cercaba sus decisiones.

¿Crees que, en verdad, sea lo mejor? – preguntó Patricia, impasible.

Por lo menos, si llegamos hasta Pacora, estaríamos más cerca de la ciudad.

¡Vámonos!, ¿qué más podemos perder? – dijo Ernesto, encogiéndose de hombros.

Felicia estaba convertida en estatua de preocupaciones indefinibles, con los ojos fijos en el piso. Ramiro sacudió el aire con la mano en alto para decir:

Me sumo.

¡Vámonos! – dijeron Juan y Sebastián, en decisivo apoyo, casi al unísono.

Los ojos de Felicia recuperaron su movilidad para recorrer los rostros

de todos. Sus labios se apretaron, previniendo la anuencia. Con la cabeza, asintió tres veces.

Entonces, nos vamos mañana, ¿no? – retó Fernando con un empuje que conquistó la respuesta positiva que dieron todos al destiempo que lleva un repique de campanas.

Se llegó la noche con su vaporoso traje estival de estrellas, esparciendo su elixir de bostezos y un suave perfume de solsticio entre las flores. El mosquito de la incertidumbre revoloteaba alrededor del cansancio a la hora de dormir.

Fernando se preocupaba por la inconsistente respuesta de Felicia. No quería presionarla, pero tampoco quería dejarla atrás. Cuando se transparentaron las ventanas con la prima luz del día, a Fernando le pareció haber dormido tan sólo una hora.

En poco tiempo estuvieron todos listos con sus cantimploras, mochilas ligeras y botiquín portátil, sellado con una cruz roja circunscrita al centro. Todos, en uniforme de hospital, marcharon con la calle desierta por guía y el sol plateándoles la espalda.

Entre cantos de grupo, chistes y conversaciones se ablandaban los baches del camino. Siempre que se tiene compañía para andar, los pies se hacen ligeros y los conceptos de cansancio y distancia pierden sentido.

Increíble les pareció estar a unos metros del puente sobre el río Pacora. Saltos de celebración, abrazos y besos, voces, gritos fueron la traducción del regocijo que dice al alma que las cosas estarán mejor.

En tres minutos, el ruido intermitente de un helicóptero volando bajo silenció el festejo. Lo veraz traje

a Fernando recuerdos de películas de guerra y al primer sonido de las balas sobre el pavimento, todos se echaron a correr. Sus gritos y voces pasaron de ser armónicos a disonantes. Aquella sinfonía macabra se hizo acompañar entonces de un traquetear en el metal de los botiquines, azote de cuerpos sobre el piso y un frío silencio vocal de súbito.

A la visión de los primeros caídos, Fernando se lanzó por el borde del puente, abandonándose a la suerte del río. Pensó en las lágrimas de los ojos soñadores de Felicia al momento de avistar el puente sobre el río Pacora. Luego, el cambio en el gesto de sus labios que daba cauce a un hilo de sangre. Los ojos de pupilas inmóviles, dirigidas hacia las cejas.

Sobresaltado, despertó gritando. Los hilos sujetando su brazo y su pierna izquierdos le sorprendieron, lo mismo que el escenario de camas, venoclisis y enfermeras afanadas. La realidad cuajó en su mente por medio del dolor en las heridas.

Tuvimos que reconstruirle el antebrazo y el muslo, así que procure no moverse – aconsejó la voz del doctor.

Y, ¿mis compañeros? – preguntó Fernando.

Si siente demasiado dolor, avise para subir la dosis de analgésico.

Mis compañeros... también están en el hospital, ¿verdad?

Debe tranquilizarse y descansar para que su recuperación sea efectiva.

Sí, pero mis compañeros también fueron baleados...

Tranquilícese, dé gracias a Dios de que está vivo y puede contar la historia.

ITZEL VELAZQUEZ y “Las mujeres que amaron a Tino Hunter” -o la dimensión histórica de la existencia humana

ANA ELENA PORRAS

Itzel Velázquez es una panameña bonita, exquisita y brillante que vive su vida a plenitud. Y rompe paradigmas porque, siendo mujer, no se priva de nada: amor, familia, profesión, conocimiento, fama, mundo. Su personalidad es sin duda una provocación elegante contra el *Establishment* de la inequidad, provocación que debemos celebrar todos y, en especial, las panameñas.

La novela que nos regala Itzel en esta oportunidad nos sumerge en reflexiones complejas que entretejen historias múltiples de individuos que convergen y se separan y que hacen parte de una historia más amplia: la de su tiempo y el país que les sirvió de hogar. Y que, más allá de ellas mismas, la novela conjura una metáfora sobre la vida.

¿Se trata de la vida de Hunter (“cazador” en inglés) o de las mujeres que él amó y que lo amaron? ¿De la enfermedad que torturó su cuerpo y lo confinó? ¿Es una novela histórica sobre Panamá, la construcción del Canal, de los norteamericanos y de los panameños en 1914? A mi entender, todas estas historias encajan unas con las otras hasta formar una compleja red o telaraña que entreteje lugares comunes, haciendo nudos y creando vacíos –donde las divergencias y distancias también hacen parte del diseño principal.



Si tomamos la novela como metáfora, Itzel nos presenta a las mujeres de varias generaciones como heroínas en su propia vida, que intervienen activamente en la vida del “cazador” Hunter, porque fueron ellas quienes lo amaron a él (y no fueron apenas objeto del amor de él hacia ellas, como habría sido el aboraje tradicional androcentrista). Ellas son, al mismo tiempo, sujetos activos de la historia social de Panamá, al inicio de la República. Por su parte, Hunter, o “cazador”, puede pensarse también como un eje multipolar en esta narrativa donde hombres y mujeres comparten el carácter protagonista. Hombres y mujeres del Panamá que inicia el siglo XX, como los cazadores y colectoras del origen humano, surgen también como personas universales que deben descubrir y asumir su vida, como cualquiera de nosotros, sobreviviendo en Panamá, la ciudad-selva tropical, como cazadores y colectoras de historias-metáforas-experiencias en un escenario histórico, social y científico, competitivo y cambiante, donde el amor ofrece cuotas de libertad y también de responsabilidad humana, mientras que la enfermedad es destino, tortura y encierro. Esta novela como metáfora de vida, nuestra vida, transcurre en un proceso narrativo cuyo recorrido es accidentado, apasionante y complejo: donde constantemente interactúan la vida con la muerte; libertad y destino; felicidad y tragedia; cazador, recolectora y presa, placer y dolor; infierno y edén, progreso y ciencia contra religión y selva. Estos desafíos universales y las respuestas de los sujetos, dan sentido a las historias individuales que, simultáneamente, se moldean unas a las otras, dentro de una historia de mayor escala: su

tiempo y su sociedad, en el mundo, marcados por el inicio de la República de Panamá, la construcción del Canal, el neocolonialismo y la Patria Boba.

En una escala introspectiva y nacional, la novela de Itzel da un grito escalofriante: la memoria histórica es lo que da sentido a nuestras vidas personales, a los pueblos y a las naciones. Y aquí aplica la metáfora de Palo Seco que puede asociarse con Panamá. El antiguo asilo de leprosos cerró y su placa identitaria la oxidó el salitre marino, mientras que los vecinos olvidaron lo que estaba grabado en ella. Palo Seco fue reemplazado por un balneario turístico y así la historia de Tino Hunter y las mujeres que lo amaron será olvidada. Itzel nos está dando una clave: ¡Panamá es Palo Seco!! La dimensión histórica de lo humano es lo que da sentido y valor a nuestra existencia como individuos y como naciones. Y Panamá está promoviendo el olvido de su historia, desmantelando su memoria e identidad.

He seguido, desde siempre, la trayectoria periodística de Itzel donde brilla la escritora. Recientemente, tuve el privilegio de conocerla más personalmente, durante el año de formación del Movimiento Ciudadano por el Fortalecimiento de la Identidad Panameña. En este proceso, ella demostró ser una intelectual honesta y furibunda, que defiende la acción política estructurada y comprometida de los partidos, con líderes y causas definidas y pragmáticas, por encima de grupos indignados de ciudadanos que no construyen liderazgos ni concretan rutas para alcanzar objetivos, más allá de sus justas reivindicaciones sociales. Además, está convencida de que pensar y escribir son acciones políticas en sí mismas, que deben impulsar a los intelectuales de nuestro país a salir de las bibliotecas y de las aulas de clase, para comprometerse abiertamente con la acción política en defensa del cambio social, en nuestro caso, de Panamá. Hacer y decir estas cosas, siendo mujer en un país donde destacarse y discutir son considerados actos de transgresión y violencia exige valentía, integridad y grandeza. Y éste es el valioso testimonio de Itzel Velásquez.

El viaje de la desnudez

SALVADOR MEDINA BARAHONA

Porfirio Salazar ya nos tiene acostumbrados a una poesía canónica, que marcha por caminos seguros en su forma de decirse, evitando las experimentaciones baldías o las modas de último minuto; concentrándose así en el expedito modo de comunicar las cosas con emoción, que es *la sal dulce de la palabra poesía*, como bien lo diría un verso (que ahora yo saco de su contexto) del inolvidable Roberto Sosa.

Desde que conocí su obra, he sido uno de sus primeros lectores; o, al menos, uno de sus primeros reseñistas; lo cual me ha dado cierto grado de profundización en sus temáticas, esas sí, a un tiempo renovadas y recurrentes.

El viaje de la desnudez es su libro de versos más reciente, en buena hora publicado por la Editorial Tecnológica (de la Universidad Tecnológica de Panamá). A modo de reseña, voy a esbozar un breve comentario crítico de su factura.

En "Excavaciones", su primera parte, la mirada del poeta —que es la mirada del mundo, su alteridad— es ejercida con una agudeza contemplativa y a ratos filosófica. Cito: "*Párpados abiertos,/ visión de llama y cuerpo:/ el mundo ve y codicia./ La llama es tierra/ y en la tierra, el sol alumbrá/ territorios y distancias*". Pero no se trata solo de una mirada hacia lo que está afuera, porque a continuación el poeta nos dice: "*Párpados cerrados,/ el mundo que imagino es mar/ y siento ahora sus respiraciones,/ sus olas son palabras en mis labios*". Confiamos en su visión externa porque es la nuestra; y en aquella que proviene de sus adentros, porque brota de un interior que imagina y siente lo que, en periplo con él, nosotros podemos imaginar y sentir. Salazar reconfirma, así, su diestra capacidad de imantarnos y hacernos copartícipes del suceso lírico. En este apartado, se excava bellamente en el tiempo y en otras fronteras disolutorias: "*El ojo atrapa/ el sendero del humo*".

“Nocturno de la mujer bajo el puente”, su segunda parte, nos ofrece una alegoría del abandono. Las visiones aquí se nos comunican en primera persona del singular: Poeta y mujer, ¿los mismos? He ahí la duda. Pero, luego, viene la aparición de la tercera persona, como alejándonos un poco de la escena íntima: “Ella ve su sombra tras el muro/ y sueña a veces...” Sin embargo, la distancia es corta y podríamos hacer una lectura de lo femenino que hay en el autor de estos versos. Algo que, por lo demás, es más que deseable, porque poesía sin niño interior ni receptividad femenina no arriba a magia alguna. El poeta es demiurgo en su creación, entidad en abultada preñez y partero de sí mismo.

A “Excavaciones” y “Nocturno de la mujer bajo el puente”, le siguen: “Manuscrito de infancia”, “Balada del mendigo en los zaguanes”, “Abuela de madera”, “Un pájaro en la lluvia”, “La luz es viento que brilla”, “Divagaciones en un bosque de piedra”, y “Las bendiciones de la casa”; todos con el denominador común de ser poemas de largo aliento, como los dos primeros, fragmentados en su estructura formal, pero unidos en su aspiración temática.

De ellos destaco, para terminar, “Las bendiciones de la casa”, por su riesgo de nombrar las cosas como son, en su vida utilitaria y cotidiana, sin remilgos preciosistas ni rebuscamientos altisonantes, en el mismo acto de entramarlas con su más alto abolengo poético. Algo no muy común en los registros de este poeta lírico, quien hace con ello una conmovedora alabanza a los objetos y entidades de su espacio vital a la manera del mejor Neruda de **Odas elementales**, o emulando los “elogios” de su aclamada compatriota Gabriela Mistral, quien cifró en ellos los antecedentes a las odas nerudianas. Salazar repara, pues, en lo que lo rodea y, echando mano de la prosopopeya fascinante, nos dice, por ejemplo: “Bienaventurada la cocina, el cuchillo, los arpones del tasajo,/ el aparador y la cuchara, los limpiques y la mesa donde se reúnen:/ el hambre, el apetito y la oración”.

Limpio su verso, como siempre. Verso libre el suyo y no tan libre, como bien lo sabemos quienes oficiamos la escultura del poema, por cuanto hay

toda una dinámica de ritmos interiores que condicionan su longitud diversa y atemperada. Palabras de aeda que son metáforas que son imágenes que son ritos que cohabitan en **El viaje de la desnudez**, porque en Salazar, como en muchos poetas de su casta, la palabra no es gratuita y va mucho más allá del simple decir y de la truculencia viciada de la preceptiva literaria: Hondo acopio el suyo de oblaciones para la inmensidad del Verbo. Voz de transparencia hilvanándose en fraseos de elevado y refulgente poder comunicativo.

GONZALO MENÉNDEZ: LA PALABRA, SOSTÉN DE LAS HISTORIAS

ARIEL BARRÍA ALVARADO

Gonzalo Menéndez conoce el oficio de narrar, y hasta puede asegurarse que se siente a sus anchas ejerciéndolo. Es importante decirlo cuando se trata de un autor que, literariamente hablando, se conoce a partir de fechas recientes. Es que no siempre sucede así: a veces nos encontramos con libros en los que se nota cuánto se esfuerza el autor por exponer el bulle enjambre de ideas que le ocupa la mente, y tal afán se traduce en un pugilato ríspido con las expresiones, como si de vencerlas se tratara. No es el caso de Menéndez, en quien la expresión y lo expresado, el continente y el contenido, concuerdan a su favor.

Si quien se inicia en el campo de la narrativa lo hace con ingenuidad, podría sorprenderse cuando se le explique que contar un cuento no consiste solo en contarlo; al menos no si se pretende aportar una obra de calidad artística. Abundan elementos, algunos muy sutiles, que entran en juego para conformar el fondo y forma de un trabajo, los que deben actuar sinérgicamente, en armonía eficaz. Saber emplearlos, y cuándo, son parte de la dote del buen escritor. Por eso digo que Gonzalo sabe de estas cosas.

He leído su libro *La tos, La Tiza y Tusó*, Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán

2012-2013, decorosamente publicado por la editorial de la Universidad Tecnológica de Panamá, techo que cobija el certamen. Lo primero que resalta en es la aliteración inserta en el título, la que conforma un enigma que mantendrá su cariz irresoluto hasta tanto se conozca el cuento en particular. Otro aspecto estructural que distingue los relatos es su obstinada intención por valerse a menudo de códigos nacionales extraídos de las zonas menos iluminadas de la historia panameña; a veces con la intención de iluminarlas, otras simplemente de emplearlas como paradigma generador de nuevas interrogaciones.

No faltará quien insista en el viejo dilema de que al ocuparnos de los temas locales nos despedimos de lo universal. Pamplinas. No son los temas, es el modo de tratarlos. En el caso particular del libro *La tos, La Tiza y Tusó*, hay elementos históricos o alusiones circunstancias que, en teoría, solo nos incumben a los panameños. Pero, sin necesidad de citar lo de la aldea global, apuntamiento válido, es bueno recordar que los latinoamericanos tenemos, aristas más o aristas menos, una historia común en la que desfilan caudillos, mesías, generalotes, conspiradores, conspicuos lamebotas, torturadores, torturados, extranjeros aclimatados, santas, prostitutas, narcos y otra fauna de similar laya, enmarcados a toda hora en un trópico exuberante que parece siempre dispuesto a borrar con su verdor, sus mitos y sus bestias cualquier obra humana, por más portentosa que esta sea. Algo de eso nutrió el llamado *boom* del último tercio literario del siglo XX, exhumando para el ojo impresionable del fuereño lo que para nosotros era pan diario sobre la mesa.

Debo precisar que en varias narraciones también se echa mano de referentes regionales bien conocidos en toda América, por la atención que le prestan los medios al crimen organizado o a ciertas coloridas (más bien oscuras) expresiones culturales subterráneas, que se dicen características de un país (culto a la Muerte, devoción a fuerzas sobrenaturales...).

Todavía sin salirme de lo estructural del libro, me llama la atención que Menéndez mantenga la

solvencia de sus cuentos a lo largo del texto, tarea que no resulta sencilla en un libro de más de un centenar de páginas, y que lo haga sin acudir a recursos centrados en la forma y divorciados del fondo, es decir, en sus cuentos siempre hay una historia, y no la desatiende para esmerarse en la arquitectura, como tampoco descuida esta para ocuparse de aquella: hay un balance que permite leer los cuentos con un interés que no se ve afectado por la extensión del libro.

Entrando ya en sus páginas, el lenguaje que emplea es metálico casi siempre, filoso y medido, pero a la vez fértil en la producción de imágenes, ocres por momentos, coloridas a ratos, el que discurre sostenido por la brida con firmeza para que no se desboque a pastar mayor número de alusiones poéticas que las que decida permitirle el autor y las que amerite el tema, porque esas interconexiones son un cabo que nunca debe dejar suelto el narrador que quiere llegar a ser bueno en esta lid.

Así, por ejemplo, en *El gato de Escalenio*, cuando la intención es magnificar la soledad que abraza, y abrasa, a Zulema en su rústica choza de las afueras de Capira, dibujadas con trazos que recuerdan a Comala, Gonzalo se vale de oportunas prosopopeyas: "La puerta gruñó de dolor nuevamente", o de inesperadas metáforas y adjetivos acerados: "Un par de cenizas ardiendo le brincaron con la rapidez de una serpiente hambrienta".

En *La casa blanca* se da también este uso: "La selva empezaba a pelar los colmillos"; "la tarde aún quemaba con su maravilla dorada"; "el sol se asomaba feroz"... Mediante esta articulación el autor logra acentuar la amenaza que se cierne sobre el protagonista sin agregar más líneas.

Son recursos propios del denominado "lenguaje literario" que debe dominar todo escritor, el que, sin embargo, no resulta fácil de determinar taxativamente en un listado, porque sus contornos son difusos y exigen mimetizarse con cada narración para rendir todo su valor. Es decir, el argumento determina el modo en que se ha de contar bien una historia, porque de otro modo se pecaría exponiéndola según registros que no le corresponden, lo que conduciría

a relatos cuyos personajes hablan igual entre sí o con respecto al narrador.

Un cuento en el que podemos notar el acierto en el uso de tales registros es *Los milagros de Chucho Márquez*. En ese cuento, palabra y acción hacen mancuerna para trasladarnos a la Tierra Santa, a pesar de que a cada momento el autor nos avisa que estamos en el Panamá de hoy, sometidos a la fuerza de los *reality shows* y a los caprichos del capital, lo que no impide que como lectores insistamos en atisbar, en un puerto de Aguadulce, el lago Tiberíades, o inmemoriales paisajes judaicos cuando solo se trata de un cañaveral en el llano central panameño. No citaré ejemplos porque el cuento en contexto es el que emite tal logro.

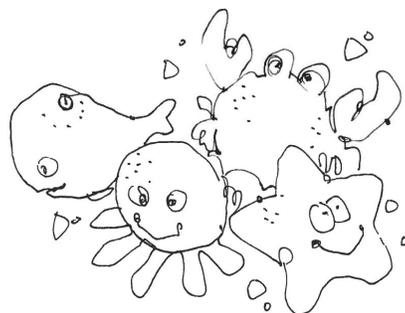
El reto de hacer un cuento que no responda a las estructuras básicas (exposición, nudo, desenlace) es siempre cautivador; pero aunque se trastoque el orden, pocas veces se renuncia a darle un final memorable, si es súbito mejor. Gonzalo lo hace, y sale bien librado, en cuentos como el de Chucho Márquez, ya mencionado, o en el de *Elmo el suizo*, y en cierta forma también el de *El gato de Escalenio* y un par más, que no rematan con ese “the end” que varios esperan para saber que terminó la película.

¿Por qué el cuento *La tos*, *La Tiza* y *Tusó* tiene el mérito de darle nombre al conjunto? Respuestas puede haber muchas, y quizás prevalezca la del propio autor. En mi papel de receptor, me concedo libertad de adoptar conjeturas. Evidenciamos ya la sonoridad del título y su propensión a la interrogante; pero podemos husmear en la fibra de lo contado para encontrar nuevas huellas. Y entre todas, destaca que el cuento sirve bien al autor para su propósito de amalgamar hechos, personajes y tiempos aparentemente disímiles que, no obstante, sirven para moldear (como en cera) el presente de su patria, a la que le dedica tiempo y lecturas para entender su devenir (cuentos como *La quinta pata* sostienen este aserto).

Los factores de la fábula que se administra en el cuento nominador resultan incongruentes a primera vista: el protagonista “negro bello” es un

“colonense maleante” radicado en Las Tablas, región de rasgos raciales predominantemente hispanos, blancos, donde él ejerce un oficio con escasos antecedentes locales: moldear figuras de cera, aparte de timar a incautos y de encantar a incautas. Panamá se funda sobre muchas dicotomías unidas por la fuerza de la necesidad, y es probable que esas paradojas insertas en *La tos...* le den la fuerza necesaria para nombrar al libro entero.

Podríamos seguir citando modos en que Menéndez ejecuta su trabajo de escritor, y espulgando cuentos hasta caer en la mala práctica de algunos comentaristas que recuentan el libro. Pero el espacio con el que contamos no es tan amplio y estimamos que la afirmación manifestada en la primera línea ya está debidamente sustentada.



“MIRADA DE MAR”, DE GONZALO MENÉNDEZ GONZÁLEZ

RODRIGO AMPUDIA NIETO

Nacido en la ciudad de Panamá en 1960 y geoquímico de profesión, Gonzalo Menéndez González ha dedicado buena parte de su vida a la gestión ambiental. En 2010 entra con paso firme al ceñido territorio de la literatura panameña al ganar el Premio Signos de Minicuento “Rafael De León-Jones”, creado por 9 Signos Grupo Editorial, con su libro **“El síndrome y otros cuentos”** (2011). En 2012 es merecedor

de otros dos premios importantes: el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”, por su libro **“Mirada de mar”** (2013); y el Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán”, por **“La tos, la tiza y Tisó”** (2013), ambos certámenes auspiciados por la Universidad Tecnológica de Panamá, cuya labor editorial, sobre todo en el ámbito de las letras panameñas, es una de las más constantes y cuidadas de los últimos años en este país.

Los siete cuentos que integran este libro tienen una impecable factura y logran captar y mantener hasta el final la atención del lector. Su autor, quien evidentemente conoce y se ejercita con maestría en el arte de narrar, sabe que la anécdota contada no es suficiente para que un cuento cristalice; además debe ampliar la imaginación, ahondar la sensibilidad y expresarse en un lenguaje adecuado a lo que se relata. Menéndez González es un pintor miniaturista que combina pinceladas impresionistas con rasgos hondamente reales en la mayoría de estos cuentos. El resultado es una amalgama de inflexiones filosóficas y logros poéticos que sorprenden en un nuevo autor que vela sus armas.

“El vuelo de Lope de Vega” resume poesía, juventud enamorada, intimidad. Su vuelta de tuerca al final es sutil, pero definitiva. En “Aurora y su maletín” nos sorprende el fin de la aventura de un travesti mantenido por un italiano adinerado cuando su romance termina por que lo abandona su hombre, y poco después por un accidente absurdo —como todos los accidentes— que en el plano de la realidad cotidiana le cuarta la vida. “Mei Lian, la florista de Salsipuedes es una hermosa historia de amor que termina frustrándose por la separación y la distancia entre los amantes; situada en la China del siglo xix y en el Panamá de la misma época al construirse el ferrocarril, pone de relieve la nostalgia, la fidelidad y el sufrimiento de una mujer por su hombre. “Secretos del closet” pone de manifiesto un sesgo metaficcional, en la medida en que

lo que ocurre en un relato leído, producto de la imaginación, parece ocurrir en la realidad que recibe la historia.

“Óleo del mundo desde una hamaca verde” es un reflejo certero de cómo la vida, pese al amor que se arraiga en uno de los miembros de la pareja, sigue su marcha cuando el otro decide seguir su camino dejando atrás el cariño y la estabilidad conquistada, por más que la tristeza convertida en añoranza permanente extienda sus raíces en quien sigue enamorado, hincándose en la memoria para siempre. “Viajeros” es un extraño híbrido narrativo en el que se mezclan el secuestro de una anciana turista gringa en Cerro Punta, Chiriquí, y los trucos ilusionistas aprendidos por los ancianos, de su hijo, el famoso mago David Copperfield, lo cual permite que la mujer escape y que el secuestrador pierda la razón. Finalmente “Mirada de mar”, cuento que da título al libro,

VERSIONES DE LA DUALIDAD EN “DOS VOCES, 30 CUENTOS”

DANAE BRUGIATI BOUSSOUNIS

Jano es el dios romano de las puertas, de los comienzos, pero también augura los buenos finales. Es el dios de las transiciones, patrón de los nuevos proyectos. Es un dios bicéfalo, por lo que sus caras pueden leer en dos mundos: el mundo del descubrimiento y el mundo de la aplicación del mismo. Es la representación alegórica de la dualidad que permite diferenciar cosas, personas, emociones, ideas y formas y, es por ello que la obra **“Dos voces, 30 cuentos”** de Carolina Fonseca y Dimitrios Gianareas, publicada por Foro/taller Sagitario Ediciones en 2013, escrita a cuatro manos por estos talentosos obreros de la palabra, la presentamos bajo la invocación de este dios de la duplicidad.

La dualidad que es un efecto de la mente, es decir, de la memoria y la imaginación, las cuales atribuyen características inquisitivas más allá de lo evidente dada su capacidad de clasificar según las formas y cualidades que apreciamos por medio de la reflexión y los sentidos, que comúnmente reúnen dos caracteres o características distintas en una misma persona o cosa. La vida, la existencia, la vemos en forma dual; yo y nosotros contrastada con la existencia de los otros y del mundo donde estamos y el mundo de más allá. También vemos en forma dual nuestras experiencias, porque las clasificamos básicamente en dos polaridades, dos extremos. O me gusta o no me gusta. O es placentero o es doloroso, o es alegre o es triste. Acepto o no acepto, creo o no creo. Así, te mueves por la vida aceptando y rechazando, buscando unas cosas y descartando otras. Hasta en la naturaleza, existen cuerpos que tienen la cualidad de cristalizarse en dos figuras geoméricamente distintas a partir de un elemento común.

La capacidad de percibir la dualidad, nos permite hacer juicios, señalar la diversidad, es decir, no yo y tú como distintos, sino como una misma esencia que se da cuenta de ser. Y también, de las diferencias que sirven para definir y contrastar los objetos y las experiencias.

Carolina y Dimitrios en esta obra de 30 cuentos creados a partir de uno o de la otra, dos autores con singularidades y modos de escribir particular a cada uno de ellos, toman de la vida y de la literatura esta comprensión, de que la vida sucede dentro del tiempo y del espacio, que en todo hay dualidad. Gracias a la mágica ilusión que nos produce esta sensación de ser aquí y ahora, e incluso la idea de ser yo, con muchos atributos, muchas variaciones y muchísimas experiencias que forman nuestras historias personales, nos muestran vivencias que ocurren como ocurren, plenas de sensibilidad de acuerdo a sus muy individuales percepciones sin afectar la propia esencia del otro, en

complicidad y en búsqueda de la complicidad del lector.

Ejemplos de obras escritas a dúo no encontré en cuentos, hasta ahora, pero sí en la novela. Experimentos felices han sido "El diario rojo de Flanagan", de Andreu Martín y Jaume Ribera y "El diario rojo de Carlota" de Gemma Lienas, en los que los personajes describen la experiencia sexual vivida por ambos, pero desde puntos de vista diferentes. Estos libros con su dualidad de personajes y de escritores, se alejan un poco del estilo de las otras novelas y constituyen una aventura totalmente independiente.

Otra obra en conjunto por dos autores es "Buenos presagios", escrita por Neil Gaiman y Terry Pratchett, en el campo de la novela fantástica y constituye lo mejorcito que hay en el género, con versiones ampliamente difundidas en el cine y la televisión.

Las escritoras argentinas Graciela Montes y Ema Wolf ganaron el premio Alfaguara de Novela (2005) con la novela "El turno del escriba", que tiene por personajes principales a Marco Polo y al escriba Rustichello, y quienes expresaron al ganar el premio que fue "un experimento de una manera de trabajo basada en el profundo respeto que nos tenemos una a la otra como escritoras; el trabajo unifica mucho y eso permite hacer estas cosas entre dos".

Otro caso es la novela policiaca por entrega entre el Subcomandante Marco y el escritor Paco Ignacio Taibo II. La propuesta es la siguiente: dos capítulos cada uno, y de vuelta, empezando el subcomandante. Una novela negra con alto contenido social, por lo visto hasta ahora.

La original propuesta de Dimitrios y Carolina por la que ha apostado Foro/taller Sagitario Ediciones, es una colección de cuentos en los cuales los personajes, a veces en unos cuentos más que en otros, nos hablan de sus dualidades, de sus realidades, de sus ilusiones. No nos hablan de la verdad como eruditos. Nos hablan de

lo cotidiano, de lo que en verdad nos pasa, de lo que nos mantiene atados, presos de la ilusión. Cada uno de los cuentos pares es independiente del otro, si bien tienen una cierta relación y en ocasiones tienen elementos que explican cómo terminan los asuntos que dejó pendientes el anterior, aunque no siempre, y es solo un detalle que puede ser evidente y conspicuo unas veces y apenas esbozados otras.

En sus cuentos, que nos dejan ese inconcluso sabor de las alternativas, abordan el yo, el ego, la conciencia y la culpa. Se tocan muchos temas que al hombre contemporáneo y de todos los tiempos le atañen y le afectan: amor, amistad, el juzgar, la riqueza, la muerte, el dolor, el éxito, el arte, el desarraigo, etc. Nos dicen de la búsqueda del hombre que radica en las ganas de trascender y en ser el dueño y esclavo de su propio universo, mismo que está condicionado por los demás.

También nos enseñan que el hombre no puede condenar a otro sin juzgarse a sí mismo; los temas planteados nos hacen conscientes de todos los conflictos interiores del hombre y de cómo los acepta o no, cómo vive con ellos, sus reflexiones, aunque no forzosamente les encuentra solución. De los textos surgen personajes que viven sus pasiones, sus demonios, sus infiernos existenciales a través de sí mismos y de los otros.

Al disponernos a disfrutar este libro de cuentos que constituye un viaje de descubrimiento y placer por textos que presentan "visiones diferentes de los asuntos que las inspiran", como expresa Carolina Fonseca en el prólogo, y tal como dice más adelante, los autores "comparten dos visiones de mundo, dos sensibilidades, dos estilos." Algunos tienen en común la circunstancia, otros una frase, un personaje, el ambiente, un motivo. Varios, a partir de una obsesión parten las dos visiones que culminan en dos cuentos donde lo absurdo es casi un personaje más. Hay pares en que se exponen los polos

opuestos del amor filial, la traición y el desapego. En ciertos relatos, el postulado vinculante es la razón y la sinrazón, la locura y la cordura. Pero, al final, ambos autores se mantienen en la premisa enunciada en el prólogo por Dimitrios Gianareas: "relacionarnos con el cuento del otro pero escribir libremente sin interferir de un modo que pudiera vulnerar la otra historia". Y los dos escriben como lo que hace el lector cuando lee, "recrea un universo creado por otro", y de esta suerte logran culminar la singular obra que nos ocupa.

Nos detendremos con fruición en algunos pares. En el primero de ellos, "Un hecho extraordinario" de Gianareas y "Más allá de la puerta de vidrio" de Fonseca, consiguen producir desde la apertura de la presentación el efecto planteado. Ambos enfrentan a dos personajes que comparten una vida de soledades, "viven" la muerte real, la muerte deseada y el vivir muriendo. Aquí, Dimitrios muestra al personaje y su circunstancia a través de un narrador omnisciente y Carolina, más en su estilo de introspección, en primera persona. En las dos narraciones hay símbolos comunes tales como un reloj inútil para un tiempo que no necesita medición o no queremos medir y el espejo-vidrio, en su carácter ambivalente y de desdoblamiento. Otra vez la dualidad.

Otro par, "Esos brotes verdes" y "Αυτό το βήμα" (Ese paso): los permea la resignada aceptación del destino, la desesperanza a pesar del aparente reverdecimiento de los "brotes verdes" que no alcanza la atribulada vida de los personajes y solo les dan resignación para seguir con sus oscuros destinos.

El experimento dual se subraya en incursiones a la metaficción en otros cuentos como los del binomio "Fernando Solano" de Carolina y "Un encuentro en Baker Street" de Dimitrios, en los cuales la coyuntura de un personaje de ficción atrapa a los dos autores. Lo absurdo modela las trágicas tramas de "El punto ciego" (Gianareas) y "Entonces era eso" (Fonseca).

Deliberadamente hay continuidad en “La muerte de Manuel” y en “El funeral de Manuel” pero desde la perspectiva de diferentes personajes, al igual que en “Suya” y “Catalina Pónor”. El amor y la sexualidad, el erotismo desde dos edades (circunstancias) nos convencen en “Una historia de adolescencia” y “Solo a veces”.

Así, los autores de esta obra que aunque son tan diferentes en estilo, vivencias, género, perspectiva y países, logran desde la oportuna visión personal, una obra en conjunto de indiscutible calidad, constituida por elementos literarios bien definidos y presentada con identidad propia. Las letras panameñas están de plácemes con la llegada de **“Dos voces, 30 cuentos”**.

Panamá, 5 de diciembre de 2014

RESEÑA LITERARIA DEL LIBRO **TERRITORIO DE ORUGAS DE DAVID ROBINSON**

GONZALO MENÉNDEZ G.

Escribir se puede hacer de muchas maneras, pero contar una historia y mantener la atención de un lector, es un arte. Innovar va más allá, requiere un toque de valentía o locura, es un riesgo. Ese ha sido el reto del libro ***Territorio de orugas*** del escritor David Robinson, ganador del pasado concurso Premio Nacional de Cuentos José María Sánchez 2013, auspiciado por la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), una selección de seis textos que llevan en común la rebeldía y angustia del reconocimiento de la patria desde ópticas diferentes, algunas callejeras, ricas en coloquios y expresiones populares, que promueven profundas reflexiones sobre el terruño, el orgullo nacional, y sin duda, encubre con un velo literario, la relación de dominación entre poderosos y pequeños, de la cual han

sido objetos muchas sociedades a lo largo del tiempo. La patria chica, la panameña, tampoco ha escapado a ese proceso histórico doloroso, de pueblo invadido. Quizás por ello el título del libro.

Como se comprende, ronda un nacionalismo encubierto en los cuentos, expresado en formas innovadoras, no necesariamente atractivas, pero cargadas de sentimientos, incluso, rencores. Invasores españoles, indígenas respondones, historias de conquistas y conquistadores, política internacional, excusas, invaden estos textos de Robinson, distanciados de los arquetipos conocidos y de la estructura clásica del cuento, para ubicarse en una especie de relato histórico experimental. Con títulos extraños, los textos no exponen inmediatamente la fuerza que algunos casos tienen, como es *Del beisbol a la guerra*, relato escrito con la hiel y amargura de quien quiere su suelo y lo ve entregado a una soldadesca invasora. Robinson nos cuenta a su manera las historias que constituyen la nación, como si la construyese desde un sueño literario, mezclando los concretos y ladrillos con argamasa.

“MÁS QUE CONTARTE” CUENTA MUCHO Y BIEN

ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Escribir creativamente es una manera virtual de ordenar el mundo, de descubrir sus maravillas y sus contradicciones, de auscultar la manifestación de sus absurdos. Es una forma de desplegar nuestras inquietudes más profundas y de celebrar los motivos de nuestra alegría; al hacerlo nos interpretamos a nosotros mismos y mitigamos en no poca medida la angustia. Escribir es crear espejos que, como es de rigor, reflejan los pormenores de la realidad, aunque en el proceso de hacerlo puedan llegar a

distorsionar las certezas y por tanto sacudirnos estrepitosamente el piso bajo los pies; sobre todo cuando esa visión nos involucra espiritual o emocionalmente.

Escribir, en fin, es darle vida en una novela, en un cuento, en un poema, a ingredientes dispersos que están vigentes en la cotidianidad, o que simplemente pululan en la mente del creador como posibilidad. Para ello, como herramientas indispensables de trabajo, memoria e imaginación se funden y confunden; y el lenguaje, henchido de sí, novedosamente se crece. El resultado será entonces una nueva realidad, apuntalada por las palabras, distinta a aquella otra de la cual procede. Así, escribir creativamente es, sin duda, aspirar a ser artista. Y eso merece apoyo y respeto. En Panamá hay cada vez más excelentes resultados a la vista en el trabajo diario de nuestros escritores de trayectoria, pero también en el de muchos nuevos creadores que empiezan a marcar territorio. Para estos, mi admiración y aliento.

No cabe la menor duda de que la literatura panameña atraviesa por un momento afortunado: se están produciendo obras cuyos contenidos y forma renuevan estética y humanamente los valores tradicionales de nuestra creciente bibliografía nacional. Dentro de este contexto, el cuento y la poesía —más el primer género literario que el segundo— vienen aportando en las últimas dos décadas textos de autores relevantes. De hecho, el impresionante auge de nuevos escritores de talento —sin que los de generaciones anteriores hayamos dejado de crear— es sin duda considerable, y por supuesto digno de estudio. Este libro colectivo, integrado por algunos de los egresados de las 10 promociones surgidas del Diplomado en Creación Literaria que tuve el honor de fundar en 2001 en la Universidad Tecnológica de Panamá, es prueba elocuente de ello.

Algunos de los 30 autores incluidos en esta esforzada recopilación —una iniciativa de

los Egresados del Diplomado en Creación Literaria de la UTP— ya han publicado libros en uno o varios géneros: David Róbinson; Isabel Herrera de Taylor; Luigi Lescure; Gloria Melania Rodríguez; Federico Rodríguez Gutiérrez; Lisete E. Lanuza Sáenz; Gonzalo Menéndez González; Gina Paola Stanziola y Rosalba Morán Tejeira. Unos más han publicado textos en otros libros colectivos: Mady Miranda de Álvarez; Javier Enrique Villamonte; Minerva Núñez de Jované; Doris Sánchez de Polanco; Ingrid Vargas; Déborah Charles-Hart. Varios han publicado en la revista cultural “Maga”: Elena del Rosario Quintanar; Shantal Murillo; Editha Bethacourt; Luis Oscar Pittí Miranda; Nelsi Despaigne; Félix Barranco Giráldez; Érika Zulay Obaldía San Martín y Elizabeth Daniela Truzman (venezolana). Los demás permanecían inéditos hasta ahora: Jacques Paul Smith; Shanira R. Alguero de la Rosa; Ana L. Sánchez Otero; Jorge Morales Saldaña; Olga de Obaldía; Vianey Castrellón; Vilma Calderón Córdoba.

Se trata de un grupo heterogéneo —tanto hombres como mujeres— en cuanto a sus edades, profesiones, temas abordados y estilos de escritura, lo cual es precisamente una de las principales características de la nueva literatura que viene produciéndose en nuestro país en años recientes. La propensión a engancharse a determinadas escuelas estéticas, filosóficas o ideológicas simplemente no existe entre los nuevos escritores de Panamá. Y éstos en particular sólo tienen en común su amor por la creación literaria, el afán de ser capaces de lograr una variedad de registros y el significativo hecho de haber formado parte —entre 2001 y 2012— de alguna de las versiones del Diplomado en Creación Literaria en buena hora instituido anualmente en la Universidad Tecnológica de Panamá.

Creo no equivocarme al afirmar que en este colectivo no hay un solo autor (u autora) que desmerezca, si bien como es natural existen

diversos grados de experiencia literaria. Sin duda alguna prevalecen aquí, abrumadoramente, los cuentistas (al igual que ocurre en el contexto más amplio de las letras panameñas); y varios de estos son, a todas luces, excelentes. En este sentido, menciono a varios de los más curtidos en el difícil arte de la ficción breve, gente cuya obra ya deja huella: Isabel Herrera de Taylor, Luigi Lescure, Gloria Melania Rodríguez, Lissete E. Lanuza Sáenz, Gonzalo Menéndez González, Rosalba Morán Tejeira, Gina Paola Stanziola y Federico Rodríguez Gutiérrez. Y entre los inéditos, aunque todos tienen un singular talento propio, acaso el gran descubrimiento en este género literario sea Shantal Murillo.

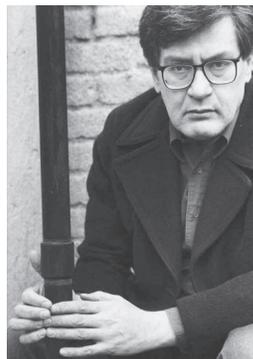
El libro sale con el sello de la Editorial Tecnológica de la UTP. Los autores aparecen en orden alfabético a lo interno de cada una de las 10 versiones que hasta el momento ha tenido el Diplomado desde 2001 hasta 2012, insertos según el año en que cada quien participó. El ordenamiento final de los materiales lo hizo el escritor Gonzalo Menéndez González.

PRÓXIMO NÚMERO ESPECIAL DE ANIVERSARIO "MAGA, REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA", NO. 75

"MUJERES POETAS Y CUENTISTAS DE PANAMÁ: 1990-2013 TEXTOS Y PRETEXTOS"

Una muestra representativa y heterogeneidad de la mejor creación poética y cuentística de nuestras más talentosas autoras en los últimos 23 años.

Fallece José Emilio Pacheco, notable poeta, cuentista, novelista mexicano.



Ciudad de México, 30 de junio de 1939 - 26 de enero de 2014) Fue un poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista, integrante de la llamada «Generación de los cincuenta» o «Generación de medio siglo», en la que también se incluye a Carlos Monsiváis, Eduardo

Lizalde, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Vicente Leñero, Juan García Ponce, Sergio Galindo y a Salvador Elizondo. Entre otros galardones recibió el Premio Cervantes (2009); el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2009); el José Donoso (2001); el Octavio Paz (2003); el Pablo Neruda (2004); el Ramón López Velarde (2003); el Premio Internacional Alfonso Reyes (2004); el José Asunción Silva (1996); el Xavier Villaurrutia (1973); el García Lorca (2005) y el Premio Alfonso Reyes otorgado por El Colegio de México (2011). Fue miembro de El Colegio Nacional desde 1986. Fue nombrado miembro honorario de la Academia Mexicana de la Lengua en mayo de 2006.

• Poemarios: *Los elementos de la noche* (1963); *El reposo del fuego* (1966); *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1970); *Irás y no volverás* (1973); *Islas a la deriva* (1976); *Desde entonces* (1979); *Los trabajos del mar* (1984); *Miro la tierra* (1987); *Ciudad de la memoria* (1990); *El silencio de la luna* (1996); *La arena errante* (1999); *Siglo pasado* (2000); *Tarde o temprano* (Poemas 1958-2009) (2009; poesía completa, FCE); *Como la lluvia* (2009); *La edad de las tinieblas* (2009); *El espejo de los ecos* (Taller de comunicación gráfica, 2012).

• Narrativa: *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales* (1959), cuentos; *El viento distante* (1963), cuentos; *Morirás lejos* (1967), novela; *El principio del placer* (1972), cuentos; *Las batallas en el desierto* (1981), novela corta.

NOTICIAS CULTURALES DE LA UTP



AUTORES DE LA UTP EXPONEN SUS VIVENCIAS EN COLOQUIO

La **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, a través de la Editorial Universitaria llevó a cabo el 11 de octubre, en el Centro de Innovación y Transferencia Tecnológica (CITT) de la **UTP**, en la ciudad de Aguadulce, un conversatorio con diferentes autores de obras, publicadas en la editorial universitaria, y estudiantes de la **UTP** de Azuero y Coclé, junto con estudiantes de escuelas secundarias de la región.

Esta actividad tuvo como propósito, promover entre los estudiantes la necesidad de leer y escribir: "muestra a los jóvenes la importancia de la integración de la cultura en su diario vivir", mencionó la Ingeniera Libia Batista, Directora de la Editorial Universitaria.

Este coloquio contó con la participación de los escritores: Leopoldo Manso, Carlos Laguna Navas, Héctor Collado y Aura Canova, quienes alentaron a la audiencia, en especial a los jóvenes estudiantes, para que se atrevan a plasmar sus historias en obras literarias, que serán de gran utilidad para su formación integral como profesionales.

Al evento asistieron autoridades, personal administrativo, estudiantes y docentes, de la **UTP** y de colegios de la región.

PRESENTACIÓN DE LA OBRA "DIN ... DON ... ESTÁN LLAMANDO"

El Centro Regional de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, en Veraguas, fue anfitrión de la presentación de la obra "Din ... don ... Están llamando", ganadora del Premio Nacional de Literatura Infantil "Hersilia Ramos de Argote" 2012.

La obra contiene treinta poemas, décimas sobre diversos temas que conjugan la fantasía y la realidad: la naturaleza, la patria, la familia, las tradiciones, lo actual, el sentimiento, la solidaridad, la gratitud.

La presentación del libro que está dedicado a la niñez, jóvenes y adultos, la hizo la profesora Berta Canto de Cheng, de la Universidad de Panamá, Facultad de Ciencias de la Educación, del Centro Regional de Veraguas.

En el evento participaron la Licda. María Luisa Vélez, Subdirectora Académica, en representación del Director del Centro Regional de Veraguas; la Escritora Donna A. Petrocelli de Him, autora del libro; la Ing. Libia Batista, Directora de la Editorial Universitaria de la **Universidad Tecnológica de Panamá**; Prof. Héctor Collado, Coordinador de Difusión Cultural de la **UTP**. Contamos también con

la participación de los estudiantes de cuarto grado de la Escuela Rómulo Arrocha, quienes realizaron la declamación de dos poemas del libro.



EDITORIAL TECNOLÓGICA EN CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Con el fin de ampliar los conocimientos y afianzar lazos de comunicación con distintas personalidades del mundo editorial, la Editorial Tecnológica de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, representada en la Ing. Libia Batista y la Licda. Sandra Siebert, participaron en el VI Congreso Internacional de la Lengua Española, que se celebró del 20 al 23 de octubre de 2013, en el Centro de Convenciones Atlapa.

El programa académico del congreso se desarrolló con cuatro ejes temáticos: El libro: Entre el Atlántico y el Pacífico; La industria del libro; libro, Lectura y educación y el libro, Entre la creación y

la comunicación, para lo cual se contó con la participación de profesionales y expertos de los países hispanohablantes y de otras regiones del mundo.

Durante la celebración del congreso se realizó la presentación de ponencias, mesas redondas, actividades culturales y académicas que enriquecieron con un debate en torno a la lengua española, que es hablada por unas 500 millones de personas.

Se contó con la sinergia del Gobierno de Panamá, la Real Academia Española, con la Asociación de Academias de la Lengua Española, el Instituto Cervantes, e instituciones organizadoras de esta sexta versión del congreso.



EXPOSICIÓN DE PINTURA EN COLÓN

Representantes del Centro Regional de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, en Colón, asistieron a la exposición de pintura: 50 Años del Pintor Alfredo Isaac, que se celebró en el Hotel Four Points by Sheraton de Plaza Millenium.

A este evento fueron invitados el pintor David Vega; la Directora del Centro Regional, Licda. Evet Clachar; y el Coordinador de Cultura, Licdo. Ronald Hinkson.

EXPO ACUARELA Y ACRÍLICO EN EL CITT DE AGUADULCE

El sábado 30 de noviembre se inauguró con éxito, en el Salón de Conferencias del Centro de Innovación y Transferencia Tecnológica de la **UTP-Aguadulce** la Visual Arts Expo Acuarela y Acrílico, dicha muestra pictórica estará expuesta hasta el 6 de diciembre del 2013.

La exposición fue organizada por la **Universidad Tecnológica de Panamá**, en Aguadulce, conjuntamente con la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Panamá con trabajos de variados estilos en la técnica de acuarela y acrílico, realizados por estudiantes de la carrera de Licenciatura en Artes Visuales, cuyo colectivo lleva el nombre de Somos Arte en la Extensión Universitaria de Aguadulce.

El objetivo de la misma integrar y proyectar el CITT-**UTP** al desarrollo cultural y social en el distrito de Aguadulce y a la vez estrechar vínculos a través de actividades culturales con ambos centros educativos y grupos culturales.

En la exposición participaron Autoridades y personal de CITT-**UTP**, además de Autoridades de la Extensión de Aguadulce y



de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Panamá, de la Asociación de Artistas Plásticas del área estudiantes del INAC y un selecto público amante de la pintura.

PREMIAN A CUENTISTAS EN LA UTP

Los escritores panameños Maribel Wang de Adames y David Robinson, ganadores del Premio Nacional de Literatura Infantil Hersilia Ramos de Argote y Premio Nacional de Cuentos José María Sánchez, respectivamente, fueron premiados el 15 de noviembre, en un acto que contó con la presencia de autoridades de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**, representantes del Grupo SUCASA (empresa patrocinadora de ambos premios), invitados especiales y miembros de la prensa nacional.

La escritora Maribel Wang de Adames ganó el Premio con el

cuentario "La Flor del Espíritu Santo y Otros Cuentos"; mientras que David Robinson lo logró presentando el cuentario "Territorio de Orugas". Ambos se hicieron acreedores de un



Premio en efectivo de mil balboas y de un certificado que otorga la **UTP** a los ganadores.

Correspondió al Lic. Abdiel Saavedra, Director General de la Secretaría de Vida Universitaria, entregar los certificados a los

ganadores de los premios, en representación del Dr. Oscar Ramírez Ríos, Rector de la **UTP** y al Lic. Diego Quijano, Directivo del Grupo SUCASA, entregar los premios en efectivo.

La **UTP**, a través de la Coordinación de Difusión Cultural, organiza la celebración de ambos premios nacionales. El Premio José María Sánchez, que se puso en ejecución desde 1996, se presenta en esta ocasión en su versión número 17. Por su parte, el Premio Hersilia Ramos de Argote, se celebra en su cuarto año. El Grupo SUCASA desde el año 2007 ha sido patrocinador de estos concursos literarios.

El programa de premiación de los dos concursos nacionales de

literatura que regenta la **UTP**, se inició con las palabras de introducción, a cargo del Prof. Héctor Collado, Coordinador de Difusión Cultural de la **UTP**, quien explicó las razones y la importancia de ambos premios, destacando la contribución literaria

dejada para la posteridad por los escritores Hersilia Ramos de Argote y José María Sánchez.

Por su lado, el Licdo. Abdiel Saavedra, tras agradecer el respaldo de siete años consecutivos como patrocinador del Grupo SUCASA, destacó que no puede haber profesionales integralmente preparados sino está el complemento cultural en su formación. Finalmente, exhortó a los estudiantes a mantener el hábito de la lectura permanentemente para labrarnos un camino a la escritura literaria.

El Lic. Diego Quijano hizo un recuento de los inicios y las razones

que llevaron a la empresa a convertirse en patrocinadores de estos premios. Explicó que la tecnología y la cultura son parte de la formación integral del profesional y esa convicción, explicó, fue el impulso motivador que los llevó a ellos, a aceptar el reto de introducirse y colaborar con el proyecto. Al finalizar, el Licdo. Quijano, confirmó el patrocinio del Grupo SUCASA para los dos certámenes en el 2014.

Las niñas Jennifer Bethancoury Sofía Silvera, dieron lectura al cuento "La Flor del Espíritu Santo", del cuento ganador del Premio Nacional de Literatura Infantil Hersilia Ramos

de Argote 2013; mientras que el colaborador Eduardo Villarreal, hizo lo propio con el cuento "La Espuma", del cuentario ganador del Premio Nacional de Cuento José María Sánchez 2013. Las dos presentaciones recibieron los aplausos efusivos del honorable auditorio congregado en el Memorial Rogelio Sinán.

Entre los invitados a la premiación estuvo, la Lic. Paola Ochy Isaac, Directora de Mercadeo del Grupo SUCASA y la hija de la escritora Hersilia Ramos de Argote, la señora Hersilia Argote de Echevers, además de directores y jefes de departamentos de la **UTP**.

PRESENTACIÓN DE LA REVISTA CULTURAL MAGA

La **UTP**, a través de su Editorial Tecnológica, presentó la edición No. 73 de la Revista Cultural *Maga*, el 12 de diciembre de 2013.

La revista ofrece artículos de opinión, cuentos, poemas, ensayos, entrevistas, reseñas de libros e información cultural, de escritores nacionales e internacionales.

Los escritores Silvia Fernández-Risco y Alberto Cabredo, comentaron sobre las características de la revista, mientras de que otros autores que colaboraron en este número, compartieron un extracto de sus respectivos textos.

Maga fue creada por el escritor nacional Enrique Jaramillo Levi en 1984. Desde el 2008 es propiedad de la **Universidad Tecnológica de Panamá**, con una periodicidad



semestral, bajo la dirección del profesor Jaramillo Levi.

En esta edición colaboraron los escritores: Dimitrios Gianareas, Kathiana Vidal, Arabelle Jaramillo Ochoa, Danae Brugiati, Alberto Cabredo, Elida Guadalupe Navarro, Mady Miranda de Álvarez, Gina Paola Stanziola, Lissete Lanuza Sáenz y Silvia Fernández-Risco, así como entrevistas de Carolina Fonseca y poemas de Salvador Medina Barahona,

Javier Alvarado y Enrique Jaramillo Levi, además de ensayos de Rodolfo de Gracia y Enrique Jaramillo Levi, entre otros.

Le correspondió al licenciado Abdiel Saavedra, Director de la Secretaría de Vida Universitaria de la **UTP**, dar las palabras de bienvenida al evento.

COLOQUIO “CAFÉ CON LETRAS” EN LA SEDE REGIONAL DE LA UTP EN AZUERO

Con una nutrida asistencia de estudiantes y profesores de la región azuerense, bajo la coordinación de la Editorial Universitaria UTP, se celebró el coloquio “Café con letras” teniendo como anfitrión la Sede Regional de Azuero de la Universidad Tecnológica de Panamá.

El reconocido poeta panameño Héctor Collado, de manera amena y entretenida dirigió este

conversatorio en el que los autores Ángela Laguna Caicedo, Carlos Laguna Navas, Porfirio Salazar, Gonzalo Menéndez González, Donna Petrocelli de Him, Bolívar Rodríguez y Edwin Corro, compartieron con los asistentes sus experiencias y vivencias en el arte de escribir.

Amenizó este coloquio el Grupo de Rondalla de la Sede Regional de Azuero, que estuvo acompañado del folclorista panameño Bolívar Rodríguez, quienes deleitaron con sus interpretaciones a todos los allí presentes.

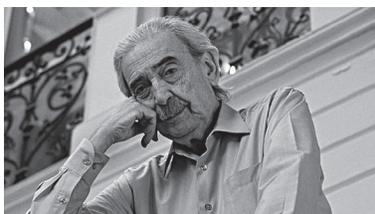
Este coloquio forma parte de una serie de actividades similares

que ha organizado la Editorial Universitaria UTP en diferentes regiones de nuestra república, en las que se promueve la cultura a través de la literatura a la comunidad en general, representada en los jóvenes estudiantes.

Este coloquio forma parte de una serie de actividades similares que ha organizado la Editorial Universitaria UTP en diferentes regiones de nuestra república, en las que se promueve la cultura a través de la literatura a la comunidad en general representada en sus los jóvenes estudiantes.

OTRAS NOTICIAS CULTURALES

MUERE A LOS 83 AÑOS EL POETA ARGENTINO JUAN GELMAN



Murió en México, D.F., el 14 de enero de 2014, el gran poeta argentino –“el poeta de los ojos tristes”- Juan Gelman (Buenos Aires, 3 de mayo de 1930), ganador del premio Cervantes 2007. Residió en México desde 1976. Vivió antes como exiliado en Roma, Madrid, Managua, París, Nueva York y México, alternando su actividad política contra la dictadura militar

con trabajos para la UNESCO. En su extensa carrera ha sido galardonado también con el Premio Nacional de Poesía, el Premio Pablo Neruda y el Premio Reina Sofía de Poesía, entre otras distinciones. Durante su ausencia de Argentina llegó a estar condenado a muerte por la dictadura de su país y sufrió de cerca el drama de los “desaparecidos” cuando su hijo y su nuera pasaron a formar parte de esta dolorosa lista. En 1988 logró regresar por primera vez a Argentina y en 2000, tras años de búsqueda, consiguió hallar e identificar en Uruguay a su nieta, hija de Marcelo Gelman y María Claudia García.

Después de siete años sin publicar, en 1980 dio a conocer el libro *Hechos y relaciones*, al que le siguieron *Citas y comentarios* (1982), *Hacia el Sur* (1982) y *Bajo la*

lluvia ajena (notas al pie de una derrota) (1983). Le siguieron: *La junta luz* (1985), *Interrupciones II* (1986), *Composiciones* (1986), *Eso* (1986), *Interrupciones-I e Interrupciones II* (1988), *Anunciaciones* (1988) y *Carta a mi madre* (1989). En la década del 90 publicó *Salarios del impío* (1993), *La abierta oscuridad* (1993), *Dibaxu* (1994), *Incompletamente* (1997), *Ni el flaco perdón de Dios/Hijos de desaparecidos*, coautor con su esposa Mara La Madrid (1997), *Prosa de prensa* (1997) y *Prosa de prensa* (1999). En la primera década del siglo XXI publicó *Valer la pena* (2001), *País que fue será* (2004); *Mundar* (2007); *De atrásalante en su porfía* (2009), *Bajo la lluvia ajena* (2009), *El emperrado corazón amora* (2011) y *Hoy* (2013). Desde ese año, Seix Barral ha empezado a editar toda su obra bajo el título de *Poesía reunida*. Hasta su fallecimiento fue columnista del diario argentino “Página/12”.

ELENA PONIATOWSKA



LA MEXICANA ELENA PONIATOWSKA GANA PREMIO CERVANTES 2013 DE LITERATURA

Nacida en París el 19 de mayo de 1932, a sus 82 años Elena Poniatowska gana el Premio Cervantes 2013. Su familia emigró de Francia a México, a consecuencia de las Segunda Guerra Mundial. A pesar de sus orígenes aristocráticos, Poniatowska ha sido políticamente de izquierda y una defensora de los derechos humanos que ha influido con sus puntos de vista sobre los sectores intelectuales más prominentes de México.

Su carrera periodística le da prestigio por sus columnas y entrevistas en los periódicos "Excelsior" y "Novedades", y más recientemente en "La Jornada". Reúne sus entrevistas a escritores mexicanos y extranjeros en los libros: "Palabras cruzadas" (1961) y "Todo México" (1990). Su primera

obra literaria es "Lilus Kikos" (cuentos; 1954), seguido de "Todo empezó en domingo" (1963). Dos libros de testimonios le dan fama: "Hasta no verte, Jesús mío" (1969) y "La noche de Tlatelolco" (1971).

Ha publicado las novelas: "Querido Diego, te abraza Quiela" (1978); "De noche vienes" (1979); "Fuerte es el silencio" (1980); "La flor de Lis" (1998); "Tinísima" (1992); "La piel del cielo" (2001); "El tren pasa primero" (2006); "Paseo de la Reforma" (2009); "Leonora" (2011). Otros premios recibidos: "Rosario Castellanos" (2010), "Rómulo Gallegos" (2007); "María Moors Cabot" (2004); "Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura" (2002); "Alfaguara de Novela" (2001); "Premio Mazatlán de Literatura" (2002); "Premio Nacional de Periodismo de México" (1978), entre otros.

LA ESCRITORA CANADIENSE ALICE MUNRO GANA PREMIO NOBEL DE LITERATURA 2013

Publicada en español por la editorial barcelonesa Lumen, Alice Munro nació en Wingham, Ontario, el 10 de junio de 1931. Ha ganado tres veces el premio canadiense a la creación literaria "Governors Genera's". En 1998 obtuvo el premio norteamericano "National Book Critics Circle". En España fue premiada en 2005 con

ALICE MUNRO



el Premio "Reino de Redonda", y en 2011 con "Premio Tormenta". En 2013 la Academia Sueca le otorga el Premio Nobel de Literatura por ser una "maestra del cuento contemporáneo".

Escribió sus primeros cuentos hacia 1950. Fundamentalmente una gran cuentista, ha publicado una sola novela: "Las vidas de las mujeres". Libros de cuentos: "Dance of the Happy Shades" (1968); "Something I've Been Meaning To Tell You" (1974); "Who Do You Think You Are?" (1978); "The Moons of Jupiter" (1982); "The Progress of Love" (1986); "Friend of My Youth" (1990); "Open Secrets" (1994); "The Love of a Good Woman" (1998); "Hateship, Friendship, Courtship, Loveship, Marriage" (2001); "Runaway" (2004); "The View From Castle Rock" (2006); "Too Much Happiness" (2009); "Dear Life" (2013).